

A close-up photograph of a bride with her eyes closed, holding a large bouquet of white flowers. The background is a soft, light blue with a gentle snowflake or bokeh effect. The bride is wearing a white strapless dress and small earrings.

CAROLINA PAZ

Una **GRAN** *Boda*
Para Sofia

Una Gran Boda Para Sofía

Carolina Paz

“Una gran boda para Sofía”

Carolina Paz

San Antonio, Chile 2017

© Todos los derechos reservados

Diseño de portada Ale Peña

Sinopsis

Alex y Sofía fueron los mejores amigos desde su infancia, hasta que, en su juventud, un acontecimiento rompió con aquella linda amistad.

Cada uno tomó rumbo por separado para nunca más saber uno del otro. Pero, años después, el destino los ha vuelto a poner uno en frente del otro.

Ambos han cambiado, ahora son profesionales exitosos en sus vidas, pero aún así guardan sueños y deseos ocultos... sobre todo Sofía.

Ella, desde ya hace un tiempo, sueña con el día en que llegue su boda.

Tiene todo fríamente calculado. Una gran iglesia, un enorme vestido de diseñador y muchos invitados a la recepción, pero solo le falta un gran detalle...El novio.

Sofía no tiene a aquel hombre que la espere en el altar mirándola con ojos enamorados y que, cómo en un final de cuentos de hadas, la haga su esposa.

¿Será que el sueño de tener una gran boda se hará realidad para Sofía?

¿Qué pasará cuando Alex entre nuevamente en su vida?

Acompaña a Alex y Sofía en esta aventura que es la vida, donde a veces, los deseos se vuelven realidad, pero tal vez manera que menos nos imaginamos.

Uno

Sofía estaba deambulando de un lado para otro dentro de la tienda de novias en espera de sus dos mejores amigas. Se habían puesto de acuerdo para juntarse con sus amigas a las once de la mañana, ya faltaban veinte minutos y solo ella había llegado al lugar.

Sabía que sus amigas, Ana, y Lidia la novia, no llegarían a la hora acordada. Sofía era una maniática de la puntualidad y sus cercanos siempre le hacían bromas por eso. A ella le molestaba perder el tiempo.

Pero ese día, estaba relajada con el reloj. Más que relajada, se diría que estaba encantada caminando entre tules y organzas de la tienda de novias. Ese era como el paraíso en la tierra para ella.

Sofía, desde su juventud, había soñado con el día de su boda. Siempre que asistía a alguna boda, veía el decorado y se fijaba en el vestido de la novia.

En su mente ella lo tenía todo muy claro: Se casaría en una enorme iglesia adornada con muchas flores blancas y su vestido sería una enorme masa de tul tipo princesa diseño de *Vera Wang*.

Eso lo tenía todo muy claro en su mente, pero lo que no tenía claro era con quién realizaría ese sueño. Ya cumpliría los veintiocho y no tenía un novio serio a su lado. Su madre siempre le decía que se le iba a ir el tren y quedaría para solterona y ella le contestaba que no le importaba, que ahora las mujeres preferían su carrera a un marido, pero dentro de ella soñaba con llegar al altar vestida de blanco.

Se paró frente a una vitrina llena de tiaras y algunos accesorios y se quedó embobada mirando los detalles de los brillantes artilugios.

—¿Desea probarse alguna de las tiaras? —Se sobresaltó al escuchar la voz de la vendedora que se encontraba tras ella. Luego la miró y pensó que no podía desperdiciar una oferta tan tentadora como esa.

—¿Puedo? —dijo con un poco de timidez.

—¡Claro! ¿Cuál quiere probarse?

Sofía le indicó con un dedo cuál de las tiaras deseaba ver. La vendedora la sacó del mostrador y luego acercó a Sofía a un espejo. Se paró tras de ella y le puso la tiara en la cabeza.

Sofía tuvo que contener las lágrimas al mirar cómo la tiara brillaba bajo las luces. En su mente se imaginó el día en que ella caminará hacia el altar y estaba segura que lo haría con aquella tiara en su cabeza.

En un momento de lucidez que pasó por su cabeza, se volvió a mirar al espejo y se sintió ridícula, ni siquiera tenía novio y pensaba en casarse. Se quitó la tiara y se la devolvió a la vendedora agradeciéndole el detalle.

Luego se sentó en un cómodo y mullido sofá y comenzó a ver revistas, ya faltaban diez minutos y ninguna de sus amigas hacia su entrada por la puerta de la tienda.

Una chica le ofreció algo de beber y ella aceptó un jugo, ya llevaba la mitad del vaso cuando escuchó la risa de dos mujeres que entraban por la puerta... ¡Sus amigas! ¡Por fin!

—¡¡¡Sofi!!! —gritó Lidia cuando vio a su amiga y se acercó para abrazarla.

—Qué bueno que llegan —les dijo en tono de reproche.

—Pero si apenas son las once —se defendió Ana—. Tú y tu manía con el reloj. Relájate aunque sea por hoy, ¿quieres?

Sofía miró a su amiga y soltó un suspiro mostrando con eso que, ese día, estaba dispuesta a darle tregua. Ella era la novia, y era verdad que, lo del horario y la puntualidad era una manía de ella, no de sus amigas.

Otra vendedora se acercó a Lidia y comenzó a hablar con ella de lo que la novia quería en su vestido. Lidia no sabía muy bien qué modelo le iría mejor a su cuerpo. Al contrario de Sofía, ella nunca había tenido una boda en mente.

Le encantaba salir a divertirse y siempre vio el matrimonio como algo muy, muy lejano, pero hace casi un año atrás, en una de sus tantas salidas, conoció a quien en menos de un mes se convertiría en su esposo... Robert.

Sus amigas quedaron sorprendidas por el amor fulminante que surgió entre la pareja y quedaron aún más perplejas cuando Robert puso un bello diamante en el dedo anular de Lidia.

Ahora, las tres amigas inseparables, estaban ahí, en la tienda de novias, dándole todo el apoyo y la ayuda a la primera del trío en convertirse en una mujer casada.

Lidia desapareció junto a la vendedora para meterse en uno de los probadores. Sofía y Ana hablaban del tiempo y de lo que harían el fin de semana, cuando de pronto ambas se quedaron sin palabras.

La novia aparecía frente a ellas con sus curvas envueltas en un elegante y bello vestido de seda estilo sirena.

—Y bien, amigas ¿Qué les parece? —preguntó Lidia nerviosa ya que sus amigas estaban inexpresivas y no decían ni una sola palabra.

—Lidia... —dijo Sofía tratando de contener un nudo de emoción que subía por su garganta— Te ves hermosa.

—Sí. —La secundó Ana— Eres la novia más bella que he visto.

—¿Creen que le guste a Robert? —Lidia se miraba y no podía reconocer la imagen que le devolvía el espejo.

—Claro que le gustará. Sería el hombre más tonto del planeta si no le gustara como luces —sentenció Sofía y se acercó a su amiga para abrazarla mientras apoyaba su mentón en el hombro de Lidia.

Lidia comenzó a llorar lo que hizo que Sofía se contagiara y de rebote la emoción tomó también a Ana.

Las tres amigas estaban en medio del salón de de la tienda de novias llorando emocionadas y tomadas de las manos cuando fueron interrumpidas por la vendedora quien les acercó una caja con pañuelos de papel.

—Gracias por estar aquí, chicas. No sé qué haría sin ustedes. Me han ayudado tanto. —Lidia hacía pucheros y no lograba contener las lágrimas de la emoción que le provocaba su boda— Y ahora, amigas, quiero que se prueben los vestidos que escogí para ustedes. ¡Se verán preciosas! —dijo emocionada la novia y aplaudiendo como una niña pequeña.

Sofía, la más entusiasmada por probarse el vestido de dama de honor, ya se encontraba en el probador cuando su entusiasmo cayó al piso. La vendedora entró al cubículo con un vestido color melocotón.

—Disculpa, pero debe haber un error —le dijo a la chica mientras le dejaba el vestido en un perchero.

—¿Error? ¿Por qué?

—Por el vestido —dijo Sofía mientras miraba casi con pánico la prenda colgada frente a ella.

—No lo creo. ¿Usted no viene con Lidia Laurens?

—Sí.

—Entonces no hay ningún error. Este es el vestido que ha elegido la novia para sus damas de honor.

Sofía tragó en seco, la vendedora salió del probador dejándola sola con el vestido que ella consideraba era lo peor que usaría en su vida.

El vestido era de seda, escote corazón con un intricado bordado en pedrería en la parte de la cintura y corpiño, pero además de eso, era ajustado y tenía una abertura a un lado.

—¿En qué estaría pensado Lidia? —se preguntó mientras tocaba las piedras del bordado.

Ella jamás usaba ese color. El melocotón y el amarillo no los usaba nunca ya que decía que no le sentaba a su tono de piel. En cambio, prefería usar el rojo o el magenta que hacían contraste con su larga cabellera castaña.

Se quedó ahí por unos segundos mirando y pensando en qué diría su amiga si se negara a usar tal horror de la moda.

—Sofí, ¿estás lista? —escuchó de pronto a Ana que le preguntaba desde afuera del probador.

—Voy enseguida —dijo armándose de valor y tomando el vestido para ponérselo.

Lo haría por su amiga, aunque odiaba el color, lo haría por ella, porque era su gran día, si no, ni loca lo usaría.

Se puso la prenda con rapidez y luego se miró al espejo. Por lo menos tenía un buen corte y la tela se apegaba a sus curvas, eso ya era un punto a favor que dejaba olvidar un poco el color.

Se giró un poco para verse de todos lados y vio cómo la abertura del vestido dejaba ver su contorneada pierna derecha hasta el muslo. Se miró un par de veces más mientras pensaba que, el día en que ella se casara, los vestidos de sus damas de honor serían de un color hermoso que les sentara bien a todas.

Una última mirada y, tomando una honda respiración, salió del probador para encontrarse con sus dos amigas en medio del salón de novias.

—¡Te ves preciosa! —exclamó Lidia y tomó de la mano a Sofía para que esta girara.

—Sí, claro —dijo ella por lo bajo, pero esbozó una sonrisa para su amiga.

—Bien, chicas —dijo Lidia mientras miraba a sus amigas—. Les cuento que ese día el estilista les hará un lindo moño bajo para que luzcan el escote de este vestido tan divino.

Sofía abrió los ojos desmesuradamente. Además de tener que aguantarse el color del vestido, también tendría que usar su cabello atado en

un moño de esos que a ella no le gustaban ya que sentía que la hacían lucir vieja.

—¿Es necesario que lleve el cabello recogido? —preguntó

—Sí, Sofía. Quiero que se les vea el rostro y el escote. No quiero nada interrumpiendo la vista. Sé que te gusta usar tu cabello suelto, pero yo deseo que sea así.

Sofía se mordió la lengua y no dijo nada más. Aceptaría todo lo que la novia quisiera, no diría nada, así le gustaría a ella que fuera cuando llegara su gran día.

Luego de que la novia diera el visto bueno a los vestidos de sus damas y vieran algunas cosas más, las tres amigas salieron del salón de novias y Lidia las invitó a almorzar.

—Bien, ¿qué más nos queda por hacer? —preguntó Lidia mientras hundía el tenedor en la ensalada que había decidido comer para no subir ni un gramo hasta el día de su boda.

—Bueno —dijo Sofía y sacó desde su bolso una agenda donde había anotado cada paso que tenía que seguir su amiga. Sí, además de ser dama de honor, Lidia le había pedido a Sofía que la ayudara con cada detalle. Sabía de la obsesión de su amiga por las bodas y Sofía no se pudo negar ya que estaba encantada con todo—, nos queda por ver lo de las flores y decidir por fin el plato principal de la recepción. Debes decidir pronto, amiga. Solo te queda menos de un mes para el gran día y el servicio de banquetería no trabaja con pedidos a última hora.

—Lo sé, es solo que Robert y yo no logramos ponernos de acuerdo entre filete o salmón.

—Bueno, tendrás que hablar con él y ponerte de acuerdo, pero ya. Estamos sobre el tiempo. —Sofía lo decía preocupada, ya que sentía que su amiga se estaba tomando todo con mucha tranquilidad.

—Sí, esta noche hablaré con él y llegaremos a un acuerdo.

Terminaron de almorzar para luego ir a ver flores y algunos detalles más que faltaban.

Luego de eso Sofía volvió a su departamento, cansada, pero feliz. Llegó hasta su cocina y desde uno de los muebles sacó un frasco de vidrio que siempre mantenía con regaliz. Sacó una tira y se la llevó a la boca para saborearlo.

Se dio un baño de tina con espuma, pensó en todo el día que había

vivido con sus amigas. En todo lo que estaba viviendo Lidia y sintió un poco de envidia por eso, porque ella deseaba con ansias una boda, una gran boda a decir verdad.

Luego del baño se puso su pijama y se metió en la cama. Pensando en tules y organzas se quedó dormida.

Dos

Día domingo soleado en Nueva York y Sofía recién abría un ojo. Eran pasadas las diez de la mañana y, si no fuera porque su estómago gruñía de hambre, ni se hubiera molestado en levantar su cuerpo de la cama.

Se estiró y dio un gran bostezo para luego ponerse un par de pantuflas y caminar hasta la cocina para comer algo.

El departamento de Sofía era su orgullo. Aunque era rentado, era un lujo que se podía permitir. Un lujo que, mes a mes, se estaba llevando la mitad de su sueldo.

Ese era el costo de vivir en uno de los mejores edificios cerca del *Central Park*. Era espacioso con dos habitaciones, y lo más importante para ella, era que estaba a solo unas pocas cuerdas de su trabajo, lo que le permitía ir caminando cada día a laborar.

Aunque había veces en que se sentía sola con tanto espacio alrededor. Había hablado con Lidia para que compartieran el piso y en eso estaban cuando su amiga conoció a Robert y la idea de vivir juntas se esfumó de golpe.

Se sirvió un café y sacó unas galletas de almendras para desayunar, luego fue en busca de su agenda y así ver qué le preparaba el día siguiente. Tenía todo organizado, así le gustaba su vida, organizada, tener todo controlado.

El día lunes llegó y Sofía estaba ya de camino a su trabajo. Era abogada y trabajaba para una de las importantes firmas de abogados de la gran manzana.

Pasó por su cafetería favorita, pidió lo de siempre y llegó hasta el edificio donde estaba la firma Randall & Randall. Subió al ascensor y a los pocos minutos llegó al piso cinco donde estaba su oficina. A su paso fue saludando amablemente a cada persona en el piso como lo hacía cada día.

Llegó hasta su escritorio y se puso a ver las carpetas de los casos de

los que se ocuparía esa semana. Era muy perfeccionista y siempre encontraba algún detalle en los acuerdos y no descansaba hasta que todo estuviera perfecto.

Así pasó Sofía los días, trabajando para luego llegar a la casa, darse un baño y a dormir para levantarse al día siguiente y retomar la misma rutina.

Era viernes y, antes de que terminara de pasar por el hall de entrada de su edificio, el conserje la detuvo.

—Buenas tardes, señorita Cassano —la saludó el hombre de mediana edad.

—Buenas tardes —respondió ella sin mucho entusiasmo.

—Disculpe que la moleste —dijo el hombre que se acercó a ella—, pero el dueño de su departamento le dejó este sobre. Dijo que me asegurara de entregárselo personalmente.

Sofía abrió los ojos cuando vio el sobre que le extendía el conserje. ¿Se le habría olvidado pagar la renta? Pensó, para luego recordar que estaba todo en orden con el pago.

—Mucha gracias —dijo y tomó el sobre de la mano del conserje.

—De nada. Que tenga linda tarde.

Sofía se despidió con un asentimiento de cabeza y luego subió al ascensor que la llevaría hasta el piso de su departamento.

¿Qué querría su casero? La curiosidad la mataba, pero no abriría el sobre hasta que entrara a su hogar.

Entró en su departamento y se fue hasta la cocina, a su paso dejó su bolso en una mesa de arrimo que estaba en el pasillo. Puso la cafetera y, mientras esta empezaba a preparar el brebaje caliente, Sofía abrió el sobre para ver su contenido.

Sacó el papel y se puso a leer lo que decía y que comenzaba de la siguiente manera:

«Estimada señorita Cassano:

La siguiente tiene por objeto informarle que, a partir del próximo mes, el valor de su renta subirá en un veinticinco por ciento más....»

—¡No puede ser! —exclamó y se tambaleó un poco por la impresión de la noticia recibida. Dio un paso atrás y chocó con el mueble de la cocina y se apoyó en este, no fuera que sufriera un desmayo en ese momento.

Leía una y otra vez la carta que le explicaba que, dentro de un mes, la renta de su departamento iba a subir más de lo que ya costaba.

—No me puede estar pasando esto —susurró. Su cabeza comenzó a

pensar en mil cosas por minuto.

¿Qué podría hacer ahora? Si ya estaba pagando casi la mitad de su sueldo en renta, ahora con esa alza de un veinticinco por ciento más, apenas si tendría para sobrevivir.

¿Se tendría que cambiar de casa? Ni pensarlo, se dijo. Adoraba vivir ahí. Además, le había costado mucho encontrar un buen lugar como el que tenía y ni loca se iría a vivir lejos del centro de la ciudad.

Lo que necesitaba era conseguir una compañera de departamento que la ayudara con la mitad de la renta.

Bebió un vaso de agua de golpe y trató de calmarse para pensar mejor todas sus opciones. .

Aún con la carta en la mano se fue hasta su habitación y se tiró sobre la cama, cerró los ojos y trató de no alarmarse demasiado. Al día siguiente se juntaría con sus amigas. Tenían que recoger los vestidos para la boda y se dijo que hablaría con ellas. Tal vez tuvieran a alguien que quisiera compartir piso con ella.

Deseando que así fuera, a altas horas de la noche se quedó dormida.

Al día siguiente Sofía y Ana esperaban en el salón de bodas a que Lidia llegara. Ya llevaba quince minutos de retraso y, aunque Sofía estaba en el mundo que adoraba, de igual forma estaba molesta por la demora de su amiga. Era la novia, se suponía que debía de estar en ese lugar primero que todas.

Siguieron conversando aunque Sofía estaba medio distraída por la noticia que había recibido el día anterior por parte de su casero.

Con media hora de retraso Lidia ingresó a la tienda de novias con una gran sonrisa en los labios.

—¡Hasta que por fin llegas, Lidia! —La regañó Ana— Te hemos estado esperando por más de media hora y ni siquiera te dignas a llamarnos para saber si algo te había pasado.

Lidia miró a Ana y le causó gracia verla tan enfurruñada por su atraso. Ese papel era el de Sofía, pero ahora ella extrañamente se encontraba muy callada.

—Lo siento, amigas, no me regañes más, Ana. Lo que pasa es que me encontré con alguien que... —Lidia dejó la frase en suspenso y miró a Sofía— Amiga, ¿estás bien?

—Eh, sí, estoy bien... muy bien. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque te noto algo preocupada, además no me has regañado por lo hora y eso es extraño en ti. ¿Segura que estás bien?

Sofía se mordió el labio inferior y miró a sus amigas debatiéndose en si contarles lo que le pasaba o no. Pero ese era un día feliz, Lidia venía por su vestido de novia, no era justo que ella empañara ese momento con sus penas.

—Amiga, si algo pasa sabes que cuentas con nosotras —dijo Ana que no era tan intuitiva como Lidia y para ella Sofía había estado igual que siempre.

—Sí. —La secundó Lidia— No me digas que es algo que comprometa tu presencia en la boda. Sofía, ¿es eso?

—No, no es eso... bueno... lo que pasa... es... bueno... —Sofía se estaba desmoronando por dentro y ante un poco de insistencia de sus amigas comenzó a hablar de lo que tanto la afligía—. El dueño de mi departamento me subió la renta en un veinticinco por ciento y no sé qué hacer.

—¡¡¡Hijo de su madre!!! —exclamó la novia un poco fuerte al parecer, ya que algunas de las personas que estaban en el salón se giraron a mirarla.

—¡Lidia! —La regañaron Sofía y Ana al unísono.

—Lo siento —se excusó avergonzada—. Pero no lo pude evitar.

Lidia tomó de la mano a Sofía y la fue guiando hasta uno de los mullidos sofás de la tienda de novias. Las tres amigas se sentaron para consolar a Sofía.

—Ay, amiga, pero todo va estar bien, ya verás.

—No lo sé, Ana. Ya pago casi medio sueldo en la renta de ese departamento, y ahora, con esta alza, quedaré casi sin nada.

—Sofía, creo que lo mejor es que pienses en cambiarte de departamento.

—¡Ni loca, Ana! ¿Sabes lo que me costó encontrar un lugar así? No, no lo voy a dejar, algo se me tiene que ocurrir, pero no me voy a cambiar del centro.

—¿Y has pensado en compartir la renta con otra persona? —preguntó Lidia a quien parecía habersele ocurrido alguna idea maravillosa ya que su rostro cambió de pronto en la expresión.

Sofía la miró con los ojos abiertos. Aunque había pasado esa idea por su mente, no la había vuelto a considerar debido a lo quisquillosa que era con el orden de su casa. Compartir la renta con alguien la sacaría de esa

preocupación, pero de solo pensar en que alguien que no fuera ella usara el baño o desordenara su cocina, hacía que esa idea desapareciera enseguida de su cabeza.

—Sí... lo he pensado, pero...

—Bien —dijo Lidia levantándose del sofá y dando un par de aplausos con sus manos—, ya verás que todo saldrá muy bien. Déjame a mí. No te preocupes de nada.

Ahora lo que quiero es que nos preocupemos de la boda. Luego las invito a almorzar para que hablemos de algo que me pasó cuando venía hacia acá.

Lidia se probó su vestido y sus amigas no podían creer que se viera más hermosa que la última vez que la vieron usándolo.

Luego de que cada una tuviera su respectivo vestido en su poder, las amigas salieron de la tienda y se fueron a almorzar para ver qué era lo que era eso tan importante que Lidia tenía que contar y que la tenía tan entusiasmada.

Tres

Las tres amigas estaban sentadas a la mesa en un restaurante de la gran manzana. Ya habían hecho el pedido de lo que almorzarían y esperaban a que se los trajeran pronto. Sofía había pedido agua para beber y de vez en cuando sorbía un poco de líquido desde una pajilla.

—Y bien, Lidia, ¿nos vas a contar qué fue eso tan importante que hizo que te retrasaras hoy? Me dejaste intrigada. —preguntó curiosa Ana.

—¡Ah sí, eso! A que no adivinan con quién me encontré en la calle hoy mientras iba a la tienda de novias... Creo que jamás lo adivinarán.

Sofía y Ana se pusieron a pensar quién podría ser el personaje misterioso con quien su amiga se habría encontrado. Pensaron y pensaron, pero nada venía a sus cabezas.

—No juegues al misterio con nosotras, Lidia —la regañó Sofía un poco frustrada porque nada se le ocurría—. Cuéntanos de una vez a quién te encontraste.

Lidia las miraba risueña, como si de una travesura de niña se tratara. Sabía que, cuando dijera el nombre del personaje misterioso, una de sus amigas no podría creerlo.

—Buuu, qué aburridas son. Cómo no van a poder adivinar. —Lidia seguía dilatando el momento disfrutando su juego.

—Vamos, Lidia, cuenta ya —dijo al fin Ana, quería saber pronto el misterio que se traía su amiga.

—Está bien, está bien, pero no me van a creer cuando les cuente con quién me encontré, sobre todo tú, Sofía.

Sofía ladeó la cabeza y miró a su amiga con extrañeza. ¿Con quién podría haberse encontrado? ¿Y por qué eso tendría que impórtale tanto a ella?

—Me encontré con Alex —dijo Lidia, sus amigas la miraron extrañadas, ese nombre no les sonaba de nada.

—¿Alex? ¿Qué Alex es ese? —preguntó Ana.

—¿Cómo que qué Alex, chicas? —las regañó Lidia, como si con solo

decir aquel nombre sus amigas tuvieran que saber de inmediato de quién se trataba.

—Es que no nos suena de nada ese nombre, Lidia. ¿Puedes ser más clara? —dijo Sofía que estaba ansiosa por acabar con aquel jueguito.

Lidia dio un sorbo al jugo que había pedido junto a su plato. Bebió lentamente mientras sus dos amigas estaban exasperadas y eso a ella le encantaba. Luego, con toda la calma del mundo dejó el vaso en la mesa y con una servilleta se secó la comisura de los labios. Miró a sus amigas una vez más y se apiadó de ellas... Era hora de revelar tanto misterio.

—Me extraña que el nombre no les suene de nada, sobre todo a ti, Sofía.

—¿A mí? ¿Qué tengo que ver yo con todo esto? —espetó Sofía.

—Bueno, me encontré con Alex, o Alexander... ¿No te suena de nada el nombre de Alexander James?

Sofía se quedó petrificada mirando a Lidia sin pestañear, incluso contuvo la respiración sin darse cuenta.

—Ahora sí te suena el nombre, ¿verdad? Sí, me encontré con tu gran amigo de la infancia, Alexander James.

Sofía pensó que tal vez había escuchado mal. Hace mucho tiempo que ese nombre ya no formaba parte de su vida. Esto debía de ser una muy mala broma por parte de su amiga, pensó.

—¡Alexander! Sííí —exclamó Ana con entusiasmo—. Era el súper amigo de Sofía. ¿Y cómo está? ¿Sigue tan nerd como en la escuela?

Por la mente de Sofía pasaban imágenes de su adolescencia y de su amistad con Alexander James. Él había sido su vecino y mejor amigo hasta que, de un día para otro, la amistad entre ambos se rompió, él desapareció y nunca más supo de su vida. ¿Por qué venía a aparecer justo ahora a esta altura de la vida?

—Está...—Lidia dejó la palabra en el aire creando suspenso— ya lo verán con sus propios ojos. Lo invité a la boda.

—¡¡¡Qué!!! —gritó Sofía, lo que hizo que varios comensales en el restaurante se giraran a mirarla.

—Lo que acabas de escuchar, Sofía. Invité a Alexander a mi boda y él aceptó encantado.

—Pero... ¿pero, por qué?

—Bueno, nos encontramos en una tienda, ¿sabían que es médico? Bueno, ahora ya lo saben. Me reconoció y nos pusimos a hablar y le conté

que me iba a casar. Me felicitó, y sin pensarlo, de mi boca salió la invitación. Además, creo que será un bonito reencuentro con tu amigo de la infancia, Sofía, ¿no te parece?

Lidia y Ana siguieron hablando mientras que Sofía no daba crédito a todo lo que había salido de la boca de su amiga.

Había invitado a Alex a su boda, vería a su ex amigo luego de tantos años transcurridos. ¿Qué pasaría? ¿Qué pensaría él de ella y ella de él? De seguro todo sería tremendamente incómodo, pensó para sus adentros. Ahora, además de tener que vestir un vestido color melocotón que no le gustaba para nada, tendría que sumarle la presencia de Alexander a esa boda que cada vez le estaba gustando menos, y eso que ella adoraba las bodas.

Ya en su casa Sofía entró en la cocina y sacó una tira de regaliz desde el frasco que guardaba en la despensa y una gaseosa desde el refrigerador. Mientras mordisqueaba la golosina pensó en Alex y en la última vez que lo vio.

Alexander James o “Alex el Nerd” como lo llamaban las chicas del colegio, era un adolescente flacucho y desgarrado que usaba anteojos y además frenos en los dientes... todo un esperpento como decían sus amigas que no entendían la amistad de Alex y Sofía.

¿Lidia había dicho que él ahora era médico? Nadie lo habría imaginado jamás, ya que reprobó el último año dos veces.

¿Cómo estaría ahora? De seguro seguiría con sus gafas que con los años se habrían vuelto más gruesas, tal vez estuviera calvo o hasta panzón.

Sofía sacudió su cabeza para quitar esa imagen de un Alex maltrecho de sus pensamientos. Caminó hasta su dormitorio y se tiró sobre su cama lanzando un suspiro que le estaba oprimiendo el pecho.

De pronto los recuerdos llegaron a ella como una película. Recuerdos de una niñez feliz junto a su vecino y mejor amigo. Veranos comiendo helado hasta el hartazgo, escaladas a su árbol favorito desde donde podían ver todo el vecindario, risas y bromas cómplices que nunca más se volvieron a repetir.

¿En qué momento terminó todo eso? En la adolescencia, recordó Sofía. Con la declaración de amor de Alex. Ella seguía siendo su amiga, pero ya se había convertido en toda una bella señorita, mientras que él seguía siendo un adolescente despreocupado por su físico. Sofía se había convertido en la chica popular, mientras que él... él seguía siendo el nerd.

Aunque en el barrio ellos hablaban y compartían temas como música

y cine, en el colegio la historia era distinta. Sofía lo ignoraba para estar con el grupo de las chicas populares.

A Alex eso no le importaba. Aunque le dolía su indiferencia en el colegio, sabía que, una vez que llegara a su casa, Sofía volvería a ser la misma, su amiga, su confidente, la divertida y despreocupada chica de siempre.

Hasta que llegó el día en que Alex no se pudo aguantar más y se declaró a su amiga, terminando la confesión con un beso.

Sofía no podía creer lo que estaba viviendo, su amigo, su fiel confidente, su compañero la estaba besando. Él no podía ocultarlo más, era su último año de escuela y tenía que revelar lo que llevaba ocultando por años.

Él se había enamorado de Sofía, ella era bella, sí, pero él conocía su interior y eso era lo que más amaba de ella.

Pero nada de eso le valió al hacer la declaración de amor ante ella. Fue recibido por el rechazo y la indiferencia de Sofía. Tratado como un tonto, como toda la escuela creía que era... como un fracasado.

El rechazo por parte de ella lo hirió profundamente, más que cualquier otra cosa en el mundo, y desde ese día, ella nunca más lo vio otra vez, nunca más tuvo noticias suyas, hasta este día en que Lidia les había contado de su encuentro con él por casualidad.

¿Por qué se aparecía en su vida luego de tantos años? No entendía nada y ya no quería pensar más en él por ese día, pero le resultaba imposible.

Dentro de unos días su amiga se casaba, ella sería su dama de honor y ese día también volvería a ver a Alexander James.

Cuatro

El gran día al fin llegó. Lidia y sus dos mejores amigas, eran atendidas por los estilistas en una de las suites del hotel Plaza donde también se celebraría la boda.

La novia estaba nerviosa y quería que todo pasara pronto. Pidió champaña para todas las mujeres en la habitación para así calmar un poco la ansiedad que estaba comenzando a sentir.

Sofía también estaba nerviosa, claro que por razones muy distintas a las de la novia. Estaba sentada mientras la maquillaban y por su mente pasaban pensamientos sobre lo que vendría. Sabía que había muchos invitados a esa boda y solo rogaba no encontrarse con Alex en todo lo que durara la velada. Tal vez él ni siquiera la reconocería y de pronto algo pasó por su mente... ¿Y si él tenía esposa?

Sin querer un escalofrío la tomó de pies a cabeza. Había pasado por alto ese detalle. Lidia había dicho que él era médico, de seguro uno muy respetable y de seguro con una esposa y un hogar muy bien constituido, de solo pensarlo el estómago se le anudó.

Se reprochó un par de veces mentalmente y otro par de veces en voz baja por estar pensando cosas que no iban ni al caso.

La novia y sus damas ya estaban listas. Lidia estaba a punto de soltar algunas lágrimas de la emoción. Nunca pensó que se enamoraría tanto y que daría este gran paso en su vida, pero ahí estaba, vestida de novia, en el Plaza y a solo unos minutos de convertirse en la flamante esposa de Robert.

Sofía se acercó a su amiga y con un pañuelo de papel detuvo una lágrima que amenazaba con arruinar el trabajo de la maquilladora.

—Gracias, amiga —dijo la novia con la voz quebrada por la emoción—. Gracias por estar aquí en este día tan importante para mí.

—¿Dónde más podría estar, Lidia? —bromeó Sofía—. Ya sabes que me encantan las bodas y recuerda que, cuando lances el ramo, trata de que

llegue a mis manos, ¿ok?

Ambas sonrieron y se abrazaron, justo en ese momento la organizadora del evento entró con el padre de Lidia avisando a todos que la ceremonia estaba por empezar.

Sofía tomó la delantera seguida de Ana y luego la novia y su padre. Llegaron al salón donde se realizaría la ceremonia. La puerta se abrió ante Sofía y esta sintió que sus piernas flaqueaban, había demasiada gente en ese lugar. Miraba las caras, pero todas se le volvían borrosas.

Comenzó a caminar por el pasillo cuando se lo indicaron. Sonreía, pero por dentro pensaba en dónde, en todo ese gentío, se encontraría Alexander. ¿Estaría de verdad ahí? Tal vez no había asistido, se dijo para calmarse y siguió caminando hasta que llegó al altar y vio a un radiante novio emocionado, mirando con amor a la mujer que sería su esposa.

Sofía deseó con el alma que alguna vez alguien la mirara así como Robert miraba a Lidia. Que alguien la llegara a amar de esa manera. La ceremonia comenzó y ella, cada tanto, se dedicaba a mirar a los asistentes a ver si lograba encontrar a su amigo de la infancia, pero nada.

Todo era rostros y más rostros, podría ser cualquiera o podría ser ninguno.

La ceremonia transcurrió con hermosas palabras por parte del juez y lindos votos de amor por parte de los novios. Sofía no pudo evitar soltar un par de lágrimas al igual que Ana, todo el amor que se vivía en el altar era maravilloso y ellas eran unas sentimentales de aquellas.

Ya estaba listo, Lidia y Robert eran declarados marido y mujer y sellaron la unión con un beso. Entre vítores y aplausos, los novios salieron del salón para dirigirse a la parte de la recepción.

Comenzaron las fotos de rigor. Los novios solos, los novios con los padrinos, los novios con los padres, los novios con las damas de honor y así suma y sigue.

Los invitados se fueron ubicando en las mesas que se les habían designado y el salón de pronto ya estaba repleto de gente.

Una voz anunció que los novios harían su primer baile como esposos y Sofía miraba a la pareja que empezaba a dar sus primeros pasos del tradicional vals. No había transcurrido ni medio minuto del perfecto vals que estaba bailando la pareja, cuando la música se detuvo y las luces se apagaron dejando a todos preguntando qué pasaba.

A Sofía, que era una perfeccionista y más en lo que de a bodas se

trataba, casi le da un ataque, eso no podía estar pasando, menos en la boda de su amiga.

De pronto un delgado as de luz comenzó a iluminar la pista de baile. La grave voz de *Bill Medley* comenzó a resonar en todo el salón con el tema *Time of my life* de la película *Dirty Dancing*. Sofía no podía creer lo que estaba a punto de suceder. Los novios, en vez de bailar el tradicional y lindo vals que se acostumbraba, harían un baile como la película. Solo esperaba que el levantamiento en el aire no estuviera incluido en la coreografía de los novios.

Toda la gente parecía feliz por lo que veía, menos Sofía ya que para ella eso era un sacrilegio a las bodas.

Dio gracias al cielo cuando el baile terminó y todo sin el dichoso levantamiento que aparece en la película. Lidia estaba feliz, había logrado sorprender a todos, había sido un secreto que ni a sus dos mejores amigas había querido contar.

Sofía se tomó una copa de champaña casi de golpe para calmar la impresión que le había causado la salida de protocolo de su amiga. Ella tenía claro cómo quería su boda. Celebrarla quizás en el Plaza estaría muy bien. El lugar era bello, además ahí se desarrollaba una de sus películas favoritas, *Guerra de novias*, así que ese lugar sería perfecto para su boda. Pero tenía claro que no haría una locura como la de Lidia, ella bailarían el tradicional vals nupcial.

La cena llegó y a Sofía le tocó estar en una mesa llena de desconocidos, casi todos amigos del novio. Aún así tuvo conversaciones muy entretenidas con alguno de ellos. La comida estaba deliciosa y ella la disfrutó al máximo.

La banda en vivo comenzó a tocar música para animar la fiesta y pronto ya estaban varios de los invitados en la pista dando rienda suelta a sus mejores pasos de baile.

Ese instante fue el elegido por ella para ir al baño. Quería retocar su maquillaje, y además, eso le serviría para escabullirse un poco de la gente y no encontrarse con Alexander, si es que él había asistido a la boda. Hasta el momento no había visto a ningún hombre que pudiera ser él.

Se miró al espejo y se retocó el labial. Estaba nerviosa, pensó que tal vez debería salir de ese lugar para evitar ese encuentro, pero luego pensó en Lidia, en lo importante de ese día y decidió quedarse.

Se envalentonó, se dijo mirándose al espejo que, encontrarse con Alex

no podía ser tan malo. Tal vez solo le diría un “hola” y “un hasta luego, fue bueno verte otra vez” y sería todo... Sí, eso es lo que sucedería.

Salió del baño a paso firme, pero cuando llegó a la recepción las piernas le comenzaron a temblar. Miraba y miraba y no podía encontrar en los rostros de las otras personas los rasgos que recordaba de su antiguo amigo.

De pronto miró hacia la barra y vio que Lidia conversaba muy animadamente con un hombre al que solo podía verle la espalda.

Lidia reía a algo que le decía el hombre que a Sofía le llamó la atención. Era alto, de anchas espaldas, vestido con un traje negro que se entallaba perfecto a su cuerpo. Su rubio cabello más largo arriba estaba peinado cuidadosamente, de seguro sería uno de los amigos del novio.

Lidia vio a Sofía y con una mano le hizo una seña para que esta se acercara hasta la barra. Ella un poco dudosa comenzó a caminar en la dirección de su amiga. El hombre aún no giraba, así que no podía verle el rostro.

—¡Sofía! ¿Dónde te habías metido? —dijo una sonriente novia—. Estábamos justamente hablando de ti aquí con Alex.

Sofía tragó el nudo que tenía en la garganta y sintió que un vacío le atacaba el estómago, era como una sensación de vértigo al ver el rostro del hombre que tenía frente a ella. Un hombre de unos profundos ojos color azul celeste que la miraban con alegría.

¡No podía ser él! Ese hombre no podía ser Alex el nerd. Este era un impostor que había usado el nombre de su ex amigo para colarse en la boda, sí, eso era, se dijo para sí misma.

—Hola, Sofía. Ha pasado mucho tiempo, ¿no? —La saludó acercándose a ella para dejarle un beso en la mejilla.

Sofía estaba petrificada. ¿Tanto podía cambiar físicamente una persona? Al parecer sí. Alex lo había hecho y mucho.

Cinco

Alexander miraba a Sofía y veía que en ella nada había cambiado. Bueno, casi nada. La última vez que la vio era una hermosa joven de diecisiete años. Aún seguía hermosa, pero ahora era más mujer, más madura, más deseable.

Él la miraba directo a los ojos, a esos ojos que tantas noches le habían quitado el sueño en su niñez. Esos ojos pardos con vetas verdosas que eran inconfundibles.

Ella por su parte, sentía que sus piernas temblaban, trataba de mantener la compostura, que él no notara que ese reencuentro la estaba afectando, pero si seguía ahí frente a él, fallaría en esa misión.

Parpadeó un par de veces y quitó la mirada de esos ojos claros que la perturbaban y ahora su mirada estaba puesta en su amiga, entonces, para salir del paso le preguntó a la novia:

—Así que estaban hablando de mí... ¿Y se puede saber de qué? —le preguntó a su amiga y levantó una ceja como para dejarle saber que no le había gustado la encerrona de la que se sentía presa.

—Bueno, Alex me decía que se está estableciendo en Nueva York y ha estado buscando lugares para vivir, pero nada le ha gustado, y yo le estaba diciendo que tú necesitas un compañero de piso. Entonces pensé... ¿No sería genial que vivieran juntos y así matan dos pájaros de un tiro?!

Sofía trataba de que las palabras salieran de su boca, pero solo boqueaba como un pez fuera del agua. No sabía qué pretendía Lidia proponiendo a Alex como su compañero de piso, eso era algo totalmente descabellado. Solo habían intercambiado un tibio saludo, hace años que no sabían nada el uno del otro y ni loca ella lo metería en su departamento.

—La verdad... es que yo... —comenzó a balbucear Sofía cosa que le causó gracia a Alex. Ella pudo ver cómo una de las comisuras de su boca se elevaba en una discreta y sexy sonrisa.

—Tú nada —la interrumpió Lidia—. Alex, saca a bailar a Sofía y de

paso pueden conversar. Estoy segura que es una gran idea de que sean compañeros de piso.

—Sofía, ¿quieres bailar? —preguntó Alexander mientras le ofrecía el brazo como todo un caballero.

Ella miró a sus ojos, luego al brazo y otra vez a sus ojos. Estaba quieta como una estatua, primera vez en su vida que se sentía perdida sin saber qué hacer.

—¡Claro que ella quiere bailar! —dijo Lidia quien le dio un pequeño empujón a su amiga dejándola junto a Alex.

Ella se dejó llevar hasta la pista justo en el momento en que la banda que amenizaba la fiesta comenzaba a tocar un tema de un ritmo más lento. Él la tomó por la cintura y la acercó un poco más a su cuerpo, entrelazó su mano con la de ella mientras que Sofía dejaba descansar su otra mano en el bíceps del hombre.

Estaba nerviosa, él era muy alto así que su mirada estaba fija en su pecho. Alex se comenzó a mover, pero Sofía lo hacía con torpesa, como si nunca hubiera bailado en su vida.

¿Sería este de verdad Alexander James? ¿Podría ser este hombre que, parecía un guapo modelo de revistas, su amigo de la infancia? Elevó la vista, y ahí, en el mentón del hombre que la tenía entre sus brazos, encontró la respuesta.

Él sí era Alex. Ahí, en el lado izquierdo de su mentón, estaba la evidencia, una evidencia de la cual ella había sido la culpable. En el mentón Alexander tenía una cicatriz consecuencia de un accidente en bicicleta, accidente provocado por una travesura por parte de Sofía.

Tragó en seco y el recuerdo de aquel día vino a su mente. No pudo evitar que la culpa volviera a invadirla por haber dejado marcado para siempre a su amigo.

Había sido una tonta travesura de su parte que pensó sería divertida, pero no fue así. Ambos estaban echando una carrera en bicicleta la cual Alex iba ganando. Sofía no quería que eso sucediera, era muy mala perdedora y pensó que sería divertido botar a su amigo y así ganar ella la competencia.

Se acercó hasta la rueda trasera de la bicicleta de Alex y le dio una patada con uno de sus pies, logrando que la bicicleta de él se desestabilizara y fuera a dar contra la reja de una de las casas del vecindario.

Como consecuencia, Alex terminó con una profunda cicatriz en el mentón que cargaba hasta el día de hoy. Sofía se sintió culpable esa vez y no

abandonó a su amigo mientras se recuperaba en su casa y ahora, muchas años después, volvió a sentir aquella culpa.

Él la miró y ella sintió que se estremecía al ver directamente a esos ojos claros.

—¿Por qué estás tan nerviosa, Sofía? —preguntó él con voz pausada y profunda que causó que a ella se le acelerara el corazón.

—¿Qué? ¿Nerviosa yo? —contra preguntó ella tratando de aparentar normalidad, pero no lo consiguió.

—Parece que estoy bailando con un maniquí, solo relájate.

Dijo él con total confianza. Ella pensó en qué momento, el chico que a veces tartamudeaba cuando hablaba con ella, se había vuelto tan seguro. El tiempo no pasaba en vano, se dijo mentalmente.

Alex la tomó más firme por la cintura, ella quedó más cerca de su pecho si eso era posible, aspirando la embriagadora fragancia varonil que él usaba.

Trató de relajarse, trató de que la presencia de él no la afectara, pero le fue imposible. El solo tacto de la palma de Alex en su cintura le provocaba algo que ella no sabía bien qué era.

—Y bien, ¿qué me dices? —preguntó él y ella lo miró con extrañeza ya que no sabía a qué se refería. ¿Es que acaso él le había preguntado algo?

—¿Sobre qué?

—Sobre lo de compartir piso.

De solo pensar en compartir techo con ese hombre a Sofía se le sonrojó el rostro.

—Bueno, la verdad es que Lidia exageró un poco...

—Sofía, ella me dijo que tu departamento estaba muy bien ubicado en el centro de Nueva York. Yo necesito un lugar así, estoy estableciendo un negocio y es eso lo que preciso. Un lugar que me quede cerca de todo.

—Alex, la verdad... yo...

—No digas nada sin pensarlo antes, ¿quieres? Podría pagarte un diez por ciento más de lo que me corresponde. ¿No crees que sería un trato excelente?

Ella lo pensó por un momento. Adoraba ese departamento y no se veía lejos de él, pero tener a Alexander James otra vez en su vida no era una idea que quisiera considerar por el momento.

La canción que estaban bailando ya estaba por terminar y ella no le había dado una respuesta. Así que, antes de que ella lo dejara para alejarse de

ahí, porque de seguro era lo que pasaba por su mente, él la soltó y sacó desde dentro de la chaqueta del traje una tarjeta y se la pasó.

—Toma, este es mi teléfono. Si tomas la decisión de que compartamos renta no dudes en llamar a la hora que sea.

Ella lo miró a los ojos sin decir nada, estaba abrumada, entonces la música se detuvo, él se acercó a ella y le besó suavemente la mejilla.

—Hasta pronto, Sofía. Fue bueno verte otra vez —le susurró al oído mientras que a ella todo el vello de la nuca se le erizaba.

Lo vio alejarse sin girarse ni una sola vez para voltear a verla. Se quedó sola, parada en el medio de la pista como una estatúa de mármol. Acercó la tarjeta que Alex le diera y leyó en un susurro lo que decía:

—Doctor Alexander James. Médico pediatra.

Alex llegó a la barra y soltó la respiración que había estado conteniendo desde que vio a Sofía frente a él. Nada en ella había cambiado. Seguía igual de bella que la última vez que la vio, aunque ahora fuera toda una mujer y exudara sensualidad por todos los poros de la piel.

Hasta con aquel vestido color melocotón, color que él sabía que ella odiaba, se veía encantadora. La había tenido entre sus brazos y pudo sentir como ella temblaba ante su tacto. Aunque su aspecto hubiera cambiado por fuera, aunque ya no fuera el tonto chico del que todos se rieran en la escuela, lo que sentía por ella seguía intacto ahí guardado en su corazón.

Ana llegó al lado de Sofía y la tomó por un brazo tirándola para llevarla hasta cerca del escenario.

—¡Vamos, Sofía. Lidia lanzará el ramo! —dijo Ana entusiasmada.

Ambas amigas llegaron cerca del escenario donde ya se encontraba un montón de chicas más, todas deseosas de conseguir el ramo.

Los hombres, que se habían quedado atrás hacían sus apuestas, otros decían que eso sería una batalla campal. Alex sonreía por lo que escuchaba y miraba entre el grupo a ver si ubicaba a Sofía. La vio forcejeando el lugar en primera fila con otra chica y eso le causó más gracia aún.

La novia se puso en posición, hizo el amago de lanzar el ramo contando uno, dos, tres, pero en vez de soltarlo, bajó del escenario, se acercó a Sofía y se lo entregó en las manos.

—Pero, Lidia. ¿Qué haces? —dijo Sofía, mientras escuchaba la queja de las demás mujeres a su alrededor.

—Te quiero, amiga y quiero que la próxima boda sea la tuya.

Las amigas se abrazaron y la fiesta continuó. Alex negó con la cabeza y se bebió lo que quedaba de su trago para luego, dándole un último vistazo a su amiga de la infancia, retirarse de la fiesta.

Ya en casa, Sofía rememoró toda la velada. La aparición de Alex la había dejado perturbada, pero había salido mejor de lo que había imaginado.

Se quitó el vestido y se soltó el cabello. Dejó escapar un gemido de placer cuando su pelo se vio libre de la prisión de los pasadores.

Miró el ramo de novia y lo dejó sobre la mesa de noche. Su amiga había deseado que la próxima boda fuera la de ella. Claro, cómo no, pensó Sofía. En su cabeza tenía todo un esquema de cómo quería su boda. Todo fríamente calculado, solo le faltaba un detalle, más bien dicho un detallazo, no contaba con el novio, se volvió recordar.

Se rió un poco de la situación y se puso su short y camiseta con la que dormía. Abrió la cama, pero antes de meterse en ella, recordó algo. Tomó el bolso que había usado en la boda y de él sacó la tarjeta que Alex le entregara.

Acarició suavemente las letras con sus dedos y, luego de pensar un poco más en él, guardó la tarjeta en el cajón de su mesa de noche. Debería haberla botado ya que jamás la usaría, pensó, pero algo dentro de ella la hizo conservarla.

Acomodó la almohada y, luego de un par de minutos ya estaba dormida, cansada por todo el ajetreo del día.

Seis

Sofía entró en la reunión de asociados de la firma justo a la hora. Vestía impecable, tenía una reunión con un cliente que estaba siendo un poco esquivo y esperaba ese día darle el acuerdo que esperaba de una buena vez.

Se había puesto un elegante vestido rosa viejo sin mangas y cuello redondo. La falda del vestido se ajustaba a sus curvas y llegaba justo a la altura de sus rodillas, todo lo complementaba con unos tacones altísimos en tono *nude*.

Su cabello, como siempre suelto, lucía radiante y pulcramente peinado para la ocasión.

Mientras revisaba algunas carpetas y algunos otros clientes, su secretaria entró en la oficina y le dijo:

—Sofía, Joel quiere verte en su oficina de inmediato.

—¿Pasó algo? —preguntó ella preocupada, pero solo recibió un “no sé” como respuesta de parte de la secretaria.

Se levantó de la silla y se encaminó hasta la oficina de su jefe haciendo resonar sus tacones por el pasillo. Llegó hasta la puerta de Joel y tocó un par de veces antes de que él le dijera que entrara.

Joel Randall era el nombre de su jefe, un hombre de treinta y dos años que deseaba mucho a Sofía. Ya habían tenido anteriormente una historia juntos de algunas pocas semanas, pero ella no quiso seguir con aquella relación.

Cuando él la vio parada en su puerta solo pudo desearla con más fuerza. Era una tortura trabajar con ella, pero prefería tenerla ahí, cerca y verla a diario a no verla nunca más. Además no perdía la esperanza de que, algún día, ella se rindiera otra vez a sus proposiciones.

—Pasa, Sofía, toma asiento —dijo mientras la miraba de arriba abajo con descaro. Le encantaba que ella usara esos vestidos que marcaban cada curva de su cuerpo.

—Me dijo la secretaria que querías verme de forma urgente, ¿pasó algo malo?

—Sí, pasó algo muy malo.

“Algo muy malo”, esa frase resonó en la cabeza de Sofía y su corazón comenzó a latir a mil por hora. ¿Qué podía ser tan malo?

—¿Qué es? Dime de una vez —exigió ella con la preocupación marcada en la mirada.

—La reunión con el cliente del Vodka se canceló. No quiere que nosotros llevemos su caso.

—¿¿Qué?! ¿Qué pasó? ¿Por qué nos hace esto?

—No me dio muchas explicaciones, solo que no trabajaría con nosotros y se canceló la reunión.

Sofía, que era una perfeccionista en cada aspecto de su vida y sobre todo en lo profesional, pensaba que eso era lo peor. Perder un cliente tan importante como ese era tener menos comisión en su sueldo, y sobre todo, haber perdido la ponía mal. Ella nunca perdía, esa palabra no estaba en su vocabulario cuando de trabajo se trataba.

—¿Con quién se fue? —preguntó con el entrecejo fruncido.

Joel se levantó de su asiento rodeando el escritorio y llegó a su lado. Le acarició el mentón y le dijo:

—Eso qué importa. Se fue y ya.

—¡Claro qué importa! —dijo ella levantándose ofuscada de la silla—. Se supone que estaba con nosotros porque que somos unas de las mejores firmas. Le dimos el mejor trato y precio, no nos dejó porque sí.

—Sofía, ya. Deja de pensar en eso y enfoquémonos en lo que se viene.

—Se fue con Carters, ¿verdad?

—Sí —dijo Joel luego de un segundo. Sofía sintió un fuerte golpe en el estómago.

Carters era el mejor bufete de abogados de la ciudad y ella lo odiaba porque no le habían dado la oportunidad de trabajar con ellos cuando fue a postularse para el trabajo.

Desde ese día ella se había empeñado en ser la mejor en su trabajo y no le gustaba perder un cliente, menos contra Carters.

—¡Maldición! Necesito hablar con el cliente y ofrecerle algo más...

—¡Basta, Sofía! Deja eso, no te obsesiones... ¿Qué te parece si hoy te invito el almuerzo?

—No, gracias, Joel. —Él sintió el rechazo como una fría cachetada. Siempre era lo mismo con ella, siempre lo estaba rechazando, pero él la

deseaba y no cesaría en sus intentos de volver a seducirla.

—Bien, entonces volvamos al trabajo —dijo él mientras volvía a su asiento.

Sofía se giró sobre sus talones y caminó hasta la puerta. Joel miraba el movimiento de las caderas de esa mujer que lo volvía loco y se tuvo que morder el labio inferior para que no saliera el suspiro que subía por su garganta.

Aunque solo la había tenido en un par de ocasiones en su cama, para él había sido difícil olvidarla. Era un mujeriego de aquellos y ella lo sabía, por eso no había prosperado algo más entre ellos.

Pero él no podía evitar lo que sentía. Había tenido a la mujer que había querido, pero ninguna se comparaba a la mujer que ocupaba una oficina cerca de la suya en ese piso.

¿Qué tendría que hacer para que ella no le hiciera más desplantes y aceptara entrar en su cama una vez más? No lo sabía. Ella era difícil de leer y eso lo intrigaba más aún, era el juego del gato y el ratón y él estaba confiado que ganaría ya que siempre el gato caza al ratón, pensaba para sus adentros... Ella en algún momento cedería y volvería a él, era cosa de esperar.

Sofía llegó a su oficina hecha una furia y se parapetó en ella. No salió hasta que el reloj le indicó que el horario laboral había terminado. Joel, como cada día, ofreció llevarla hasta su departamento y como cada día ella se negó.

Caminó las calles que la separaban de su departamento sumida en pensamientos de derrota y rabia por haber perdido al cliente, pero ya nada podía hacer.

Llegó a su casa y se sentó en el sofá blanco que dominaba la sala. Miró a su alrededor, todo era tan grande, tan frío, tan solo y además tan caro. Lo del alza de su renta volvió a atormentarla, el haber perdido ese cliente significaba que ya no contaría con aquel dinero para solventar en algo el gasto extra de la renta.

Los ojos de Alex pasaron por su mente. Sacudió su cabeza para borrar ese recuerdo. ¿Qué le pasaba a la vida que al parecer se había empeñado en darle un remezón?

Se fue a la cocina y sacó una tira de regaliz, miró el frasco y vio que ya le estaban quedando pocos, al día siguiente iría a la tienda y compraría más.

Su teléfono sonó y vio que la pantalla indicaba que era su amiga

Lidia.

—¿No se supone que tú estás de luna de miel? —dijo Sofía en tono de regaño.

—¡Sí! —respondió su amiga con una notoria alegría en su voz—. Aproveché que Robert se está duchando para hablarte. No aguanto más, cuéntame todo lo que te dijo Alex en la boda.

—No debería contarte nada por haberme hecho aquella encerrona.

—¿Encerrona? ¿De qué encerrona estamos hablando?

—¿Por qué le contaste que necesitaba un compañero de piso? ¿Por qué a él? ¡Justo a él!

—La verdad, no lo sé. La conversación salió de la nada.

—¡Sí, claro, yo te voy a creer eso!

—Lo juro. Estábamos hablando de que se había mudado hace poco a la ciudad y que estaba buscando un lugar donde vivir ya que se estaba quedando en un hotel. No lo pensé y le dije que tú estabas buscando un compañero de piso.

—Pero, Lidia. ¿Cómo se te ocurre que voy a vivir con él? Estás loca.

—Nada de loca. No le veo nada de malo. Además ustedes fueron súper buenos amigos, creo que no tendrían problemas.

—Pero eso fue hace miles de años, yo cambié, él cambió...

—Sí, y vaya que cambio el del nerd, ¿no, amiga?

Sofía tragó en seco al recordar en cómo lucía Alexander el día de la boda, con ese traje negro que hacía resaltar su rubio cabello y sus ojos claros.

—No te voy a decir nada, creo que será mejor que cortemos esta conversación.

—¿Sofía? ¿No te da pena que el pobrecito esté durmiendo solito en hoteles? No seas mala y dale asilo en tu departamento —dijo Lidia soltando una gran carcajada.

—Tonta... te voy a cortar. Adiós. —Sofía cortó la llamada mientras aún se escuchaba la risa de Lidia al otro lado del teléfono.

¿Cómo se le podía ocurrir a su amiga que ella viviría con un hombre que apenas conocía? Bueno, lo conocía de antes, pero ya habían pasado años y no sabía nada de él. No, vivir con él no era una opción aunque Alex había ofrecido pagar un extra.

Tendría que buscar otro modo de resolver su problema, pero ese día no sería. Solo tenía ganas de darse un baño de tina y relajarse para olvidarse del fracaso con aquel cliente del Vodka, ojalá tomarse una copa de vino

mientras escuchaba música tranquila.

Eso haría, ya mañana pensaría en qué hacer. De seguro había una solución y ella aún no la había descubierto.

Siete

Alexander despertó con el sonido de su móvil. Abrió un ojo y vio por la ventana que ya era de día. Alargó su mano hasta la mesa de noche para tomar su celular, miró la pantalla y vio que era Erick, su amigo y socio.

—¿Qué pasa, Erick? —dijo en medio de un bostezo.

—¿Has visto la hora que es? Seguro te vienes recién levantando.

Alex cerró los ojos, no estaba de humor para sermones, menos uno que viniera de parte de su amigo.

—Dime de una vez para qué me llamas y no me regañes, por favor.

—Al parecer estás de mal humor también —bromeó Erick, pero no recibió una respuesta de vuelta— Llamó la agente inmobiliaria, nos consiguió un par de oficinas cerca del centro. Quiere que hagamos una cita con ella para ir a verlas, te llamo para ver a qué hora te acomoda ir.

Alex se había olvidado de por qué estaba en Nueva York desde que había vuelto a ver a Sofía. Él estaba ahí para cumplir su sueño, pero el reencuentro con ella le había movido el piso y hasta le había hecho olvidar por qué estaba de vuelta en la ciudad.

—Bien, pide una cita para esta tarde y vamos a ver el lugar. Espero que sea lo que necesitamos.

—Está bien. Nos vemos.

Erick cortó la llamada y Alexander cerró los ojos por un momento. La cara de Sofía en todo su esplendor apareció en su mente para torturarlo. El destino la había vuelto a poner en su camino. No sabía qué cosa había generado en ella este reencuentro, pero en él había vuelto a despertar la añoranza de antaño. De cuando eran niños y pasaban tardes enteras hablando de todo y de nada.

Si bien él pensaba que, el enamoramiento de adolescente había quedado en eso, archivado en un rincón de su corazón, al verla luego de tantos años, ese archivo había salido a flote y ahora le estaba siendo difícil de no pensar en ella a cada momento del día.

Se levantó de golpe de la cama, enojado y frustrado por lo que pasaba en su interior. Esos sentimientos que habían estado dormidos tantos años lo

volvían a dominar y eso no le gustaba.

No era justo tener sentimientos por alguien que lo había rechazado hace años y que lo volvía a rechazar en el presente. Ella ni siquiera dijo que lo pensaría cuando él expuso la posibilidad de compartir piso.

Era eso lo que lo estaba torturando, saber que podía volver a compartir los días con ella le había bajado la guardia, si hasta le había ofrecido pagar un diez por ciento más y se trató de un idiota por hacer eso.

Ella no le había llamado y tal vez nunca lo haría aunque necesitara mucho compartir la renta de su departamento. Ella no cedería, la conocía bien y no lo haría por mucho que él rogara que así fuera.

Tomó su notebook y revisó correos importantes para el negocio que estaba por empezar... Su sueño.

Cuando Alexander se recibió de médico pediatra comenzó a ejercer en un hospital de la ciudad, pero sentía que no estaba haciendo nada por su vida. Él joven nerd que había sido en la escuela, se había vuelto un aventurero que quería recorrer el mundo.

Así fue como llegó a *médicos sin fronteras* y conoció otras realidades en países de África, donde la gente no tiene oportunidades como se le habían dado a él. Ahí fue donde su vida terminó de cambiar por completo.

Ahora quería vivir su vida, se convirtió en un alma libre y aventurera. Comenzó a viajar por el mundo y fue ahí donde decidió que empezaría una empresa. Una agencia que ofreciera turismo de aventura a lugares exóticos para personas millonarias adictas a la adrenalina como lo era él. Parte de lo que cobrara por estas aventuras sería donado para instituciones de beneficencia.

Recibió un mensaje de Erick que le confirmaba la hora de la cita de la agente inmobiliaria. Se metió a la ducha y, mientras cerraba los ojos bajo el chorro de agua, volvió a pensar en Sofía. En su interior pedía que ella lo llamara, que le pidiera vivir juntos, pero sabía que, con lo terca que era su amiga de la infancia, aunque lo necesitara mucho, él sería a la última persona a quien llamaría.

Los días pasaron y Sofía se encontraba firmando el nuevo contrato de arriendo de su departamento. Cuando miró la nueva cifra que desde ese mes comenzaría a pagar, sintió un gran escalofrío recorriéndole todo el cuerpo.

Quedaría con muy poco dinero para ahorrar y, hasta ese día, no había

conseguido a alguien que quisiera irse a vivir con ella... Solo a Alex.

Negó con la cabeza, no podía quitarse la proposición de aquel hombre de su mente. Se regañaba que tan solo la idea de volver a estar con él en el mismo espacio se pasara por su cabeza.

Necesitaba que alguien más la ayudara en ese problema, pero no había nadie ahí para ella.

Pasó otra semana, y luego de mucho pensar y pensar, de darle vueltas al asunto, de pensar en los pros y los contras, se dijo que Alex no tenía por qué afectarla de ningún modo.

Si aceptaba la oferta que él le había hecho, claro que su vida cambiaría. Pasaría de estar siempre sola a compartir su intimidad con alguien que era casi un total extraño. Sin embargo, no tenía por qué ser así. Ella trabajaba todo el día, llegaba a casa tarde y se acostaba y de seguro Alexander también tenía un trabajo demandante, con suerte se toparán en el departamento, pensó.

Llegó a su dormitorio y se sentó a un lado de la cama mirando fijamente la mesa de noche donde había dejado la tarjeta con el número de Alex.

Se estaba debatiendo en sí hacer la llamada o no. Su mano sudorosa se posó en la manilla del cajón de la mesa de noche hasta que abrió el cajón y miró en su interior.

Tomó la tarjeta y su teléfono móvil. Lo pensó una vez más, esa llamada cambiaría su vida tal y como la conocía. Miró el teléfono, tomó una honda respiración y por fin marcó el número de Alex.

Un tono, dos tonos al tercero ella ya estaba temblando, cuarto tono y él no contestaba, tal vez esa fuera una señal y sería mejor cortar la llamada. Quinto tono y desde el otro lado del teléfono la profunda voz de un hombre le habló:

—Bueno.

—Hola... ¿Alex? —dijo ella con la duda en su voz.

—Sí, con él. —Desde el otro lado Alex, que ya había recocado la voz de la mujer que lo llamaba, sonreía de oreja a oreja.

—Hola, soy yo... —el silencio tomó por instante la conversación—... Soy Sofía.

—Sofía... ¿Cómo estás?

—Muy bien. Te llamaba por... porque... bueno, ¿crees que nos podamos juntar en algún lado? Necesito hablar contigo.

Alex le dijo dónde juntarse y a qué hora, sabía de qué se trataría la conversación y no podía creer en su suerte.

Estaba nervioso, aunque por fuera mostrara ser un hombre muy confiado, pero ella le hacía bajar las defensas y él odiaba que tuviera ese poder sobre él.

Cuando llegó al café donde la había citado, se quedó parado en la entrada para mirarla. Ella estaba sentada a una mesa con su mirada fija en el celular. Estaba bella, pensó, más bella con su cabello castaño suelto que caía en grandes ondas sobre sus hombros.

Tomó una honda respiración como para darse valor y se encaminó hacia ella. Esperaba mantenerse entero en esa conversación y que esta tuviera el resultado que él esperaba.

Ocho

Ella levantó la vista y vio a un hermoso hombre que caminaba hacia ella. Él iba vestido de jeans oscuros con una camisa de jeans más clara encima. Su cabello rubio un poco despeinado y en su cara lucía una barba de un par de días. Sofía creyó que de seguro ella tenía la boca abierta mientras lo veía acercarse.

—Hola —saludó él mientras le besaba la mejilla y ella seguía sin pestañear.

Alex se sentó frente a ella. Se notaba seguro y decidido aunque por dentro estaba muy nervioso. Un mesero se acercó y él pidió un café. Sofía se hacía sonar los dedos y él sonrió por lo bajo al ver que no era el único que estaba nervioso en esa mesa.

Sofía no se conocía, esta conversación tendría que ser más fácil para ella, pensó. Era una abogada acostumbrada a tratar con clientes mucho más difíciles que el hombre frente a ella, y además, a Alex lo conocía casi de toda la vida, pero los años en que no se habían visto los había convertido en completos extraños.

—¿Y bien? ¿Querías hablar de algo? Ya estoy aquí, así que hablemos —dijo él mientras ponía un poco de azúcar a su café.

—Sí... bien... hablemos. —Sofía no encontraba las palabras para dirigirse a él. —Quería... quería saber si aún necesitas departamento.

El silencio se hizo por unos segundos entre los dos. Alex sentía que una gran sonrisa quería asomar en su boca, pero se contuvo y con toda la calma del mundo siguió bebiendo de su café. Sofía admiraba que él estuviera tan calmado, porque ella era un montón de nervios.

—Sí —dijo al fin y ella soltó el aire que había estado conteniendo—, me interesa el departamento.

—Bueno, te ofrezco compartir la renta...

—Bien, pero antes, tengo que ir a ver el lugar, ¿te parece si lo hacemos ahora?

—¿Ahora?

—Sí, me gustaría que me mostraras el lugar ahora. Bueno... si es que

no tienes nada que hacer...

—No... bueno... yo... yo no tengo nada que hacer —dijo entre balbuceos y en ese momento se estaba odiando por estar mostrándose tan nerviosa frente a él.

—Bien —dijo él dándole un último sorbo a su café.

—Bien —dijo ella y, pagando la cuenta, ambos salieron del café en dirección al departamento de Sofía.

Caminaron las pocas calles que separaban el café del departamento en completo silencio. Ninguno quiso hacer algún comentario, hasta que se encontraron fuera del edificio.

Sofía tuvo ganas de retractarse del ofrecimiento que había hecho, pero ya era tarde, Alexander estaba ahí junto a ella a un paso de entrar en su vida nuevamente.

—Esto sí que es vivir en el centro de todo. Me gusta —dijo él mientras miraba la fachada del edificio.

—Vamos —dijo ella. Él se adelantó y le abrió la puerta de entrada como todo un caballero.

El conserje los miró y Sofía solo lo saludó con asentimiento de cabeza. Alex, en cambio, esbozó un “buenas tardes” que fue respondido de igual manera por el hombre.

Subieron al ascensor y, luego de cuatro pisos, ya estaban en la puerta del departamento de Sofía. Ella fue abriendo lentamente la puerta y luego de un momento le dijo a él:

—Adelante. —Él se detuvo a mirarla, fue tan solo un segundo, pero eso fue capaz de hacer que ella sintiera un escalofrío recorrerle la espalda.

Alexander entró en el departamento y miró a su alrededor. Todo el lugar era tan ordenado y eso le agradó. Dio un paso y vio el gran sofá blanco que dominaba la sala.

Él solo observaba y no decía nada, Sofía lo seguía a corta distancia rogando a que él hablara, que dijera qué le parecía todo, pero nada.

—Por aquí... —dijo ella tratando de hacer conversación—... está el que será tu dormitorio... Si decides mudarte, claro.

Ella abrió una puerta y él entró a una habitación de paredes blancas y en la cual solo había una cama. Pero había un buen espacio para poner un escritorio y algún que otro mueble.

—Me parece bien —dijo Alex muy concentrado en todo lo que veía.

—Por acá está la cocina y el comedor. Hay un baño de visitas y un

baño principal. Creo que tenemos que ver eso...

—¿Tienes estacionamiento? —La interrumpió en medio de la frase.

—Sí, aunque yo no lo uso ya que no tengo auto.

—¿No tienes auto? —preguntó él algo sorprendido.

—No. Por eso es que vivo cerca de mi trabajo. Camino todos los días.

—Ya veo.

Alex volvió a mirar todo otra vez en detalle y tenía que reconocer que le había gustado el departamento.

—Y bien, ¿te gustó el departamento? —preguntó ella ansiosa de que todo eso terminara pronto. De que él le dijera que sí de una buena vez y así ella podría estar más tranquila en cuanto al alquiler.

—Tienes buen espacio para Harley y para mí, así es que creo que haremos trato.

—¿Perdón? ¿Harley? Lo siento, pero esto es solo para dos personas, no puedes venir a vivir aquí con tu novia.

Alex levantó una de las comisuras de su boca formando una pequeña risa en sus labios, le había causado gracia la reacción de Sofía al escuchar el nombre de Harley.

—No te preocupes, Sofía —dijo con calma mientras sonreía y se cruzaba de brazos mientras que ella se ponía roja hasta más allá de las cejas—, en este departamento no habrá ninguna otra mujer más que tú.

—Pero tú... acabas de decir que...

—Harley... Sí, Harley me acompaña a todos lados, ella es mi motocicleta, una gran y lustrosa *Harley Davidson*, no creo que tengas problema con eso, ¿o sí?

Sofía tragó en seco y se sintió una gran estúpida por haber actuado tan apresuradamente y creer que Harley era una mujer

—No... claro que no.

—Bien, entonces creo que tenemos un trato.

Él extendió su mano para así sellar el compromiso, ella se quedó mirando la mano frente a ella y luego extendió la suya para darle un apretón.

Alex le dijo que al día siguiente comenzaría a llevar sus cosas al departamento, que no eran muchas y ella le dijo que ese mismo día haría una llave extra para él.

Él se despidió y le dio la espalda, pero ella lo detuvo antes de que abriera la puerta.

—Alex... aún sigue en pie lo de pagar un diez por ciento más,

¿verdad?

—Sí, Sofía —dijo él sin girarse para mirarla—. No te preocupes por eso.

Y dicho eso salió del departamento y cerró la puerta tras él. Una gran sonrisa le cruzó la cara. Viviría con Sofía, ni él podía creer en su suerte.

Luego de tantos años alejados volvían a cruzar sus caminos. ¿En qué iría a terminar todo esto? No tenía la menor idea y no quería saberlo de momento, solo deseaba disfrutar el reencuentro con su amiga y amor de la infancia.

Sofía aún no daba crédito a que Alex, al día siguiente, ya estaría viviendo con ella. Tendría que hacer algo, poner reglas del uso del baño y del espacio personal, esperaba no tener problemas con él por eso.

Le dio mil y una vueltas en la cabeza y luego llamó a su amiga Lidia que ya había vuelto de su luna de miel.

Lidia no podía creer lo que oía, pero le encantaba que Sofía y Alex tuvieran que compartir techo.

Le dijo a Sofía que no se liara tanto con la idea de tener un compañero de departamento, que ambos ya eran personas grandes y respetuosas de sus espacios.

Al terminar la conversación con su amiga, Sofía quedó un poco más tranquila, solo tenía que dejar de pensar en su ex amigo y en su declaración de hace años atrás. Ahora él era un hombre hecho y derecho y no el joven que le había dicho que la amaba y le había robado un beso.

Se metió a la cocina y se preparó un café para luego tirarse en su sofá a ver su serie favorita en la televisión. Así logró distraerse un poco y dejar de pensar en Alex y en que, más rápido de lo que pensaba, este formaría parte de su espacio.

Nueve

El fuerte rugido del motor de la motocicleta *Harley Davidson* de Alex inundó todo el estacionamiento del que sería su nuevo hogar. Eran cerca de las diez de la mañana del día domingo y él había decidido que, ese día, dejaría el hotel donde estaba viviendo hace unas cuantas semanas y se cambiaría al departamento de Sofía.

Estacionó la gran motocicleta negra, se quitó el casco y miró todo a su alrededor. Pensó que, dentro de unos minutos, estaría nuevamente frente a ella y eso le provocaba un sentimiento inexplicable para él. Una especie de nerviosismo y deseo se mezclaban en su interior y eso era lo peor, pensaba.

Se bajó de la motocicleta y tomó el bolso de tamaño mediano donde traía algunas de sus cosas, su casco y subió al ascensor. Cuando se bajó del aparato comenzó a caminar lentamente hasta la puerta de Sofía. Iba a tocar la puerta, pero dejó la mano en el aire, como si la duda le hubiera entrado de pronto.

Movió la cabeza de un lado a otro liberando la tensión que se juntaba en su cuello. Cerró los ojos por un momento, se regañó mentalmente por estar reaccionando como un crío y no como el hombre que era.

Sofía estaba en la cocina tomándose un café bien cargado como le gustaba cuando escuchó un golpe en la puerta. El sonido la sobresaltó un poco, pero sabía que era él quien estaba tras la puerta.

Se miró hacia abajo, aún estaba en pijama y zapatillas de levantarse. Dejó su taza de café en la encimera de la cocina y caminó rápido hasta su dormitorio desde donde tomó una bata en tonos rosa y se la puso encima.

Llegó a la puerta y la abrió. Ahí estaba Alexander James cargando un bolso en una mano y un casco de motocicleta en la otra.

—Hola —saludó él y dio un paso entrando en el departamento en el instante en que ella abrió más la puerta para dejarlo pasar.

—Hola —dijo ella mientras cerraba la puerta a su espalada y miraba

cómo Alex caminaba hasta el sofá.

Él iba vestido de jeans negros y chaqueta de cuero en tono marrón oscuro. Ella se fijó en lo bien que se le ajustaban los jeans en el trasero y los muslos y se sonrojó de inmediato ante tal comportamiento de su parte.

—Solo... ¿solo eso traes de equipaje? —preguntó ella mientras tragaba el nudo que se le había formado en la garganta.

—Esto es solo de momento. Un amigo me traerá algunas cajas que faltan y en la tarde iré a comprar muebles, quizás algún escritorio para la habitación.

—Está bien, entonces dejó que vayas a tu dormitorio y te instales. Tenemos cosas de qué hablar.

Él la miró con extrañeza, como pensando en qué cosas serían esas de las que tendrían que hablar. ¿Sería algo del pasado? Ella vio la confusión en sus ojos claros y dijo:

—Cosas de convivencia, ¿entiendes? Tenemos que dejar bien en claro cómo vamos a compartir este espacio y así no tener problemas.

—Me parece perfecto. —Alex tomó su bolso y su casco y se encaminó hasta la que de ahora en adelante sería su habitación.

Sofía se quedó parada en el mismo sitio, como si sus piernas no quisieran obedecerle y caminar hasta su habitación. Alex dejó su bolso sobre la cama y miró alrededor ese espacio que, en ese momento, parecía un lienzo en blanco. Faltaban sus cosas, sus fotos, su guitarra, pero pronto pondría todo en orden y haría ese lugar más suyo.

Sofía golpeó la puerta que estaba entre abierta y él se giró para mirarla.

—¿Sí? —dijo sabiendo que ella quería hablar, pero le estaba costando hacerlo.

—Solo quería decirte que en el armario hay sábanas limpias, frazadas y una colcha nueva, además creo que hay unas almohadas por si te faltan.

—Muchas gracias, Sofía.

—De nada. Ahora me voy a duchar y luego te aviso para que hablemos, ¿ok?

—Ok.

Sofía se fue casi corriendo al baño y se duchó rápidamente. Era raro estar con otra persona en el departamento, era incómodo saber que, tras la puerta, estaba Alex. Esperaba que se pudiera acostumbrar pronto para tener una convivencia tranquila.

Alex se sentó en la orilla de la cama, llamó a su amigo Erick y le pidió que le llevara las cajas que había dejado en su casa. El hombre accedió de inmediato y le dijo que, dentro de un par de horas, estaría en la dirección indicada.

Alex dejó sus pocas pertenencias ordenadas en el armario y se dio a la tarea de armar la cama. Una vez terminada la cama, salió de la habitación y llegó hasta la cocina donde se encontró con Sofía que bebía otra taza de café.

—¿Quieres café? —preguntó ella cuando lo vio frente a ella.

—Claro, gracias. —Sofía le sirvió una taza y se la pasó, él dio un sorbo al líquido humeante y puso una cara rara.

—¿Qué pasa? ¿Hay algo malo con tu café? —preguntó ella al ver la cara de desagrado de Alex.

—Lo siento, Sofía, pero esto está asqueroso. ¿Cómo puedes beber esto y llamarlo café?

Sofía se puso roja, pero esta vez de rabia y estuvo tentada a lanzarle su taza de café a Alex y que esta le diera de lleno en la cabeza.

—Bueno, es lo que hay, está hecho por esta cafetera que no es nada barata así que si te gusta bien, si no también —dijo ella enfadada y arrugando el entrecejo como tantas veces la había visto Alex hacer en la infancia, y reconoció que aún le resultaba adorable es gesto.

—Siento haber ofendido tu cafetera, pero la verdad creo que te han estafado —Alex estaba divertido con aquella pequeña rencilla.

—Si no te gusta, entonces no bebas, para mí está perfecto. —Ella dio un nuevo sorbo a su taza de café como para demostrarle que él estaba equivocado.

—Sofía, no discutamos más por el café y dime de qué querías hablar.— Alex terminó la discusión porque no quería pelear con ella en el primer día de convivencia, además, no sabía cuánto más podría contenerse de no lanzarse sobre ella y besarla, le encantaba verla así, enfurruñada y creyendo que siempre tenía la razón.

—Está bien. —Ella deslizó una silla y se sentó, él siguió de pie mirándola y escuchando atentamente lo que tuviera que decirle— Creo que será bueno que fijemos las normas de convivencia desde un principio, así no tendremos problemas, ¿te parece?

—Me parece.

—Lo primero es el baño. Ya separé mis cosas y las dejé en un lado del mueble, así, el otro lado queda libre para tus cosas.

—Bien.

—Lo mismo con el mueble de toallas, la mitad para ti la mitad para mí. Por favor, Alex, te pido que seas ordenado. Esto es nuevo para mí, nunca he compartido mi espacio con alguien, y ya sabes... me encanta el orden.

—Sí, lo sé —dijo recordando cómo era de ordenada Sofía cuando era adolescente—. No te preocupes, no habrá problema con eso.

—Eso espero —dijo ella por lo bajo.

—¿Algo más? —Él se cruzó de brazos y la miró alzando una ceja, haciendo que ella sintiera un pequeño cosquilleo en su interior.

—Sí... una cosa más. —Sofía se humedeció los labios antes de continuar hablando— Nada de traer a tus novias a dormir al departamento.

—¿Novias? —preguntó él sonriendo ante tal comentario.

—Sí. Novias o novia o lo que sea. Está prohibido que pasen la noche en este lugar. Si quieres, te pueden venir a visitar o hasta cenar, pero esto no es hotel para que se queden a pernoctar aquí.

Ella estaba seria mientras decía esto. Alex solo sonreía mientras pensaba de dónde habría sacado Sofía la idea de que él tendría muchas mujeres... Bueno, no se quejaba de la suerte con el sexo opuesto, pero de ahí a tener un harén detrás de él había una gran diferencia.

—No te preocupes, “mis novias” y yo no te molestaremos —dijo destacando la palabra mis novias cosa que hizo sonrojar a Sofía.

—Bien. Era solo eso, mientras respetemos nuestro espacio estaremos bien... creo. ¿Tienes alguna pregunta?

—No, todo está muy claro.

—Genial —dijo ella y se levantó de la silla para volver a su cuarto.

—Sofía. —La voz de Alex la detuvo a medio camino— Sé que esto que está pasando es extraño para ti, porque para mí lo es y no quiero que nos sintamos incómodos con esta situación. Esto es algo que me tiene realmente sorprendido y creo que tú también lo estás. Luego de tantos años sin saber uno del otro nos volvemos a ver otra vez. Sé que lo que teníamos antes, nuestra amistad, nunca será la misma, pero creo que deberíamos hacer un esfuerzo por tener una convivencia cordial, ¿te parece? Así ambos dejaremos de sentirnos incómodos.

Ella solo lo miró un rato. Era verdad que todo era muy extraño. Su reencuentro y ahora el vivir juntos bajo el mismo techo. Pero él tenía razón, ellos habían cambiado, eran gente madura que podrían mantener una buena

convivencia.

—Muy bien —dijo ella mientras asentía con la cabeza, luego giró sobre sus talones y caminó hasta su habitación.

Una vez en ella se acostó en la cama cerrando los ojos. ¿Qué pasaría de ahora en adelante? Se preguntaba una y otra vez para luego regañarse.

Nada, no pasaría nada. Había mucha gente que compartían renta y no tenían líos. No sabía por qué ella estaba tan preocupada con eso, debía dejar de preocuparse porque Alex se encontraba en su casa, pero sabía que le resultaría difícil.

Solo esperaba y pedía al cielo que él fuera respetuoso de las reglas y de su acuerdo. Sabía que él era así, en realidad el Alexander de la infancia era así. Este Alex que estaba ahí ahora, le resultaba totalmente distinto, desconocido y al final supo que eso era lo que tanto la intranquilizaba en el interior de su ser.

Este Alexander ya no era más el joven tímido que tartamudeaba cuando le hablaba en el colegio, este Alex era seguro, sensual y destilaba un aire de peligrosidad. Eso... peligro era lo que sentía ella, no peligro de que la fuera a matar o a descuartizar, si no que peligro de que le destrozara el corazón.

Diez

Mientras Alex terminaba de poner en orden sus cosas, y hacía una lista con lo que tendría que comprar en la tienda, Sofía volvió a la cocina por un bocadillo. De reojo miró su cafetera y las palabras de Alex volvieron a su mente.

—Si quiere tomar café, tendrá que tomar en la calle si no le gusta el que hay aquí —susurró mirando a la máquina, como si Alex hubiera herido los sentimientos de esta.

El interfono sonó y ella tomó el auricular para contestar. Era el conserje diciendo que había un hombre buscando a Alex, era su amigo quien le traía la otra parte de sus cosas.

—¡Alex! —gritó Sofía y él se asomó por la cocina— Tu amigo está en la portería.

Alex bajó a buscar a su amigo que tenía cargada en su camioneta las cajas con las cosas de Alex.

Metieron las seis cajas de tamaño mediano dentro del ascensor y subieron hasta el piso del departamento.

—Amigo, estás muy bien ubicado aquí. Te quedará muy cerca del trabajo.

—Sí, tiene muy buena ubicación. —Comenzaron a sacar las cajas y a trasladarlas hasta la puerta del departamento.

—Lo que no me cuadra es que tú, que eres algo así como un lobo solitario adicto al orden, compartas la renta de un departamento con otra persona.

—Ya te dije, es una vieja amiga, y sobre todo es por el lugar. No encontraré nada mejor en el centro de la ciudad.

De pronto la puerta del departamento se abrió y ante los ojos de Erick quedó la figura de Sofía. Ella vestía unos jeans ajustados y una camiseta blanca que mostraba la bella forma de su escote, mientras que su cabello color castaño caía sobre sus hombros en grandes y largas ondas.

—¡Ahora me queda todo más que claro! —dijo Erick sin quitarle la vista de encima a Sofía.

—¿Perdón? —dijo ella sin entender nada.

—Nada, no me hagas caso. Soy Erick, amigo y socio de Alex. —Erick estiró su mano y Sofía la suya para fundirse en un saludo.

—Dejen y los ayudo —ofreció ella y tomó una de las cajas para llevarla al dormitorio de Alexander.

—Con que una vieja amiga, ¿no? —susurró Erick con sorna a su amigo—. Maldito mentiroso.

—Es mi amiga de la infancia y ya cállate que te puede oír.

Erick y Alex terminaron de organizar las cajas en el dormitorio de este último. Luego Alex tomó la lista de cosas que tenía que comprar y le dijo a su amigo que lo llevara hasta la tienda en su camioneta.

—¿Quieren algo de beber? —preguntó Sofía cuando vio a ambos hombres juntos en la sala.

—No, gracias, vamos saliendo —dijo Alex.

—Yo sí me quedaría, Sofía, pero Alex me está apurando. —Erick se acercó a ella y le besó la mejilla para despedirse— Espero nos volvamos a ver otra vez, fue un placer conocerte.

—Lo mismo digo, Erick.

Alex tensó la mandíbula mientras era un mero espectador del fultreo de su amigo. Sofía le entregó la llave que sería de él, y así, ambos amigos salieron del departamento.

Entraron en el ascensor y Erick tenía una risa irónica en su boca mientras miraba de reojo a su amigo. El ascensor siguió bajando y ellos se mantuvieron en silencio hasta que, antes de llegar al primer piso, Alex encaró a Erick

—¡Qué! —dijo Alex mientras el ascensor se detenía y las puertas de acero se abrían ante ellos.

—Qué de que —le respondió Erick sin dejar de sonreír.

—Sé que quieres decir algo. Dilo de una vez.

Ya habían salido a la calle y se subieron a la camioneta de Erick.

—¿Cuándo pensabas contarme que Sofía era tan bella? Cuando dijiste vieja amiga se me imaginó un adefesio. Amigo, ya entiendo por qué te fuiste a vivir con ella.

—Me fui a vivir con ella porque ya vez la ubicación del departamento...

—Sí, claro y tú crees que yo soy un imbécil.

—Bueno, a veces sí lo eres.

—Alex, me tienes que contar tu historia con ella —pidió Erick mientras ponía en marcha la camioneta.

—Ni lo sueñes, no te contaré nada sobre Sofía —dijo Alex con el ceño muy fruncido.

—Ah, vamos. Dime si tiene novio por lo menos, si la puedo invitar a salir.

Erick estaba divertido, sabía que, con cada palabra que salía de su boca, su amigo se molestaba más y más. Alex ya tenía la mandíbula tensa y no quería hablar de Sofía con Erick.

—No sé si tiene novio y además eso a ti no te interesa —respondió en seco.

—Ay, amigo, qué poca experiencia tienes con las mujeres. Es obvio que no tiene novio.

Alex giró su cara para mirar a su amigo y estaba esperando a ver con qué le salía este.

—¿Cómo puedes saber si no la conoces? Ni siquiera yo le he preguntado eso.

—Es obvio. ¿Tú crees que ella compartiría su departamento con un hombre si tuviera novio? Me extraña, Alex, a veces eres muy tonto para ser tan grande.

Alex se quedó mudo mirando a su amigo y, por alguna extraña razón, sintió que un gran peso lo dejaba al escuchar esas palabras. Ella no tenía novio y eso le había alegrado. Aunque eso no significara que ella se fijara en él, era un gran alivio saber que en su vida no existía hombre alguno.

—Y bien, ¿me vas a contar sobre tu historia con ella? Porque amigo, te digo, se te nota a leguas que te gusta esa mujer y no te culpo, es bellísima.

—Solo te diré que nos conocemos de niños, nos criamos juntos, se podría decir. Fuimos mejores amigos, y luego de muchos años, nos hemos vuelto a reencontrar...

—Y a ti ella siempre te ha gustado —sentenció Erick con mucha seguridad.

Alex no contestó lo que le dio la razón a Erick. ¿Tan obvio era en sus sentimientos que hasta él se había dado cuenta? Tal vez tenía que dejar de mirarla cuando hubiera más gente cerca de ellos.

—¿Sabes? no quiero seguir hablando más de este tema, solo quiero ir

a comprar los putos muebles y ya —dijo Alex molesto porque se descubriera su secreto.

—Está bien, está bien, no diré nada más. Vamos por esos muebles.

Alex compró lo que necesitaba y volvió al departamento donde se encontró solo. De seguro Sofía había salido con tal de no toparse con él.

¿Qué podría hacer él para volver a ganarse su amistad otra vez? Quería que todo fuera como hace tiempo atrás, donde se pasaban tardes enteras conversando de naderías. Extrañaba aquellos días con ella, ojalá pudiera volver el tiempo atrás, pero eso era imposible.

Once

Sofía salió de su agradable sueño lentamente cuando un exquisito olor a café se empezó a colar por la puerta de su dormitorio que estaba entreabierta. No quiso abrir los ojos inmediatamente, pensó que de seguro todo era producto de su imaginación.

La noche anterior se había quedado dormida a altas horas de la madrugada pensando que, muy cerca de ella, dormía Alex. Dio mil vueltas en la cama hasta que logró que el sueño se adueñara de ella.

Abrió un ojo, giró su cabeza y vio el reloj digital que estaba en la mesa de noche. Este le mostraba que eran las seis y media de la mañana. ¿Por qué su casa olería a café y tan temprano?

La curiosidad le ganó y se levantó de la cama, a su paso tomó una bata y salió de su dormitorio siguiendo el aroma que la guiaba hasta la cocina.

Cuando llegó a la cocina vio a Alex de espaldas a ella. Él vestía jeans oscuros y una simple camiseta blanca, su cabello estaba mojado, como si recién hubiera salido de la ducha, él no se percató de la presencia de Sofía.

—¿Por qué estás levantado tan temprano? —dijo ella en medio de un bostezo y restregándose un ojo con el dorso de su mano.

—A esta hora me levanto todos los días. Disculpa si te desperté, traté de no hacer demasiado ruido.

Ella se acercó más a la encimera y vio que, al lado de su cafetera de siempre, ahora había una máquina de color plateado que a ella se le asemejó a un robot, pero sabía que desde ella emergía el aroma a café.

—¿Qué es eso? —preguntó Sofía mientras se cruzaba de brazos y le indicaba el aparato con el mentón a Alex.

—¿Esto? Bueno, esto es una máquina de café. Con ella puedes hacer un café de muy buena calidad.

Sofía se puso roja, ya que con lo de que el café que hacía esa máquina era de muy “buena calidad”, era una clara alusión al café que hacía la suya y

que a Alex no le había gustado nada.

—Toma, bebe un poco —dijo él sin darle lugar a entrar en discusión y le entregó un taza con café.

Sofía olió por instante el aromático café y no podía negar que era un olor exquisito. Dio un sorbo y cerró los ojos de placer que le produjo sentir el sabor del brebaje en su boca.

Alex tenía razón, el café que ella preparaba era intomable. Este café era delicioso y hacía despertar todos los sentidos de una vez.

—¿Y bien? —preguntó él esperando su opinión.

—Sí, está bien —respondió ella como si estuviera acostumbrada a beber un café tan delicioso a diario—. Así que cada día te levantas a esta hora.

—Sí.

—¿Y no se supone que trabajes por turnos?

—¿Por turnos? —contra preguntó él arrugando el entrecejo.

—Sí, bueno, ¿tú no eres médico? ¿No se supone que en el hospital trabajen por turnos?

—Ah, sí, pero yo no trabajo en un hospital.

—¿Entonces tienes un consultorio privado?

—No.

—¿No? ¿Entonces?

Alex bebió lentamente un nuevo sorbo de su café y luego la miró a ella que estaba toda despeinada, pero aún así se veía bella, pensó. Y luego le contestó.

—Es que yo ya no ejerzo la medicina, ahora tengo mi propio negocio y no tiene nada que ver con mi carrera.

—¿Me estás diciendo que, estudiaste medicina para no ejercerla?

Él se acercó a la cafetera y volvió a llenar su taza con más líquido caliente. Ella lo miró de arriba abajo con descaro para luego regañarse mentalmente.

—No, Sofía. Estudié medicina porque quería hacerlo, la ejercí y ahora ya no lo hago.

—Pero tú... tú nunca hablaste de que te gustara la medicina cuando éramos jóvenes, y para ser sincera, no te imagino estudiando med...

—¿Por qué?—le preguntó interrumpiéndola en medio de la frase—
¿Porque reprobé tres veces el último año?

—Bueno, sí.

Alex sintió que el pecho le quemaba al recordar esos días vividos con ella. Quería decirle qué había lo hecho él por ella, que había reprobado para estar cerca de ella, pero lo mejor sería no decir nada, ella no lo entendería.

—La gente cambia, Sofía. Al salir del colegio elegí estudiar medicina y me encantó. Ayudé a muchas personas, pero ahora quiero algo distinto en mi vida.

—¿Y puedo saber cuál es ese trabajo por el que decidiste dejar la medicina?

—Tengo una empresa. Vendo adrenalina y aventuras. ¿Conoces lo que es eso, Sofía? —dijo él acercándose un poco, mirándola directo a los ojos.

Ella se quedó sin habla al tenerlo tan cerca. No habían estado así de cerca desde la boda de Lidia. Él se alejó de pronto y ella soltó el suspiro que venía subiendo por su pecho.

—Ahora te dejo, tengo que trabajar. Nos vemos.

Alex salió de la cocina y caminó hasta su habitación desde donde tomó su chaqueta y su casco para luego salir del departamento.

Sofía se quedó sentada en el mismo lugar donde Alex la había dejado con la intriga en la cabeza de cuál era ese trabajo al que él se refería. ¿Qué era eso de que vendía adrenalina y aventura? Ella solo esperaba que no fuera nada ilegal.

Sofía tomó una taza más de café y miró de reojo a su antigua cafetera la cual ya no usaría más luego de probar el exquisito sabor del elixir que preparaba la máquina de Alex.

Luego se fue al baño pensando que él habría dejado un estropicio luego de que se bañara, pero se llevó la gran sorpresa de que todo estaba muy ordenado, tal cual ella lo dejara. Eso le agradó mucho, al parecer no tendría problemas de convivencia con Alex.

Tomó calmadamente una ducha, se había levantado una hora antes de lo que ella acostumbraba, así que tomó el baño con toda tranquilidad. Luego salió del baño envuelta en una bata blanca y volvió a la cocina para prepararse otro poco de café. La verdad es que estaba fascinada con ese artefacto, aunque nunca le diría a Alexander lo mucho que le había gustado.

Ya estaba de camino a su trabajo. Iba con mucha energía, de seguro algo tenían que ver las cuatro tazas de café que se había bebido esa mañana. Pasó por un puesto de revistas que quedaba de paso y pidió la última edición

de su revista de novias favorita. A ella le encantaba coleccionar esas revistas, se sumergía en esas hojas soñando con el día en que ella llegara al altar.

Llegó a su trabajo y se instaló en su oficina mirando carpetas y revisando correos de los clientes con los que tenía que interactuar esa semana.

Su secretaria le avisó que ya estaba todo listo para la primera reunión de la semana y se dirigió hasta la sala de juntas, donde ya se encontraban Joel y todo el equipo de abogados.

Joel explicó lo qué se venía para esa semana. Él les preguntó a cada uno de los abogados presentes cómo iban en los casos que estaban llevando y a otros les entregó nuevos clientes de importancia...A todos, menos a Sofía.

Ella sintió que la sangre le hervía. Si bien no era una de las abogadas más antiguas, sí era una de las mejores representantes de la firma. Ella vio la indiferencia de Joel como un castigo por haber perdido un cliente tan importante como el del Vodka.

Maldijo para sus adentros. Maldijo al cliente y maldijo a la firma Carters por robarle su trabajo.

Joel dio por finalizada la reunión instando a todos sus abogados a dar lo mejor en cada caso. Cuando todos se levantaban de sus sillas para salir de la sala de juntas, Joel le pidió a Sofía que se quedara ya que tenía un asunto que hablar con ella.

Sofía soltó un suspiro cansino, solo esperaba no recibir una reprimenda de parte de su jefe. Ella estaba dando lo mejor de sí en su trabajo, pero sabía que perder a un cliente era imperdonable.

—Sofía —comenzó a hablar Joel con voz profunda y tomó una silla para sentarse frente a ella—, necesito que este fin de semana me acompañes a una reunión con un cliente.

—Claro —dijo ella entusiasmada de que su jefe la llevara a una reunión y de seguro sería con algún cliente muy importante—, cuenta conmigo.

—Bueno, prepara tu maleta. Saldremos de la ciudad.

—¿Saldremos de la ciudad? ¿Qué cliente es ese tan importante?

—Es el dueño de un equipo de fútbol. Es un viejo amigo y quiere que lo ayude con su divorcio. Es un poco complicado y quiere mantener todo lo más bajo perfil posible. Tienes que preparar el mejor de los acuerdos para él.

—Me parece bien.

—Sí, iremos a una cena que él dará en su casa así que lleva un vestido para la ocasión.

—¿Pero no es una reunión de negocios?

—Sí, pero a mi amigo le gusta hacer negocios mientras se divierte.

Sofía no dijo nada sobre la forma tan poco ética de firmar un acuerdo de divorcio, solo asintió con la cabeza, esta era su oportunidad para redimirse con su jefe luego de haber perdido a un gran cliente.

—Está bien. ¿Me pasas la carpeta del cliente para estudiar el caso?

—Claro, vamos a mi oficina y te la entrego.

Ambos salieron de la sala de juntas y caminaron hasta la oficina de Joel donde este le entregó una carpeta a Sofía. Ella se fue hasta su despacho y comenzó a leer todo el expediente con detenimiento.

El día de trabajo ya estaba por terminar y Sofía estaba arreglando sus cosas para irse a casa a descansar. Joel se ofreció como cada día a llevarla hasta su departamento en auto, y como cada día, ella volvió a rechazarlo.

Joel la vio alejarse caminando por la calle, contoneando las caderas de esa manera que lo volvía loco. Él moría por tenerla otra vez en su cama, pero ella se resistía en volver a recordar esos encuentros.

Por eso la había invitado a ese viaje. La verdad era que el cliente sí existía y estaba tramitando un difícil divorcio, pero no era necesario que dos abogados fueran a tratar con él. Esperaba que ahí, lejos de la ciudad y de la oficina, ella bajara las defensas y se entregara a él nuevamente.

Doce

Sofía abrió la puerta de su departamento y fue recibida por los acordes del jazz. La música sonaba suave y pudo reconocer que era *Billie Holiday* quien cantaba *My man*. Ella conocía muy bien aquella canción ya que era la favorita de sus padres.

Tuvo una extraña sensación en su corazón al recordar a su familia y tragó en seco el nudo que se estaba formado en su garganta. Se sintió una mala persona. Hace tiempo que no visitaba a su madre y la nostalgia se apoderó de ella haciendo que al final, una lágrima rodara por su mejilla.

La canción seguía resonando en todo el departamento y ella recordó a sus padres bailando en la sala de su casa de la niñez, la casa donde su madre aún vivía, estaba sola ya que su padre había muerto hace ya algunos años.

Tenía que ir a verla, ver con sus propios ojos que estaba bien. Una llamada de unos pocos minutos a la semana no servía para disolver la culpa que sentía en su interior por dejarla sola y no visitarla regularmente.

Secó una lágrima más y tomó una honda respiración para luego comenzar a caminar hacia la cocina. De seguro que Alex estaba ahí.

Entró en el lugar y lo vio. Él se movía de un lado a otro preparando la cena. El aroma que se sentía en el aire era exquisito, la verdad es que ella no era aficionada a preparar la cena, más bien ella era un terror en la cocina y casi siempre cenaba comida congelada o pedía delivery.

Alex hacía parecer que cocinar fuera lo más fácil del mundo. Lo miró por un par de segundos más y luego entró por completo en la cocina haciendo que sus tacones resonaran en las baldosas del piso.

—Creo que un día serás una muy buena esposa para alguien —dijo ella mientras él se giraba para mirarla. Sofía le sonreía mientras acercaba una silla y se sentaba a la mesada de la cocina.

—¿Es mi idea o acabas de poner en duda mi virilidad? —dijo él sonriéndole divertido para luego volver su vista a la comida que tenía en la estufa.

—Eso huele increíble —dijo Sofía que ya tenía la boca hecha agua imaginando lo bien que sabría lo que estaba preparando Alex—. ¿Qué estás preparando?

—*Spaghetti* con salsa boloñesa. ¿Te gusta?

—¿Qué si me gusta? —preguntó Sofía con los ojos muy abiertos—
¡Me encanta! ¿Quieres que saque un vino?

Alex asintió con la cabeza y ella se levantó de la silla en busca de una botella de vino de las que tenía en un mueble que hacía las veces de bar.

Tomó la botella de vino tinto y luego volvió a la cocina. Sacó los manteles individuales y puso uno frente al otro en la mesada. Luego de un par de minutos, ya tenía todo listo para probar lo que había preparado Alex.

Él sirvió los platos y los puso sobre la mesa. Sofía inhaló el aroma de la salsa y estaba feliz de que, ese día, no comería comida congelada. Alex descorchó el vino y lo sirvió en las copas.

—Bien, ahora ya puedes comer —le dijo él viendo la impaciencia en los ojos de ella.

Sofía probó la pasta y le fue imposible no soltar un gemido de satisfacción que a Alex le pareció tan erótico que tuvo que apretar las manos hasta que sus nudillos se le tornaron blancos.

—Alex... esto está delicioso. Realmente delicioso. ¡Mis felicitaciones al chef!

—Muchas gracias —dijo él haciendo una especie de reverencia.

Por unos minutos comieron sin hablar, solo de vez en cuando se escuchaban los gemidos de Sofía con cada bocado de comida que probaba.

Él miraba ensimismado cada movimiento que ella realizaba. Le encantaba ver cómo Sofía llevaba la copa hasta sus labios para beber vino. En eso estaba cuando ella de pronto preguntó:

—Alex... quiero que me digas a qué te dedicas.

—Ya te lo dije, Sofía. Aventura y adrenalina —dijo él escuetamente.

—Ya, ¿pero eso es un trabajo? ¿O es que acaso eres un traficante o un espía o tal vez un sicario? ¿Dime qué haces? ¿Cuál es ese trabajo tan misterioso?

Alex no pudo evitar soltar una gran carcajada ante las ocurrencias de Sofía. Siguió riendo como hace mucho no lo hacía. A Sofía le encantó escucharlo reír de esa manera, pero a la vez se enfadó que ella fuera la causante de aquellas carcajadas, así es que se cruzó de brazos y frunció el ceño en clara señal de enfado.

—¿Qué? —dijo él dejando de reír y secándose un par de lágrimas que asomaban a sus ojos.

—¿Te estás riendo de mí? —preguntó ella levantando el mentón. Él la miró y se quedó en silencio observando el rostro de la mujer frente a él.

—Sí —dijo Alex con toda naturalidad.

—Y se puede saber, ¿qué te ha causado tanta gracia? Digo... si me cuentas y así nos reímos los dos.

—Ay, Sofía. Es que tienes tanta imaginación. ¿Cómo llegaste a pensar todas esas cosas sobre mí y mi trabajo? —Él siguió riendo sin poder contenerse y ella seguía muy enojada.

—¿Qué quieres que piense si me dices que, dejaste la medicina, para dedicarte a la aventura y la adrenalina? ¿Quisieras ser más claro y contarme qué es lo que en realidad haces para ganarte la vida?

Alex dejó de sonreír secándose un par de lágrimas más que habían salido de sus ojos mientras se reía. Luego tomó un sorbo de vino desde su copa y miró fijamente a Sofía penetrando la verdosa mirada de ella con sus ojos celestes. Y así empezó a hablar para contarle todo a ella.

—Bien, te contaré de qué se trata mi trabajo. —Él hizo una pausa y volvió a beber otro poco de vino— Mientras trabajaba como médico surgió la oportunidad de enlistarme en los *médicos sin fronteras*. Me fui con ellos y mi primer destino fue África. Ahí estuve ayudando a los pequeños con sus vacunas y con lo que más se pudiera con la alimentación.

—Vaya...—susurró ella con admiración ante lo que escuchaba que había hecho Alex.

—Luego fui viajando hasta donde me necesitaran y así recorrí gran parte del mundo conociendo lugares con una naturaleza maravillosa. En uno de esos viajes conocí a Erick. Él es un aventurero, un adicto a la adrenalina. Su familia es millonaria y lo consiente en todo. Fue él quien me mostró lo que es vivir al límite.

—¿Vivir al límite?

—Sí, vivir al límite. Sofía, ¿nunca has vivido un día en tu vida como si fuera el último?

Ella lo miró y trató de buscar entre sus recuerdos si alguna vez había tenido aquella sensación de la que estaba hablando Alex. Si alguna vez se había permitido salir de su esquemática vida y vivirla como si el mañana no existiera. Pensó y pensó y se dio cuenta que nunca había conocido esa sensación.

—La verdad... es... —balbuceó ella sin poder decir nada más.

—La respuesta es no, ¿verdad, Sofía? —ella le esquivó la mirada.

—Eso depende a qué llames tú vivir la vida como si no hubiera otra. Porque si tu concepto es probar drogas y sexo desenfrenadamente... bueno, no, no he vivido la vida al límite.

—No me refiero a eso.

—¿Entonces?

—Erick y yo nos dedicamos a los deportes extremos. Nosotros llevamos a gente millonaria a recónditos lugares donde pueden hacer deportes peligrosos.

—¿Qué? ¿Me estás diciendo que hay gente que paga para que los lleves a partes a hacer cosas extremas como lanzarse de una montaña o algo así?

—Sí. Subir montañas, lanzarse en *bungee* en lugares que ni te imaginas.

—Eso es una locura, yo no pagaría por poner mi vida en peligro. Y más loco estás tú que dejaste la medicina para dedicarte a esto.

Alex le dedicó una mirada brillante, no esperaba que ella entendiera lo que hacía con su vida, pero se preguntó dónde había quedado su amiga de la infancia, aquella jovencita que lo instaba a subirse a los árboles y a hacer travesuras. ¿Qué había cambiado en ella?

—No, no es una locura —dijo él defendiendo su punto de vista—. ¿Es que acaso nunca te has aburrido de vivir una vida plana sin color y aventura?

—Mi vida no es así —se defendió ella—. Lo que pasa es que...

—Sofía, ¿qué pasó con la chica que conocí años atrás? —preguntó él y ella se quedó muda sin saber bien qué decir— ¿Qué pasó con la Sofía que me trataba de cobarde por no querer hacer alguna travesura? ¿Qué pasó con mi amiga que me hacía seguirla hasta la copa del árbol más alto o la chica que sacaba sapos del pantano para luego meterlos por mi camiseta?

Ella se lo quedó mirando fijo mientras un nudo subía por su garganta al recordar aquellos días que habían vivido juntos con cierta nostalgia. Él tenía razón, ella había cambiado, ambos lo habían hecho, pero eso era crecer y madurar, ¿no? Se dijo mentalmente.

—Bueno, Alex, creo que crecí. Ya no soy una niña, ahora tengo responsabilidades.

—Y yo igual tengo responsabilidades, también crecí, pero creo que no he perdido mi esencia. Sé que tú, por ser abogada, no te permites salirte de tu

esquema, pero sé que esa niña traviesa sigue dentro tuyo, solo tienes que permitirle salir de vez en cuando.

Alex se levantó y tomó su plato y su copa para dejarlo en el lavaplatos. Sofía no hablaba, no sabía qué decirle a ese hombre que ahora compartía su departamento.

Él le había dicho que era una mujer esquemática, que no era capaz de divertirse o de vivir la vida al límite, ella no lo veía tan así.

Alex giró sobre sus talones y se acercó a ella que aún se mantenía sentada en la silla y le susurró al oído:

—Cuando quieras tener un día de aventuras me avisas, y ahora, como yo cociné, te toca a ti lavar los platos. Buenas noches.

Alex salió de la cocina y se fue hasta su habitación dejando a Sofía sola y pensando en la conversación que habían tenido esa noche. ¿Por qué ella no había replicado nada más y se había quedado callada mirándolo? Se preguntó

Luego de unos minutos se levantó, recogió la mesa y comenzó a lavar los platos, pero en su cabeza solo resonaba la invitación de Alex y sintió curiosidad por saber cómo sería ahora tener un día de aventuras a su lado.

Trece

Los siguientes días Alex y Sofía coincidieron muy pocas veces, hasta que el día viernes, ella estaba ya levantada bebiendo café en la cocina.

Ese día se iría de viaje de trabajo junto a Joel y ya estaba lista esperando a que el taxi pasara a buscarla.

—Tan temprano y ya estás levantada ¿O es que acaso me quedé dormido? —preguntó Alex entrando en la cocina y ella se giró para contestarle, pero le costó un poco hacerlo.

Él estaba frente a ella, pero solo vestía unos bóxer negros. Estaba despeinado, recién levantado de la cama y parecía que no le importaba mucho que ella lo viera semidesnudo.

—Alex —dijo ella sonrojándose mientras él pasaba por su lado mostrando su abdomen trabajado y los tatuajes que adornaban sus bíceps.

—¿Qué? —dijo él en medio de un bostezo.

—No sé... —Ella se tuvo que aclarar la garganta mientras él caminaba con calma hasta la máquina de café y le dejaba una vista de su ancha espalda— Creo que no te lo dije cuando llegaste el primer día, pero no te puedes andar paseando por la casa a medio vestir.

Él, con toda la calma del mundo, como si ella no le hubiera dicho nada, se sirvió una taza de café, se giró y bebió lentamente el líquido caliente mientras miraba a Sofía que se había puesto roja como un tomate.

—No, no me dijiste nada, pero, ¿y qué tiene? ¿O es que acaso nunca has visto a un hombre semidesnudo?

Sofía estaba boqueando como un pez fuera del agua, tratando de encontrar las palabras correctas para poder contraatacar, pero nada venía a ella, mientras que él la miraba con una sonrisa de lado.

—Claro... claro que he visto a un hombre semidesnudo —dijo ella—, pero esto no es lo mismo. Piensa cómo te sentirías tú si yo me anduviera paseando por la casa semidesnuda.

—Por mí no hay problema —dijo sonriendo otra vez de esa forma que estaba haciendo que Sofía perdiera la cordura—. Puedes pasearte así cuando quieras.

—¡Idiota! —le gritó ella y salió de la cocina en busca de su maleta.

—Ah, Sofía —dijo él caminando tras ella—, no es para tanto. Bueno, desde ahora procuraré andar más vestido cuando estés en casa.

—Te lo agradecería mucho. Y ahora me voy, el taxi ya viene por mí. Cuida el departamento, ¿quieres? Vuelvo el domingo.

—Vete tranquila. Todo estará tal cual lo dejaste cuando vuelvas.

—Eso espero. Adiós.

—Adiós.

Sofía salió del departamento y subió al taxi que la esperaba en la calle. Volvió a recordar el cuerpo de Alex y un calor se comenzó a alojar en su bajo vientre. ¿Cuándo se iba a imaginar que, su amigo, el nerd del colegio, crecería y de qué forma?

Todo lo que duró el trayecto hasta el aeropuerto pensó en él y en lo guapo que era Alex. Luego se regañó por tener esa clase de pensamientos hacia él. No, eso no podía ser, se dijo mentalmente y sacudió la cabeza un poco para sacar de una buena vez la imagen de Alex de su mente, pero sabía que le sería difícil.

En el aeropuerto se encontró con Joel quien la recibió con una gran sonrisa y luego le besó una mejilla para saludarla. Él se notaba muy ansioso y animado, ella lo atribuyó a que el cliente al que irían a ver era muy importante y eso era muy bueno para la firma de abogados.

Ya una vez en el avión, Sofía se dio a la tarea de preguntar y preguntar más sobre el cliente y por lo que ella tendría que hacer. Joel respondía escuetamente a cada pregunta. Ella seguía preguntando, quería demostrarle a Joel que era una muy buena abogada, quería redimirse por haber perdido a un cliente importante, pero además, quería que su jefe, dentro de poco, la pudiera considerar como una nueva socia en la firma.

El avión demoró un poco más de una hora de Nueva York a Washintong DC y Sofía y Joel se encontraban dentro de un taxi que los llevaría hasta el hotel donde se alojarían.

Cuando llegaron a destino era ya pasado del medio día. Joel invitó a almorzar a Sofía, pero ella se rehusó y dijo que pediría algo a la habitación. Deseaba descansar un poco, repasar la carpeta del cliente, y así, comprobar que no se olvidaba de nada del acuerdo que había redactado. Joel le dijo que pasaría por ella a las ocho de la noche para ir a la recepción que ofrecería el cliente.

Al entrar en la habitación, Sofía se lanzó en la blanda y suave cama de

hotel. La verdad es que muy pocos abogados o socios tenían la posibilidad de hacer un viaje de trabajo con el jefe y ella esperaba demostrar que Joel no se había equivocado al llevarla con él.

Giró en la cama y tomó el teléfono para pedir servicio a la habitación. Luego sacó desde la maleta el vestido que usaría esa noche en la recepción y lo colgó en el closet de la habitación. Se quitó la ropa y fue por una bata al baño. Al entrar, se dio cuenta que había un gran jacuzzi a su disposición.

Con premura lo comenzó a llenar para darse un relajante baño. La comida llegó, comió y luego se metió al agua a la cual había aplicado espuma. Ahí se relajó, y al cerrar los ojos, lo primero que vino a su mente fue la imagen de Alexander caminando semidesnudo por la cocina.

Su cara se calentó de lo roja que se puso. Tenía que sacar esa imagen de su cabeza o si no, no podría volver a mirar a Alex a la cara sin ponerse colorada.

Respiró hondo dejando que su cuerpo se relajara con el agua y la espuma que llenaba el jacuzzi. Ahí estuvo por una hora, luego salió y se puso la suave bata blanca del hotel.

Se volvió a tender en la cama y comenzó a revisar nuevamente la carpeta con el caso de su cliente. La verdad es que se sentía muy segura. Había redactado un acuerdo donde su cliente quedaba muy bien resguardado con su divorcio.

Descansó por un par de horas y luego se comenzó a arreglar para la recepción en la mansión del cliente. Se maquilló destacando la veta verde de sus ojos y sus labios resaltaban con el labial rojo que se había aplicado. Su pelo, como siempre, lo llevaba suelto en grandes ondas color chocolate, solo que esta vez, se puso un poco de fijador a ambos lados llevando su cabello hacia atrás, dejando que el cabello suelto cayera como una cascada por su espalda y su cara quedara despejada.

Al final se puso el vestido y se subió sobre sus altísimos tacones. Se miró en el espejo y sonrió a su reflejo, lucía muy bien, de seguro daría una muy buena impresión al cliente.

Puntualmente a la hora Joel golpeaba la puerta de la habitación de Sofía para recogerla. Cuando ella abrió la puerta él se quedó sin respiración.

Ella se veía hermosa, enfundada en un largo y ceñido vestido de color blanco de un solo hombro. Parecía una diosa griega que había bajado del Olimpo para mezclarse entre los mortales.

—¿Pasa algo, Joel? —preguntó Sofía con preocupación ya que Joel la

miraba como pasmado.

—Estás... —Él se aclaró la garganta para volver a hablar—... estás bellísima.

—Gracias. ¿Nos vamos?

—Sí —respondió él mientras le acercaba su brazo para que ella lo tomara y así bajaron hasta la recepción del hotel donde ya los esperaba un taxi.

En todo lo que duró el viaje hasta la mansión del señor Backer, Joel no pudo dejar de sentirse nervioso con Sofía a su lado. El suave perfume de ella lo hacía recordar la última vez en la que ella había caído en su cama. Después de aquella noche, ella se había negado a aceptar cada una de sus invitaciones y, aunque él había seducido a más de una mujer en todo este tiempo, ninguna se podía comparar con Sofía, por eso le obsesionaba que ella volviera a entregarse a él.

Cuando llegaron a la mansión Sofía quedó impresionada con la magnitud del lugar. Era una gran casa como las que se ven en las revistas de decoración, pensó para sí misma.

Joel le volvió a ofrecer el brazo y ella se colgó de él dejando que la guiara hasta la casona donde ya había mucha gente disfrutando de aquella recepción.

Sofía miraba todo a su alrededor. El gran salón donde ahora ingresaba junto a Joel estaba finamente decorado con obras de arte en sus paredes y, la gente que estaba ahí presente, lucía como recién salida de la tienda de diseñador más cara del mundo.

Un mesero les acercó una bandeja con copas de champaña y ambos tomaron una.

—¡Así que al fin llegó mi hombre! —escucharon una alegre voz a sus espaldas y ambos giraron al mismo tiempo—. Además vienes muy bien acompañado.

Alan Backer llegaba hasta la pareja y le extendía la mano a Joel para saludarlo. El hombre, de unos cincuenta años, se notaba feliz de ver al abogado.

—Buenas noches, señor Backer. Gracias por la invitación. —Saludó Joel.

—De nada, hombre. No podías no estar compartiendo mi felicidad. Disculpe mi mala educación —dijo el hombre mirando ahora fijamente a Sofía—. Soy Alan Backer, es un gusto conocerla.

—Sofía Cassano, el gusto es mío, señor Backer y déjeme decirle que tiene una casa hermosa —dijo ella mientras que él, caballerosamente, le besaba la mano.

—Me alegro que le guste y debo agradecer a Joel, y a su estupendo acuerdo de divorcio, que voy a poder conservarla.

Sofía ladeó la cabeza y miró al hombre en forma pensativa tratando de asimilar si había escuchado bien. ¿Él había dicho que gracias al acuerdo que le había redactado Joel él había conservado la casa? Sí, eso había dicho el hombre y ella comenzó a sentir que la sangre en sus venas se empezaba a calentar.

—Bien, los tengo que dejar para seguir atendiendo a mis invitados —dijo el dueño de casa—. Espero disfruten de la velada. Y Joel, el cheque ya está en tu cuenta. Nos vemos.

Joel se despidió alegremente mientras que Sofía solo soltó un escueto “adiós” desde sus labios. Luego, ella se bebió de golpe la champaña que quedaba en su copa y miró de frente a Joel con la clara intención de enfrentarlo. No le importaba si se armaba un escándalo en el lugar.

—¿Se puede saber qué fue todo eso? ¿Cómo es que el señor Backer vio el acuerdo? ¿No se suponía que veníamos a eso, a hablar del acuerdo y a que lo firmara?

—Bueno, es que hoy me adelanté y fui a verlo...

—¡Eres un desgraciado! —dijo ella con rabia mientras giraba sobre sus talones y caminaba buscando una salida de la casa hasta que llegó al jardín trasero.

—¡Sofía, espera! —dijo Joel tras de ella, pero Sofía no se detuvo.

—¡No puedo creer lo que has hecho! Fui yo la que trabajé en ese acuerdo. Fui yo quien pensó en cómo ayudar al señor Backer y resulta que ahora eres tú quien recibe todo el crédito por eso. —Sofía caminaba rápido y hablaba, enfadada, con la ira subiéndole por sus pies —¿Por qué me trajiste hasta aquí entonces, Joel? ¿A qué vine?

Él apuró el paso hasta que llegó a su lado y la tomó por un brazo para que se detuviera. Ella se giró y él la apegó a su cuerpo.

—¿Es que a caso no te das cuenta de cuánto te deseo, Sofía? —Él la iba a besar, pero ella logró soltarse del agarre de Joel y dar un paso atrás. Y ahí, cara a cara lo enfrentó.

—Joel...

—Sofía, no aguanto verte en la oficina todos los malditos días sin

poder tenerte. Me matas cada vez que me rechazas, ¿es que tú no quieres volver a estar conmigo?

Ella lo miró por un segundo. Ellos habían tenido un idilio, ella se había dejado llevar por lo físico, pero al instante en que todo terminó, se arrepintió de lo sucedido.

Por eso ella se negaba a cada invitación que él le hacía y por eso Joel, ya no sabiendo que más inventar para atraerla hacia él, la había invitado a ese viaje. Sabía que, si le hablaba de trabajo, ella no se negaría a acompañarlo.

—Creo que mejor será que dejemos esto hasta aquí —dijo ella.

—No, Sofía. Dime, por qué te alejas de mí.

—Bueno, Joel, primero porque eres mi jefe...

—...Pero eso no te detuvo antes —espetó él mientras se acercaba más a ella. Sofía dio otro paso más atrás manteniendo la distancia.

—Sí, pero ya te dije, eso fue un error. Joel, no quiero seguir con esto. No quiero nada contigo, y lo mejor es dejar el tema hasta aquí.

—¡¡¡Maldición, Sofía!!! —Le gritó iracundo.

—¡No me grites! No es mi culpa que tuvieras que inventar toda una farsa pensando que, este fin de semana, me entregaría a ti como si nada. Además, te robaste mi trabajo y lo hiciste pasar por tuyo, eso sí que no te lo voy a perdonar.

—Sofía, vamos a algún lugar y hablemos de esto con calma, ¿quieres? —pidió Joel desesperado viendo cómo todo lo que había planeado se venía abajo de un plumazo.

—No, contigo no voy ni a la esquina. Entiende de una buena vez que tú y yo nunca más tendremos alguna especie de relación más que la profesional y no me sigas presionando que puedo demandarte por acoso.

—Tú no harías eso —le dijo con una sonrisa socarrona en los labios.

—Pruébame y verás.

Sofía se giró y comenzó a caminar en dirección a la salida.

—Sin mí no eres nada —dijo él y ella se detuvo a medio camino cuando escuchó aquellas palabras—. Carters no te quiso porque no eres una buena abogada. Todo lo que has logrado es por mí. Todo me lo debes a mí.

Sofía empuñó las manos tratando de contener la furia que sentía recorrer en su interior, pero no pudo. Se giró y volvió a caminar sobre sus pasos hasta quedar a centímetros de Joel.

Cuando ya lo tuvo cara a cara, lo miró directo a los ojos y sin más, le plantó una cachetada que hizo que él volteara la cara.

—No te debo nada, ¿oíste? Trabajo tanto o más que cualquiera de los abogados de tu firma.

Él se tocó la cara jurando para sus adentros que ella le pagaría de alguna forma aquella bofetada mientras que ella quería matarlo con sus propias manos por poner en duda sus capacidades profesionales.

—Ahora me voy. Ve y sigue en la fiesta celebrando tu triunfo —dijo ella para luego comenzar a caminar muy rápido hasta que llegó a la puerta de entrada de la mansión donde le pidió a los guardias que le llamaran un taxi.

Joel volvió a la fiesta y comenzó a beber lo que se le pasara por en frente.

Estaba enojado, frustrado por el fracaso de su plan. Pensaba que ella, estando lejos de la ciudad, se ablandaría y podría estar, a esa hora de la noche, con ella en la cama de su habitación de hotel.

Sofía llegó al hotel enfurecida. Cuando entró en su habitación todo lo que hacía era maldecir una y otra vez a Joel. No podía creer del modo en que él se había mostrado ante ella esa noche.

Caminó de un lado a otro pensando qué hacer. Quería largarse de ahí, quería volver a su casa donde podría llorar con ganas su frustración, pero ya era casi media noche y no quería viajar de madrugada. Lo mejor sería dormir, descansar un poco y tomar el primer avión que saliera por la mañana, pensó.

Se quitó su hermoso vestido y se lavó la cara para quitar todo resto de maquillaje mientras que en su cabeza seguían resonando las crueles palabras de Joel.

Ella era una buena abogada, así se lo habían hecho saber y sentir los clientes para los cuales había trabajado, no le debía nada a Joel, eso era seguro.

Se metió en la cama y le costó quedarse dormida. Cuando ya el sueño por fin se apiadaba de ella, sintió dos fuertes golpes en la puerta de la habitación.

—¡Sofía! ¡Abre la puerta! ¡Tenemos que hablar! —La voz de Joel resonaba ronca y con prepotencia desde el otro lado de la puerta.

Ella no quería un escándalo en el hotel, pero tampoco tenía ganas de hablar con el hombre que, a esa hora, estaba parado en el pasillo del hotel y claramente en estado de ebriedad, así que decidió no prestarle atención y que él siguiera golpeando la puerta cuanto quisiera. Con suerte a alguno de los inquilinos le molestaría tal alboroto y mandarían a seguridad a sacarlo.

—¡Sofía, por favor, hablemos! ¡Siento lo que dije! ¡Perdóname!
—Pero ella no dijo nada y Joel, frustrado nuevamente, decidió no insistir más por esa noche y se fue a su habitación.

Sofía suspiró hondo y se cubrió la cabeza con la almohada. Esperaba que él no siguiera molestándola esa noche. Quería dormir un poco antes de tomar un avión de vuelta a casa.

Catorce

A las siete de la mañana del día sábado, Sofía estaba haciendo abandono del hotel sin que Joel supiera nada de ella y eso es lo que justamente ella quería, no toparse con él en todo lo que quedaba de fin de semana.

Llegó al aeropuerto donde consiguió un vuelo que saldría en dos horas más. Se fue hasta una cafetería y bebió algo mientras esperaba a que se hiciera la hora.

Ya en el avión, trató de dormir un poco, pero no pudo pegar ojo. A su mente volvía el recuerdo de la noche anterior y del comportamiento de Joel. Pensaba en cómo tendría que afrontar la situación el día lunes cuando volviera al trabajo. ¿Qué haría él cuando la viera?

Solo esperaba aclarar todo con él, que no se pusiera cabeza dura y seguir con su trabajo, pero, ¿y si él la despedía? Sofía se removió inquieta en su asiento cuando ese pensamiento cruzó por su cabeza. ¿Sería él capaz de despedirla? Con desazón en su corazón supo que la respuesta sería sí. Él le había dicho que ella no era nada sin él, y si juntaba eso con el bofetón que ella había descargado contra su cara, lo más probable era que él tomara venganza en contra de ella y por consiguiente la despidiera.

Sofía ya se veía teniendo que recorrer todas las firmas de abogados para conseguir un nuevo trabajo. Tomó una honda respiración tratando de relajarse y se dijo que, si Joel la despedía, no sería el fin de su mundo, ella sabía que era una buena abogada aunque él dijera lo contrario y podría conseguir un nuevo trabajo rápidamente.

Pasaba del medio día y ya estaba en Nueva York. Tomó un taxi y se dirigió hasta su departamento. Miraba por la ventana el paisaje que le mostraba la gran manzana. Era un día soleado y caluroso, ya se estaba acercando el verano y se hacía notar en la ciudad.

Llegó hasta su edificio y entró con su maleta saludando con un escueto “buenas tardes” al conserje que solo movió la cabeza para saludarla.

Ya estaba en casa y soltó un suspiro de gusto. Extrañaba su cama, su ducha y tenía que admitir que también extrañaba el café de la máquina de Alex. ¿Solo a la máquina? La pregunta surgió en su mente como si su otro yo se lo hubiera cuestionado.

Se quedó petrificada en la puerta con la llave metida en la cerradura. ¿Qué estaba pensando? Sacudió su cabeza para que aquella voz de su subconsciente se callara y abrió la puerta para entrar en su departamento.

No había nadie en la sala y de pronto escuchó unas risotadas que provenían desde la cocina. Le pareció que, aparte de la risa de Alex, también se escuchaba una risa femenina. Entró en la cocina y no se equivocó.

Ahí, en la cocina, estaba Alex muy bien acompañado por una mujer muy rubia que, al mirarla, se levantó de la silla y fue a su encuentro. La delgada mujer vestía unos shorts de jeans desgastados y una camiseta un poco suelta, pero que se marcaba en sus senos y se podía notar claramente que no llevaba brasier.

—Hola —dijo la rubia mujer acercándose a ella muy sonriente—. Tú debes ser Sofía.—La chica le besó ambas mejillas a Sofía quien estaba sin hablar. Luego la mujer dijo algo a Alex en un idioma que Sofía no pudo identificar.

—Sofía, ella es Heidi —intervino Alex haciendo la presentación.

—Hola —dijo Sofía mientras miraba a la sonriente mujer frente a ella y en su estómago comenzó a tener una extraña sensación. Algo así como si hubiera recibido un golpe de puño dejándola sin respiración. ¿Qué era eso?

—Bien, voy por mis cosas y nos vamos, Alex.

La chica salió de la cocina dejando a Sofía un poco confundida. Se giró y se encontró con la mirada celeste de Alex.

—¿No se suponía que llegabas mañana? —preguntó él mientras ella se acercaba y se podía notar claramente el enfado en su cara.

—Pues llegué antes y veo que tú estás aprovechando muy bien mi ausencia.

—¿Qué?

—Te dije que nada de invitar a tus novias al departamento, ¿es que acaso hablo chino que no me entendiste?

—Claro que entendí perfectamente...

—... ¿Y entonces?

—Si me dejaras hablar podría explicarte todo con detalle —dijo él alzando un poco la voz por sobre la de ella para hacerse escuchar.

—Pero es que yo estoy viendo todo aquí claramente, no veo qué explicación me vas a dar —espetó ella molesta y con la cara más que roja.

—No, Sofía, aquí no hay nada claro, tú estás viendo cosas que no son, te estás imaginando todo.

Ahora estaban más cerca, frente a frente, ella tratando de entender qué pasaba en su interior, qué era lo que sentía, ¿acaso estaba celosa? Él por su parte, quería explicar todo, que ella no se imaginara cosas que no eran, pero además, se estaba aguantando las enormes ganas que tenía de besarla al tenerla ahí tan cerca y enfurruñada.

—Bien —dijo ella tragando el nudo en su garganta tratando de apaciguar sus emociones, estaba hecha un gran lío en su interior—, te escucho.

—Heidi es una amiga de Alemania, llegó hace una hora al departamento a dejarme unas cosas y ya íbamos de salida. No somos novios, ni amantes ni nada...

—Sí, claro —balbuceó ella por lo bajo, no creyendo en lo que él le decía.

Alex no pudo evitar sonreír ante la actitud de Sofía. Parecía una novia celosa exigiendo una explicación, pero de seguro debía ser su imaginación o las enormes ganas que lo llenaban de que ella tuviera algún sentimiento romántico hacia él lo que le hacía pensar esas cosas, se dijo.

—Es la verdad. Allá tú si quieres creerme. Además no creo que yo sea del interés de Heidi, creo que le gustan más las trigueñas de pelo largo como tú.

—¡¡¡¿Que qué?!!! —gritó ella no dando crédito a lo acababa de escuchar.

Alex solo rió por la reacción de ella. No alcanzó a decir nada más ya que, en ese instante, Heidi entraba en la cocina llevando una mochila colgando al hombro.

—Estoy lista —dijo la rubia sonriendo y se acercó a Sofía—. Fue un gusto conocerte, eres muy bella, ¿sabes?

Sofía se quedó callada mientras Heidi se acercaba a ella y se despedía besándole ambas mejillas.

—Nos vemos luego, Sofía —se despidió un risueño Alex que le guiñaba un ojo.

Cuando Sofía vio alejarse a la pareja resopló con ganas. Al parecer ese fin de semana no iba a ser de los mejores. Necesitaba hablar con alguien.

Quería desahogarse con alguien y contar todo lo sucedido con Joel.

Caminó hasta la sala y se sentó en el sofá. Tomó su teléfono y marcó el número de su amiga Lidia que al tercer tono le contestó.

—Hola, Sofía, ¿Cómo estás? —La saludó Lidia alegremente.

—Créeme, he estado mejor, ¿y tú?

—¿Qué pasó, amiga? —preguntó Lidia con preocupación notando la voz desanimada de su amiga.

—Si yo te contara, Lidia... ¿Dónde estás?

—Voy llegando a un restaurante, Robert me invitó a almorzar.

Sofía cerró los ojos. Se sintió fatal por haber llamado a su amiga y molestarla con lo que le pasaba, cuando Lidia ahora era una mujer casada y ya no podría contar con ella cuando quisiera como antes. Lidia ahora tenía prioridades y los problemas de una de sus amigas no estaban entre ellas.

—Lo siento, Lidia, no debí llamarte. Discúlpame.

—No seas tonta. ¿Dónde estás?

—En casa, acabo de llegar desde Washington. Quería hablar contigo, pero lo podemos dejar para otro día.

La intuición de Lidia le decía que algo le pasaba a Sofía, y quería saber qué era y ver si la podía ayudar en algo.

—¿Estás sola?

—Sí.

—Bien. Entonces después de que almuerce con mi marido me paso por tu departamento, ¿te parece bien?

—De verdad, Lidia, mejor lo dejamos para otro día, no quiero interrumpir tus planes...

—Que no, tonta, termino de almorzar y me voy para allá.

—Bueno, amiga. Gracias.

Las amigas se despidieron y Sofía se recostó en el sofá. Algo dentro de ella le molestaba, algo en su interior la estaba ahogando, pero no podía identificar qué era.

Vio un poco de televisión y, luego de pasar por todos los canales, se levantó del sofá y fue hasta la cocina. Sacó el frasco donde guardaba el regaliz y tomó una tira para llevársela a la boca. No tenía ganas de comer nada más que el regaliz, como si eso fuera capaz de endulzarle el mal día.

Luego sacó una botella de vino tinto y se sirvió una copa que bebería mientras esperaba la llegada de su amiga. Iba ya por su tercera copa cuando Lidia tocó a su puerta.

—¡Amiga! —saludó Lidia quien envolvió en un fuerte abrazo a Sofía.

—Hola, Lidia, qué alegría verte. ¿Quieres una copa de vino?

—Sí, gracias.

Sofía abrió otra botella y sirvió dos copas de vino tinto. Lidia se sentó en una de las sillas de la cocina y Sofía se acomodó frente a ella.

—Lidia, disculpa por haberte molestado, no debí llamarte.

—Qué dices, nada de disculpas. Soy tu amiga y estoy para ti cuando me necesites. Ahora dime qué pasó, porque para que estés bebiendo aquí sola, algo muy malo tiene que haber pasado.

—No estoy bebiendo sola —Se defendió Sofía.

—¿Ah no? Y esta botella vacía quién se la bebió. ¿Acaso fue Alex?
—dijo Lidia mostrando la botella de vino que estaba vacía.

—Bueno, para que sepas yo solo tomé un par de copas mientras llegabas y, para tu conocimiento, la botella no estaba llena.

—Ok, ok, no te vayas por las ramas y dime qué es lo que te tiene así.

Sofía bebió un sorbo de su copa, saboreó el vino en su paladar y luego tomó una honda respiración soltando un suspiro cansino y se preparó para hablar.

—Fui a Washington con Joel...—dejó la frase en el aire sin saber cómo continuarla.

—Bien, ¿y cómo te fue?

—Bueno, fuimos a ver a un cliente muy importante. Nos ocupamos de su divorcio. Trabajé en el acuerdo que le encantó...

—...Te estás dando muchas vueltas, amiga.

—Espera, ya va.

—¿Qué pasó, Sofía? Cuenta ya.

—Lo que pasa es que el muy cabrón solo me llevó al viaje con la intención de seducirme.

—¡¡¡¿Qué?!!!

—Lo que escuchas. Me dijo que iríamos por trabajo, pero él solo pensaba en que pasáramos un tiempo a solas. Además, el muy imbécil se apropió de mis ideas, de mi trabajo. Cuando lo encaré me dijo que sin él yo no era nadie, que todos mis logros como abogada se los debía a él.

—¡Pero ese hombre está loco!

—Lo mismo creo yo. Luego de que me dijera eso me enfurecí así es que lo abofeteé.

—¡¿Cómo?!

—Lo abofeteé, así es que ahora no se si aún conservo mi trabajo, Lidia.

Sofía volvió a beber más vino mientras escuchaba cómo su amiga dedicaba mil y un improperios contra Joel a una velocidad increíble lo que le provocó soltar una risita medio ebria.

—¿De qué te ríes? —preguntó Lidia mientras veía cómo ahora su amiga era atacada por la risa.

—De ti, amiga.

—Ah, qué lindo —le espetó Lidia—. Me cuentas que cacheteaste a tu jefe y te ríes como si fuera una broma.

—Es que eres tan graciosa cuando te enojas —dijo Sofía y volvió a beber más vino.

Lidia la miró y vio que todo era efecto del vino y que, si ella seguía bebiendo así, lo más seguro era que se consiguiera una gran borrachera.

—Creo que has bebido demasiado.

—¿Quién? ¿Yo? Para nada —dijo ella con la copa en la mano.

—Como qué no, estás medio ebria aquí riéndote de una situación grave. ¿Qué harás si pierdes el trabajo?

Sofía pasó en un segundo de la risa al llanto. De pronto la idea de que pronto sería una desempleada la inundó de desazón y comenzó a llorar desconsolada.

—¿Qué voy a hacer, amiga? —las lágrimas comenzaron a salir de sus ojos y ahora lloraba como una niña pequeña.

—Calma —Lidia se acercó a ella y la abrazó—, no nos adelantemos a los hechos. Esperemos que Joel no sea el imbécil que creemos que es y que no te deje sin trabajo.

—Nunca debí acostarme con él. No sé en qué estaba pensando, sabía que un día me iba a arrepentir de todo —se quejaba Sofía por su desafortunada decisión.

—Ay, amiga, te lo dije aquella vez, sexo y trabajo es una mala combinación.

—Sí lo sé, me lo dijiste, pero es que pensé que él ya había superado todo tal como yo lo hice. Que solo había sido una noche loca y nada más.

—Bueno, ya viste que no, así que ahora solo te queda esperar hasta el lunes y ver qué pasa con Joel.

Sofía cerró los ojos deseando que el tiempo se congelara y así el lunes nunca llegara. Luego pensó que sería mejor comenzar a actualizar su

currículum en caso de que Joel la despidiera.

—Pero amiga, no nos adelantemos a lo que pueda pasar y mejor cuéntame cómo te ha ido con Alex. Muero por saber.

Sofía resopló fuertemente y bebió un poco más de vino. No tenía ganas de hablar sobre Alex, solo quería seguir bebiendo y olvidar todo lo sucedido en las últimas veinticuatro horas. Pero ella sabía cómo de curiosa era Lidia, así que tendría que hablar de Alex o si no su amiga no la dejaría en paz nunca.

—Bien, con Alex hemos estado bien —dijo Sofía escuetamente.

—¿Cómo que bien? ¿Bien nada más? ¿Solo eso?

—Qué más quieres que te diga. Hasta el momento todo ha estado bien y nada más.

—No te creo, Sofía.

—No me creas entonces. Todo ha estado bien, no hemos tenido problemas de convivencia, así que todo está normal.

—¿Y has entrado a su habitación? ¿Has registrado sus cosas?

—¿Cómo se te ocurre! No puedo curiosear ahí, son sus cosas, su intimidad...

—Por eso mismo. Ven, vamos a ver su habitación.

Lidia se levantó de su silla y tomó de una mano a Sofía tirando para que esta se levantara de la silla. Ella se levantó y dio un traspié, al parecer el vino estaba haciendo efecto y se sentía un poco ebria. Su amiga la guió hasta que ambas estuvieron frente a la puerta de la habitación de Alex.

—Lidia, no creo que sea una buena idea. Tal vez dejó la puerta bajo llave y...

Lidia giró el pomo de la puerta y esta se abrió sin problemas. Sofía dio un paso atrás, aunque la curiosidad había entrado en ella, no encontraba correcto husmear en las cosas de Alex.

—Mira, la puerta está abierta, ven vamos. —Lidia dio un paso dentro de la habitación de Alex mientras que Sofía se quedó parada en el umbral de la puerta.

—Lidia, no, Alex puede llegar en cualquier momento.

—No seas cobarde, amiga. Ven, solo será un vistazo rápido.

Sofía puso un pie dentro del cuarto, estaba dudosa, pero a la vez curiosa. Luego dio otro paso y miró todo a su alrededor.

La habitación de Alex estaba extremadamente ordenada, nunca se lo hubiera imaginado así.

Lidia caminó hasta el clóset y abrió las puertas para ver que, toda la ropa de Alexander, estaba perfectamente doblada, colgada y ordenada.

—Wow, Alex cambió mucho por fuera, pero por dentro sigue siendo un eterno nerd —dijo Lidia al ver aquel orden extremo.

Ambas rieron por el comentario de Lidia. Luego se pusieron a ver el resto del cuarto.

Alex tenía una mesa con carpetas y papeles que Sofía no se atrevió a mover. En un rincón de la habitación se encontraba una guitarra en su pedestal. Sofía se imaginó a Alex tocando y cantado, cuando eran niños él nunca mostró interés por la guitarra.

Siguieron mirando todo, tratando de no desordenar nada que las pudiera delatar.

Sofía vio que en un muro había un mapa con varios países marcados con un punto de color rojo, de seguro los lugares que Alex ya había recorrido.

Sintió un poco de envidia, Alex conocía gran parte del mundo, mientras que ella, con un trabajo estable, apenas conocía una que otra ciudad.

—Lidia, será mejor que salgamos de aquí. Imagínate y Alex nos pilla en su habitación.

—Ya, está bien. Vamos, ya sacié mi curiosidad.

Las amigas salieron del cuarto de Alex y volvieron a la cocina. El celular de Lidia sonó, era su marido que ya venía por ella.

—Sofía, tengo que dejarte, Robert me está esperando abajo.

—Está bien, Lidia. Gracias por tomarte un tiempo para escucharme.

Ambas se fundieron en un gran abrazo y luego Lidia miró a Sofía y le advirtió:

—Me voy, pero tú deja de beber o te vas a emborrachar. Nunca has sido buena para beber, Sofía, no has comido nada y de seguro mañana amanecerás fatal y arrepintiéndote de todo.

—Tranquila, solo me beberé el poco que queda en la copa y me voy a acostar.

—Bien. Te dejo. Cualquier cosa me llamas.

—Está bien. Gracias, amiga.

Lidia dejó el departamento y Sofía volvió a la cocina para terminar con la botella de vino que quedaba. En ese instante no le importaba nada, solo quería beber y beber y que ojalá el vino le ayudara a olvidar en algo la rabia que sentía.

Bebió y bebió hasta que todo en la cocina le daba vueltas. Apoyó la

cabeza en la fría mesada y así se quedó dormida.

Quince

Ya era entrada la noche cuando Alex llegó al departamento. Se fijó que la luz de la cocina estaba encendida, pero no había ruido. Quizás a Sofía se le había quedado encendida, pensó, así es que fue hasta la cocina para apagarla.

Cuando entró, vio que Sofía dormía profundamente con la cabeza sobre la mesada y sonrió cuando escuchó que ella soltaba un leve ronquido. Luego miró a su alrededor y vio dos botellas y media de vino vacías y dos copas. ¿Con quién habría estado bebiendo?

Se acercó a ella y la miró por un par de segundos. Se veía tan relajada, tan bella aunque tuviera la boca entreabierta. Pasó un mechón del cabello de Sofía tras su oreja y le acarició suavemente la mejilla con el dorso de su mano. Ella ni siquiera se inmutó, estaba real y totalmente borracha.

—Sofía —le susurró Alex cerca del oído. No podía dejar que ella durmiera en una silla y con la cara pegada en la mesada.

Ella no contestó nada, así que la movió un poco por los hombros.

—Sofía.

—Hmmm —balbuceó ella y abrió uno de sus ojos.

—Sofía, levántate y ve a dormir a tu habitación.

—Hmmm —volvió a balbucear ella y se cubrió la cabeza con ambas manos.

—Escucha, no es muy cómodo dormir aquí, además te puedes caer de la silla. Vamos, levántate y ve a tu habitación.

Ella dijo algo que Alex no pudo entender, pero pensó que de seguro había sido un tipo de maldición hacia su persona por estar molestándola y sacándola de su plácido sueño.

—Sofía, te voy a cargar y a llevar hasta tu cuarto, no puedes dormir aquí.

—Qué molesto eres, ¿sabías? Déjame aquí, estoy bien —dijo arrastrando las palabras que evidenciaba que claramente estaba muy ebria.

—Pero, si sigues durmiendo aquí, mañana tendrás un terrible dolor de

cuello.

Sofía levantó la cabeza y miró a Alex con los ojos entrecerrados. Todo le daba vueltas y estaba muy mareada.

—Está bien, está bien. Con tal de no oírte más me iré a mi cuarto.
—Sofía, con un poco de dificultad, se bajó de la silla, pero no se podía sostener en pie y se tropezó cayendo en los brazos de Alex.

—¿Cuánto bebiste, Sofía?

—Solo un par de copas. Estoy bien, muy bien.

—Sí, se nota —dijo él mofándose de la situación.

Ella trató de separarse de él, pero no pudo, realmente sus piernas no le respondían. Él pasó una de sus manos por la cintura, y casi en andas, la sacó de la cocina.

—Alex, para —dijo ella y él se detuvo de inmediato.

—¿Qué pasa? —le preguntó al verla inmóvil y con la cabeza gacha.

—Estoy mareada... tengo náuseas... voy a vomitar.

Alex la cargó en brazos y raudamente llegó hasta el baño. Una vez frente al inodoro la dejó sobre sus pies. Sofía se agachó y literalmente se abrazó de la taza del inodoro y comenzó a vomitar.

Alex se agachó a la altura de ella y con una mano le tomó el pelo en una especie de coleta para apartárselo de la cara y con la otra le afirmó la frente.

—¡¡¡No!!! —gritó ella. Se moría de vergüenza de que él la viera en el más deplorable de los estados—. Déjame sola. No quiero que me veas vomitar —logró decir en medio de una nueva arcada.

—He visto cosas peores, Sofía. Tú tranquila, yo me voy a quedar aquí.

Sofía seguía en el inodoro sin poder levantarse de lo ebria que estaba y claro, cómo no lo iba a estar, si no había comido nada durante el día y se había puesto a beber vino como si este fuera agua.

Luego de que devolviera todo el contenido de su estómago tiró la cadena, pero se quedó ahí hincada, muerta de vergüenza con Alex. No quería mirarlo a la cara.

—¿Terminaste? —preguntó él acariciándole el cabello. Ella solo movió la cabeza de forma afirmativa.

Alex la ayudó a levantarse y la llevó hasta el lavamanos. Ahí ella se enjuagó la boca, se miró al espejo y veía su reflejo medio borroso, pero sí notaba que estaba muy sonrojada.

—Lávate la cara —le ordenó él. Ella así lo hizo mientras él pasaba la palma de su mano mojada por la nuca.

Ella sintió algo tan refrescante que la hizo cerrar los ojos. Luego ella comenzó a balbucear.

—Qué vergüenza, qué vergüenza, qué vergüenza...

—Sofía, para ya, nada de vergüenza. Ahora te llevaré a tu habitación.

—Está bien.

Alex la cargó entre sus brazos y la llevó hasta su habitación. Al entrar él miró para todos lados, todo estaba delicadamente decorado en colores blanco y lavanda.

Luego se acercó a la cama y la sentó en la orilla de esta. Comenzó a sacarle las botas que ella traía puestas, Sofía solo lo miraba mientras él se daba a la tarea de bajar el cierre y sacar cada bota de sus pies.

De pronto, y haciendo caso a un impulso que nacía dentro de ella, tomó el rostro de Alex entre sus manos. Él se la quedó mirando fijo y ella, con sus dedos, comenzó a recorrer la cicatriz que Alex tenía en el mentón.

La acarició suavemente sin saber lo que aquel toque estaba provocando en él.

—Lo siento, Alex. Siento haber sido la causante de esta cicatriz —dijo ella con un nudo en la garganta.

—Eso fue hace mucho, Sofía, ya no tiene importancia.

—¿Sabes el miedo que sentí cuando te vi todo ensangrentado?

—Sofía comenzó a recordar el incidente donde ella había sido la causante de que su amigo saliera herido.

—Sofía...

—No, déjame hablar —lo interrumpió tajantemente—. Ese día creí que morirías. Estabas con todo el rostro ensangrentado y fue mi culpa. Cuando te llevaron al hospital yo me encerré en mi habitación a llorar y a rogar que nada te pasara. —Ya no pudo contener el llanto y las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas— Cuando volviste a casa con la cara parchada me sentí la peor amiga del mundo. Iba a tu casa y nos reíamos, pero al llegar a mi casa, me tiraba en la cama y lloraba desconsolada por haberte hecho una broma tan pesada.

—Ya, Sofía. No recuerdes eso, éramos niños, ya pasó mucho tiempo...

—... Sí, pero quiero pedirte perdón. No fue mi intención, lo juro, lo juro.

—No hay nada que perdonar y ahora quítate la ropa —dijo él y ella abrió la boca para replicar.

—¿Qué?! Ni pienses que me voy a desnudar y que va a pasar algo entre nosotros.

—Lo sé —dijo él negando la cabeza y sonriendo—. Solo quiero saber si puedes desvestirme por tus propios medios para que te metas a la cama y duermas o quieres que te ayude.

—Ah, eso... Claro que puedo desvestirme sola.

—Bien, entonces desvístete y ponte el pijama, ya vuelvo con algo para tu estómago.

Alex se incorporó y salió de la habitación. Sofía trató de sacarse los pantalones con rapidez, pero le costó un montón. Parecía que, mientras más los tiraba, los pantalones se pegaban más a sus piernas, hasta que, luego de un par de intentos más, logró sacarse los jeans. Se quitó la camiseta y se puso solo la parte de arriba de su pijama y luego se metió en la cama.

Se sentía mal, todo le daba vueltas y aún sentía su estómago revuelto. Unos minutos después, Alex volvía a entrar en la habitación de Sofía llevando un vaso en la mano.

—Bebe un poco de esto. —Él se acercó y se sentó en la orilla de la cama y le dio de beber del vaso.

—¿Te acordaste! —dijo ella sorprendida.

—¿Qué cosa?

—Me diste de beber *Ginger Ale*. Mamá siempre me daba de beber *Ginger Ale* cuando me sentía mal del estómago. Alex —dijo ella con la voz quebrada—, soy la peor hija del mundo.

Ella se acercó a él, lo abrazó y comenzó a llorar. Él respondió el abrazo apretándola fuertemente contra su pecho.

—¿Por qué dices eso?

—Tengo a mi mamá en la misma ciudad, a solo un par de minutos de aquí y no soy capaz de ir a verla. Nunca tengo tiempo, solo sé de ella por teléfono. Dime si eso no es una mala hija.

Él la siguió abrazando acariciándole de arriba abajo su espalda tratando de darle algo de consuelo.

—Deja de llorar —dijo él suavemente y ella se apartó un poco quedando muy cerca, cara a cara. Él le secó las lágrimas con sus pulgares—. No creo que seas una mala hija y de seguro que tu madre tampoco piensa eso.

—Solo lo dices para hacerme sentir mejor —espetó ella.

—No, y te propongo algo... Qué te parece si mañana te llevo a ver a tu madre.

—¿De verdad harías eso?

—Claro.

—Gracias. —Sofía lo volvió a abrazar y él sintió que su pulso se aceleraba a mil por hora.

—De nada, y ahora te dejo para que puedas dormir. —Alex se separó de ella y se iba a levantar desde la orilla de la cama, pero Sofía lo tomó por una mano impidiendo que la dejara sola.

—Quédate conmigo, Alex.

—Pero, Sofía... yo...

—Por favor, quédate por lo menos hasta que esté dormida —pidió ella casi en una súplica y él no pudo negarse.

Sofía se movió al medio de la cama y él se recostó a su lado encima de la cama, solo se quitó los zapatos. Sofía se acurrucó a su lado y luego pasó una mano sobre la cintura de Alex. De a poco ella fue acercando su cara hasta que quedó sobre el pecho de él.

—Gracias, Alex —dijo ella en un susurro.

—De nada. Descansa —dijo él y puso su brazo alrededor de ella como protegiéndola.

Sofía estaba tan tranquila recostada en el pecho de Alex, sintiendo cómo su corazón latía acompasado. Y escuchando ese sonido, se dejó ir en un sueño profundo.

Alex, aunque estaba feliz de estar ahí con ella, no quería que al día siguiente, al despertar, ella lo echara a patadas de su lado, porque de seguro no se acordaría de nada de lo sucedido esa noche.

Él trató de salir de la cama. Se fue moviendo despacio tratando de soltarse de la mano de Sofía, pero si él se movía, ella se aferraba más a su cuerpo. Él, en ese instante, era una especie de comfortable almohada que ella no soltaría por nada del mundo.

La miró por un largo rato. Miró su mano que lo abrazaba y la acarició con la punta de sus dedos. Se quedaría ahí, durmiendo con ella aunque al día siguiente ella lo echara a gritos de ese dormitorio, pero solo el estar así con Sofía valdría la pena cualquier cosa.

Dieciséis

Cuando Sofía abrió un ojo ya eran pasadas las ocho de la mañana. Estaba tan cómoda que no quería moverse ni un solo centímetro de su lugar, hace mucho tiempo que no se sentía así de bien. Inspiró hondo y pudo sentir el perfume masculino de su acompañante en la cama.

Sabía quién estaba con ella, recordaba perfectamente la noche anterior. Había bebido mucho, pero recordaba todo lo que Alex había hecho por ella y que él se había quedado ahí a su lado a petición de ella.

No quería moverse, no quería romper el contacto con su pecho y los latidos del corazón de Alex que eran como una canción de cuna para ella. Suspiró hondo y volvió a cerrar los ojos. Alex se movió un poco, pero siguió dormido, abrazado a ella.

Era extraño estar ahí con él como si el tiempo no hubiera pasado, como si siguieran siendo los amigos de la infancia.

Alex se movió y abrió los ojos. Miró la hora en su reloj de pulsera y vio que ya eran más de las ocho de la mañana. Se había quedado profundamente dormido, él siempre madrugaba aunque no tuviera nada que hacer. Pero al estar ahí, durmiendo con Sofía a su lado, le había hecho perder la noción del tiempo.

Comenzó a moverse despacio, tratando de romper el contacto sin que ella se despertara. Pero Sofía ya estaba despierta y, aunque le encantaba la idea de permanecer en la cama abrazada a Alex todo el día, sabía que eso no podría ser.

—¿Qué hora es? —dijo ella con la voz adormilada y quitando la mano de la cintura de Alex, él sintió de inmediato la falta de su toque.

—Más de las ocho. —Alex se incorporó en la cama y ella se apartó de su lado mirando su rostro y sus ojos que lucían adormilados.

—Lo siento, no quise despertarte —se disculpó él.

—No te preocupes.

—Me voy a duchar, tú sigue durmiendo. —Él comenzó a caminar hasta la puerta cuando ella lo detuvo con una pregunta:

—¿Sigue en pie tu oferta? —Él la miró confundido—. La de llevarme

a visitar a mi madre.

—Claro. Te llevo cuando quieras.

—Quiero ir hoy.

—Bien, me ducho y preparo algo para desayunar, luego nos vamos.

—Gracias.

Alex asintió con la cabeza y salió de la habitación de Sofía mientras ella se volvía a hundir en su cama y sonreía como una niña traviesa y no tenía ni la menor idea de por qué se comportaba así.

Cerró los ojos por un instante, quería dormir otro poco, pero no lo logró. Extrañaba la calidez del cuerpo de Alex en su cama, el ritmo de los latidos de su corazón... Pero, ¿en qué estaba pensando?

Se sentó de golpe en la cama y bebió el poco de *Ginger Ale* que quedaba en el vaso que estaba en su mesa de noche. Su corazón volvió a latir fuerte al recordar ese gesto por parte de Alex. Él había estado ahí para ella como cuando eran niños y su amistad era inquebrantable. ¿Sería posible retomar aquella amistad luego de pasado tanto tiempo? Se preguntó.

Escuchó que Alex salía del baño, así es que ella se puso su bata y salió de la habitación caminando hasta el cuarto de baño para tomar una ducha que le quitara el poco de alcohol que aún le quedaba en las venas, y de paso, los pensamientos hacia Alexander que la estaban comenzando a asechar.

Dejó que por un buen rato que el agua le golpeará la cabeza. Escuchó que su estómago rugía, y cómo no, si el día anterior solo se había alimentado de una tira de regaliz y vino tinto.

Se fue a su cuarto y se vistió con jeans, botas y una camiseta de color rosa. Secó un poco su cabello y luego entró en la cocina donde Alex ya estaba bebiendo una buena taza de café.

Él vestía un suéter de hilo en tono celeste lo que hacía que sus ojos resaltaran más en su color. Se sonrojó al pensar en la borrachera de la noche anterior y en todo lo que había hecho él por ella.

—¿Quieres algo para comer? —ofreció él mientras ponía delante de ella una taza de café.

—No te preocupes, yo me preparo algo.

Sofía se preparó algo de fruta con yogurt y se sentó frente a Alex. Ambos desayunaban en silencio. Ella no quería levantar la vista por vergüenza. Si bien podía recordar casi todo lo que había dicho y hecho bajo los efectos del vino, no descartaba que algo inapropiado se le hubiera pasado,

así es que ella interrumpió el silencio y dijo:

—Alex... quiero pedirte disculpas por mi estado de anoche. No suelo beber así...

—... ¿Y qué pasó para que lo hicieras? —preguntó él con preocupación.

—Eh... bueno, cosas del trabajo, pero lo que quiero es agradecerte, anoche te quedaste conmigo y perdona por tener que verme vomitar.

—No importa, Sofía, ya te dije que he visto cosas peores.

—Lo sé, pero es que me siento mal, porque apenas si hemos hablado y ya me viste ebria.

Él solo sonrió y siguió bebiendo de su café quitándole importancia al asunto de la noche anterior. Solo pensó que lo bueno de todo era que él había estado al lado de ella para auxiliarla. No quería ni imaginarse a Sofía en ese estado en algún bar con algún desconocido y, al pensar en eso, un escalofrío le fue recorriendo de arriba abajo la espalda.

—Cuando termines de desayunar salimos a casa de tu madre —dijo él levantándose de la silla y llevando su tasa al lavaplatos donde la lavó para luego guardarla.

Ella lo miró, sí que era demasiado ordenado ese hombre.

—Está bien, termino y nos vamos.

Sofía terminó su desayuno y luego tomó su bolso y una chaqueta. Estaba nerviosa, iría a ver a su madre sin avisarle, de seguro a Norma Cassano le daría algo al ver a su hija luego de tanto tiempo, pensó Sofía.

Ya estaba lista y Alex la esperaba afuera de su habitación. Salieron del departamento y subieron al ascensor. Alex apretó el botón para que el aparato los llevara a los estacionamientos.

—¿Vamos a los estacionamientos? —preguntó Sofía confundida.

—Claro. ¿En qué piensas que vamos a ir donde tu madre? —dijo él mostrándole el casco de motocicleta en el que ella no había reparado hasta ese instante—. Ni modo que lo hagamos a pie, Sofía.

Ella abrió mucho los ojos y se dijo que ni loca se subiría a ese monstruo de metal al que Alex llamaba motocicleta. Trató de apretar el tablero del ascensor para que este se detuviera, pero Alex se lo impidió.

—¿Qué pasa, Sofía?

—Déjame bajar. Tú estás loco si piensas que voy a recorrer media ciudad sobre tu moto. Deja, que me bajo en el piso que viene.

—Pero qué tiene, es solo una motocicleta, es como andar en bicicleta.

No me digas que con los años te has vuelto una gallina.

Ella lo miró con furia y su cara se enrojeció de inmediato, a ella nadie la llamaba gallina, menos Alex.

—Yo no soy ninguna gallina, ¿sabes? Lo que pasa es que amo mi vida y he visto varios accidentes en motocicleta, solo eso.

La campanilla del ascensor les indicó a ambos que ya habían llegado hasta el estacionamiento. Sofía no quería dar un paso fuera del receptáculo, pero Alex la tomó por el ante brazo y la sacó del ascensor.

—Podríamos pedir un taxi. ¿Qué te parece? —decía ella mientras que él la guiaba hasta donde estaba estacionada su lustrosa *Harley Davison*.

—Sofía, confía en mí. Nada pasará —dijo él posando ambas manos en sus hombros y mirándola fijamente para transmitirle seguridad.

—¿Lo prometes? ¿Prometes no ir como si estuvieras en una carrera?

—Lo prometo. —Alex hizo una cruz sobre su corazón a forma de juramento— Y ahora ponte el casco para que salgamos pronto de aquí.

Con las manos temblorosas, Sofía se puso el casco que Alex le entregaba, luego él se subió sobre la moto y se quedó mirándola a ella que aún se mantenía de pie a un lado de la máquina.

—Vamos, Sofía. No tengas miedo.

Ella se armó de valor y subió a la motocicleta y luego se aferró fuertemente a la cintura de Alex. Él sonrió ya que le encantaba tener a Sofía así, y pensó que tal vez aquella fuera la única vez que estaría así con ella, así que él feliz con el temor de Sofía a las motocicletas.

Alex hizo rugir el motor de la *Harley* y Sofía apretó más su agarre. Una vez ya en el tráfico, Alex tuvo ganas de acelerar a fondo su máquina, pero se lo había prometido a ella, así es que su velocidad era moderada.

Se estaban alejando de la ciudad, de los grandes edificios y estaban cerca del sector residencial donde se veían hermosas casas con su césped muy verde y pulcramente cortado.

Sofía sentía que su corazón estaba en su garganta. Ya estaba cerca de su destino y se sentía muy nerviosa. ¿Qué diría su madre al verla ahí? Y sobre todo, ¿qué diría su madre por verla ahí y junto a Alex?

Alex detuvo la motocicleta frente a la que fuera la casa de Sofía. A ambos los invadieron recuerdos de la niñez, recuerdos felices y luego algunos tristes como los que invadieron a Alex.

Sofía siguió firmemente sujeta a la cintura de Alex aunque ya hace algunos minutos que la *Harley* se había detenido. Por él la dejaría que

siguiera así toda la vida, pero ella venía a ver a su madre así que tuvo que romper el contacto que tanto le encantaba.

—Listo, hemos llegado sanos y salvos —dijo Alex y ella fue soltándose lentamente de su cintura.

Sofía se quitó el casco y miró hacia el frontis de la casa de su madre. La casa seguía igual que la última vez que estuvo ahí, hace más o menos un año. Se sintió peor al pensar en eso. Tenía a su madre tan cerca y tan abandonada.

Ella se bajó de la motocicleta y se quedó parada a un lado, como pensando en si caminar hasta la puerta de la casa o devolverse por donde vino. Alex vio la indecisión en ella así es que ofreció:

—¿Quieres que te acompañe hasta la puerta?

—Por favor —susurró ella y así comenzó a caminar con Alex a su lado.

Llegaron a la puerta y ella, con su mano temblorosa, tocó el timbre. Ya se estaba preparando para el gran regaño de su madre. Nadie abrió de inmediato la puerta, así es que volvió a tocar nuevamente el timbre, las manos le sudaban y comenzó a mover un pie con impaciencia.

De pronto la puerta se abrió dejando frente a ella a la figura de su madre. Norma Cassano parpadeó un par de veces antes de poder hablar, no podía creer que su hija estuviera ahí ese día. Ella nunca tenía tiempo para visitarla, solo la llamaba una vez a la semana cuando mucho.

—¡Sofía! ¿Qué haces aquí?

—Hola, mamá... ¡Sorpresa! —dijo Sofía con una sonrisa nerviosa.

—Hija, qué bueno es verte. —La señora Cassano alargó sus brazos y Sofía se refugió en ellos fundiéndose en un gran abrazo— Hace tanto que no te no veía, hija. Me haces muy...

La señora Cassano se quedó muda en medio de la frase al ver a un hombre que estaba detrás de su hija. Lo miró un segundo y luego pudo reconocer en él los rasgos de su ex vecino.

—¿Alex? ¿Eres tú?

—Sí, señora Cassano, soy yo.

—¡No lo puedo creer! —dijo la mujer soltando a Sofía y acercándose hacia Alex—. Qué guapo estás, hijo. Pero entren, entren, no se queden afuera.

—Será en otra ocasión, señora Cassano —se disculpó Alex—. Iré a visitar a mis tíos que viven a una cuadra de aquí. De seguro ustedes tienen

mucho de qué hablar. Cuando termines me llamas.

Le dijo a Sofía y se despidió para salir por la puerta. La madre de Sofía la miró risueña y se notaba que quería hacerle mil preguntas.

—Pero, hija, ven. Vamos a la cocina, de seguro quieres beber o comer algo.

Norma Cassano tomó por el brazo a su hija y juntas llegaron a la cocina. Le preparó un jugo que ella se bebió casi de un sorbo, era jugo natural, de esos que solo le quedan ricos a la madre.

—Y bien, Sofía, cuéntame cómo estás. ¿Todo bien en el trabajo?

—Sí, mamá, todo muy bien.

—Qué bueno, hija. Me alegro mucho que en tu trabajo esté todo bien. Y ahora dime... —la señora Cassano hizo una larga pausa y Sofía sabía que la siguiente pregunta sería con respecto a Alex—... ¿Cómo es que llegaste hasta aquí con Alex?

—Es largo de contar, madre —resopló Sofía.

—Pero tenemos tiempo, ¿no? ¿O esta es una de esas visitas de doctor?

—No, mamá. Sé que no he sido una buena hija, que no te vengo a visitar teniéndote tan cerca y me sorprende que me hayas recibido tan bien y no con una regañina de aquellas que me dabas cuando era niña...

—Hija, sé que estás ocupada y es verdad, te he echado mucho de menos, pero entiendo tu trabajo y no te puedo regañar porque estoy feliz de que hoy hayas venido.

—Lo siento, mamá, perdóname. —Sofía abrazó a su madre y comenzó a llorar como cuando era niña y se refugiaba en esos brazos que eran su consuelo.

—No tengo nada que perdonar, hija. Ya estás aquí y eso es lo importante. Pero no te vayas por la tangente y cuéntame, ¿cómo es que Alex y tú se volvieron a encontrar?

—Bueno, no me lo vas a creer, pero fue una gran casualidad y ahora vivimos juntos.

—¡¡¡¿Qué?!!! ¡¿Cómo es eso de que viven juntos?! ¡¿Ya son novios?! ¡¿Cuándo se casan?!

—Ay, mamá, bájale al volumen —dijo Sofía cubriendo sus oídos.

—¡Cómo quieres que no grite si estoy feliz de que tengas novio! ¡Y además es Alex! Yo siempre supe que ese chico estaba loco por ti...

—... No, madre, no es lo que piensas.

—Pero si me acabas de decir que...

—... Que vivimos juntos, sí, pero no como novios como tú crees, solo somos compañeros de departamento.

Sofía se dio a la tarea de explicarle a su madre cómo es que Alex había llegado otra vez a su vida y cuál era la relación entre ellos.

—Vaya, no puedo creer que el destino los volviera a juntar, yo creo que eso es un presagio, hija. Una señal.

—Ningún presagio, mamá. No te armes películas, ¿quieres?

—Ah, bueno, no me puedes culpar por querer que mi hija se case. Y mira que Alex está de muy buen ver. Además, lo último que supe por su madre antes que se fuera del barrio es que él es médico, entonces yo creo...

—No, mamá, con Alex nada, ¿está bien?

La señora Cassano no siguió insistiendo en emparejar a su hija, aunque por dentro pedía al cielo que, de ese reencuentro de los amigos de infancia, naciera el amor.

Sofía disfrutó de la comida casera y de la sazón de su madre. Tenía que reconocer que la extrañaba mucho, y a cada minuto se regañaba mentalmente por no visitarla tan seguido, pero desde ese día ella se prometió que volvería a su casa más a menudo.

Ya estaba atardeciendo cuando Sofía le envió un mensaje a Alex para que pasara por ella. Aunque no quería dejar a su madre tenía que irse, necesitaba ir a su departamento y concentrarse en lo que la esperaba al día siguiente.

Tenía que enfrentar a su jefe, tal vez enfrentar un despido y eso necesitaba que ella estuviera muy descansada.

—Adiós, mamá. —Se despidió Sofía con un fuerte abrazo.

—Adiós, hija, cuídate mucho, ¿quieres?

Sofía asintió con la cabeza, luego su madre se despidió de Alex. Sofía se montó en la motocicleta y Alex arrancó la máquina. Ahora Sofía disfrutó mucho más el viaje. Observó el atardecer antes de entrar en la selva de cemento.

Ya estaban en el edificio y ambos se bajaron de la motocicleta para luego subir por el ascensor hasta su piso. Sofía se mantenía en silencio, pensativa, Alex solo la miraba, la notaba muy extraña.

Entraron al departamento y Alex cerró la puerta a su espalda, vio a Sofía caminar unos pasos en dirección a su dormitorio y la interrumpió con una pregunta:

—Sofía, ¿estás bien?

Ella se giró y se quedó parada mirándolo fijamente. Tragó un nudo que en ese instante se formaba en su garganta. Dio un paso y luego otro y al final unos pasos más rápidos hasta que llegó donde estaba Alex y lo abrazó con toda la fuerza que cabía en su cuerpo. Se hundió en su pecho, no quería llorar, pero le estaba costando demasiado contener las lágrimas.

—Gracias, Alex —dijo ella con la voz llorosa.

—¿Por qué? —preguntó él mientras la cubría con sus brazos.

—Por estar hoy conmigo. Por acompañarme, gracias por eso.

—No es nada, Sofía.

Ella se apartó para verlo a los ojos, se empujó sobre sus puntas de pie y le besó suavemente la mejilla.

Luego se separó de él y con un “buenas noches” se fue a su cuarto dejando solo a un Alex cuyo corazón parecía haber corrido una maratón de diez kilómetros.

Diecisiete

Eran las ocho de la mañana del día lunes y Sofía ya caminaba por la calle con destino a su trabajo. Iba nerviosa pensando en lo que le tocaría enfrentar. En su mente llevaba todas las palabras que le diría a Joel. Todos los códigos con los cuales contraatacaría en caso de que a él se le ocurriera la genial idea de despedirla.

Antes de entrar a su edificio dijo una especie de plegaria cerrando los ojos y apretándolos fuertemente, como si así, todo lo malo que sentía, fuera a desaparecer. Respiró profundamente y luego entró en el edificio para ir hasta el piso de la firma.

Caminó por el pasillo que la llevaba hasta su oficina. Miró nerviosa la oficina de Joel, pero todo estaba apagado, señal de que él aún no aparecía por el lugar.

Se sentó en su silla de cuero negro y comenzó a revisar algunas carpetas que estaban sobre el escritorio. Todos eran casos que ya tenía casi resueltos, así es que volvió a darles una última vista y los dejó ordenados uno sobre otro en el escritorio.

Estaba nerviosa, ya habían pasado dos horas desde que había llegado a su trabajo y ni luces de Joel. Salió de su oficina y fue hasta la salita de café desde donde sacó un agua mineral y ahí se enteró de que Joel no llegaría hasta más tarde, ya que estaba en tribunales atendiendo un caso muy importante.

Sofía se sintió un poco más tranquila, por lo menos no lo vería hasta dentro de un buen rato, pero dentro de ella sabía que eso era solo dilatar el enfrentamiento. ¿No era mejor al mal paso darle prisa?

Volvió a su escritorio, mandó algunos correos, ya pasaban de las doce del día cuando sintió dos golpes en su puerta que estaba abierta.

Joel estaba parado ahí, mirándola con una expresión indescifrable en su rostro.

—Hola, Sofía. ¿Me acompañas a mi oficina, por favor? —Pidió él

nervioso esperando una buena reacción de parte de ella.

—De inmediato. —Fue la respuesta de Sofía. Con la voz cortante, distante y claramente enfadada.

Sofía se levantó de su silla y caminó hasta llegar a la puerta donde Joel no se había movido ni un solo centímetro.

Caminaron juntos por el pasillo hasta llegar a la oficina de Joel. Sofía entró en la oficina, él entró después de ella cerrando la puerta a su espalda. Joel rodeó el escritorio y se sentó en su silla ejecutiva, mientras que Sofía se mantuvo de pie frente al escritorio.

—Toma asiento, Sofía —dijo él con voz calmada

—No, gracias, estoy muy bien así —respondió ella cruzando sus brazos sobre su pecho.

Joel la miró directo a los ojos verdosos que en ese instante echaban chispas.

—¿Quiero saber qué pasó contigo?

—¿Perdón? —dijo ella elevando un poco el tono de su voz— ¿No debería ser yo quien te hiciera esa pregunta?

—Sofía, el sábado fui por ti a tu habitación y ya no estabas, te habías ido sin mí. —Joel se levantó de su silla, pero no dejó su lugar tras el escritorio.

—¡Claro que me fui sin ti! ¿Qué querías? ¿Qué te esperara muy tranquila luego de lo que hiciste en la recepción del señor Backer?

—Sofía, siento todo lo que pasó, pero...

—¡Pero nada! Me hiciste creer que iríamos a trabajar, te adueñaste de mi trabajo haciéndolo pasar por tuyo, te llevaste todo el reconocimiento del cliente por algo que no hiciste, y para rematar, haces una escena borracho fuera de la puerta de mi habitación en el hotel. Creo que fue demasiado.

Ahora Joel rodeaba el escritorio para estar más cerca de ella. Estiró una mano para acariciarle el rostro, pero ella dio un paso hacia atrás para alejarse de su roce.

—¡Ni se te ocurra tocarme! —dijo ella casi con desprecio.

—Sofía, tú no sabes lo difícil que es para mí tenerte tan cerca y no poder tenerte a la vez.

—Joel, lo que pasó entre nosotros es una historia antigua y al parecer tú no quieres entender eso. Te empeñas en seguir mezclando lo que tuvimos con el trabajo y quedamos en que no sería así.

—Es que no sé qué hacer contigo, Sofía. —Joel se volvió a acercar y

la tomó por un brazo— Dime, ¿es tú no me deseas como yo a ti?

—Dije que no me tocaras. —Sofía se soltó bruscamente del agarre de Joel— Y no, no siento lo mismo que tú, Joel. No te deseo.

Joel sintió que la sangre en sus venas comenzaba a hervir con rabia. No le había gustado escuchar el rechazo de Sofía, a él nadie no le rechazaba.

—No te creo —dijo él de forma socarrona.

—No me interesa si me crees o no, solo quiero que esto se acabe. Si quieres que trabajemos juntos tendrás que quitarte de la cabeza la idea de que pase algo entre nosotros.

—Y si no quiero, ¿qué vas a hacer?

Sofía lo miró con los ojos muy abiertos. No había forma de hacer entrar en razón al hombre que estaba frente a ella. Pensó que, tal vez, el fin de semana Joel había recapacitado sobre su actitud y su obsesión con ella, pero por lo visto él no iba a dar su brazo a torcer.

—Tendrás que despedirme y con una jugosa indemnización.

Ahora era él el que estaba con la boca abierta escuchando lo que decía Sofía. ¿Sería ella capaz de dejar el trabajo? se preguntó. No, de seguro que no, no tenía dónde ir, se dijo confiado.

—Bueno, si sigues con esta actitud no me dejarás otra opción que irme. Además, ¿no has pensado en que podría denunciarte y empezar una demanda por acoso laboral y sexual?

Joel tragó en seco. No se le había pasado por la cabeza que ella lo pudiera acusar de acoso.

—Sofía... no creo... podemos...

—Sí, podemos llevar la fiesta en paz —dijo ella sin dejar que él terminara de hablar, tratando de zanjar la conversación de una vez.

Sofía se giró y comenzó a caminar hasta la puerta, Joel, de dos grandes zancadas llegó a su lado impidiéndole la salida.

—No he dicho que te puedes ir —dijo él muy cerca de su oído lo que hizo que a Sofía le recorriera un escalofrío por la espalda, pero además una gran ira le estaba subiendo por los pies.

—Pero yo me voy. Ya terminamos de hablar —dijo ella empujando a Joel y saliendo de la oficina.

—¡Sofía! —gritó él.

Sofía caminó un par de pasos escuchando cómo su jefe la llamaba, pero de pronto se quedó parada en el pasillo mirando fijamente hacia el frente, no podía creer lo que veía.

Ahí, mirándola y con una sexy sonrisa en la boca, estaba Alex. ¿Qué hacia él en su trabajo? pensó Sofía.

—¿Alex?! —preguntó ella mientras se acercaba a su lado— ¿Qué haces aquí?

—Hola, Sofía. Disculpa que venga así sin avisar a tu trabajo. Te he estado llamando a tu celular, pero no me contestabas. Necesito ir al departamento, pero se me quedó la llave dentro esta mañana y me acabo de dar cuenta, y como tu trabajo me queda de paso...

—¡Sofía! —volvió a gritar Joel saliendo al pasillo donde se encontró con Sofía que estaba hablando con un hombre alto y rubio al que nunca había visto antes.

Alex levantó la vista hacia el hombre que estaba claramente enojado, se notaba en su actitud, en su postura corporal y en su mirada asesina.

—Parece que no es un buen momento —susurró Alex solo para que ella lo escuchara—. No quiero causarte problemas, solo necesito la llave y me iré de inmediato.

Sofía se giró y miró la cara que Joel tenía. Estaba rojo, casi a punto de estallar.

—No te preocupes, solo espera un segundo. —Sofía giró sobre sus talones, caminó en dirección a su oficina pasando por el lado de Joel, pero sin mirarlo.

Entró en su oficina, tomó su bolso y luego salió al pasillo.

—Sofía... ¿Qué estás haciendo? —preguntó Joel cuando la vio con el bolso colgando de su hombro.

—Me estoy tomando el resto del día libre. ¿Algún problema con eso? —preguntó ella mirando a Joel y elevando una de sus cejas.

—Pero...

—Adiós —dijo ella y él la vio marcharse junto a Alex lo que lo llenó de más rabia si era posible.

Joel volvió a su oficina cerrando su puerta con un gran portazo, los celos se estaban haciendo cargo de sus emociones. ¿De dónde había salido aquel hombre? Nunca antes lo había visto y ahora llegaba ahí como si nada y se llevaba a Sofía solo con decirle un par de palabras. ¿Sería que ahora ella tenía novio y él no se había enterado de nada? No, eso no podía ser, de seguro se trataba de algún nuevo cliente que la había contratado. Sí, eso debía ser, se dijo para sus adentros y de paso se llamó a la calma. No podía pensar que, cada hombre que estaba cerca de Sofía, tuviera una relación con ella.

Frustrado se dejó caer de golpe en su silla pensando en qué hacer con Sofía y con el enfermizo deseo que lo estaba carcomiendo por dentro.

Alex trataba de seguirle el paso a Sofía quien caminaba muy rápido y a paso firme por la acera haciendo resonar sus altísimos tacones. A él le sorprendió que ella pudiera hacer eso con tal maestría y sin lesionarse un pie.

Tuvo que dar un par de zancadas más largas hasta que al fin la tuvo a su lado. Se notaba molesta y algo murmuraba entre labios mientras caminaba.

—¿Es que acaso te vienen persiguiendo? —preguntó Alex sacándola de sus pensamientos.

—¿Qué?

—Que si vienes arrancando de algo o de alguien.

—¿Por qué preguntas eso?

—Porque, desde que salimos de tu oficina, caminas como si te persiguiera un asesino en serie. ¿Pasa algo malo para que estés así?

—No, nada. Solo es idea tuya.

Sofía bajó un poco el ritmo de su paso. Con la rabia que traía luego de la conversación con Joel, no se había fijado lo rápido que caminaba por las calles de la ciudad.

Lo que quedaba de camino ambos lo hicieron en un silencio total. Subieron hasta el ascensor y luego llegaron hasta el departamento.

—Sofía, no quería causarte problemas en el trabajo, menos con tu novio —dijo Alex lo que hizo que Sofía casi se engrifara y lo mirara con los ojos muy abiertos.

—¿Novio? ¿Qué novio?

—El hombre que te llamaba con tanta vehemencia y que casi me fulminó con la mirada cuando te fuiste de la oficina conmigo.

Sofía se sonrojó, no quería contarle sus intimidades y la estupidez que había cometido con Joel a Alex, sobre todo a él.

—Te equivocas, él no es mi novio —dijo tragando en seco y comenzando a caminar hasta la cocina. Él la siguió

—Pero lo fueron —aseveró él.

—No, te equivocas otra vez. ¿Qué te hace pensar eso? —Sofía sacó una botella de agua desde la nevera y comenzó a beberla de golpe. De pronto la conversación se había vuelto muy incómoda para ella.

—Bueno, no sé, la forma en la que te miraba, tal vez—dijo Alex y no

puedo evitar que aquella frase sonara con un toque de celos.

—No, nada que ver, Joel es mi jefe, ¿entendiste? ¡Mi jefe!

Sofía estaba demasiado ofuscada, Alex podía leerla bien y presentía que algo había pasado con su jefe y que por eso estaba muy molesta. Pero de todo lo que ella había dicho, lo que más le había gustado oír, era que ese tipo, el tal Joel, no tenía nada que ver con ella en el aspecto sentimental y no supo por qué una sensación de alivio lo inundó por completo.

Sofía apoyó las manos en la mesada y respiró hondo un par de veces, debía calmarse, no debía permitir que la rabia contra Joel la afectara de aquella manera.

—¿Quieres que prepare algo para comer? —preguntó Alex al ver que Sofía estaba lejana.

—Sí, excelente idea. Me cambio de ropa y te ayudo —ofreció ella para luego salir de la cocina y caminar hasta su dormitorio.

Rápidamente se sacó la ropa y se la cambió por un par de jeans y una camiseta. Se miró al espejo y a su mente volvieron las palabras de Joel. Recordó cómo se reflejaba en sus ojos una especie de deseo enfermizo por ella.

Solo habían sido un par de noches las compartidas, solo algunas salidas y un par de encamadas. ¿Es qué acaso él no podía pasar página como lo había hecho ella?

Sacudió su cabeza y rogó porque pronto pudiera conseguir un trabajo en otra firma de abogados. Porque de una cosa estaba muy segura, si Joel se seguía comportando de aquella manera con ella, debería renunciar a su trabajo.

Dieciocho

Cuando Sofía entró en la cocina, Alex ya se movía de un lado a otro buscando los ingredientes para preparar el almuerzo. Ella llegó hasta el lavaplatos y se lavó las manos, luego se puso un delantal de cocina y le dijo a Alex:

—Estoy lista, dime en qué te ayudo.

—Haré un estofado, ¿te gusta? —Sofía movió la cabeza afirmativamente mientras la boca ya se le comenzaba a hacer agua— Bien, entonces ayúdame y pica las verduras.

Alex comenzó a preparar la carne mientras buscaba finas hierbas y otros aliños que le dieran sazón al estofado. Sofía comenzó a picar las verduras, tratando de hacerlo a la perfección mientras que de reojo observaba cada movimiento de Alex. Le gustaba verlo cocinar, se veía tan sexy manejando un cuchillo tanto como una cacerola.

Alex tarareaba una vieja canción mientras ella seguía en lo suyo, le encantaba escuchar la voz de Alex, era grave y varonil. Lo volvió a mirar de reojo y eso fue una mala idea.

—¡Maldición! —gritó ella mientras el cuchillo con el que estaba trozando verduras caía al piso haciendo ruido.

—¿Qué pasó? —Alex llegó a su lado y vio que su mano estaba con sangre.

—¡Me corté un dedo! —dijo con aflicción mientras miraba hacia otro lado y Alex la tomaba del antebrazo acercándola hasta el lavamanos.

Él abrió el grifo de agua y dejó que esta se llevara la sangre de la mano de Sofía.

—No es un gran corte —dijo él mirando con detenimiento la herida como un buen doctor—, solo que es en la yema del dedo y esa parte sangra mucho. Toma, ponte esto y haz presión mientras busco algo para curarte.

Alex le pasó un paño de cocina y ella cubrió su dedo y lo mantuvo presionado tal y como él le había indicado. Miró las verduras y las cacerolas

de las cuales ya comenzaba a salir vapor. Se sintió fatal por haber interrumpido la preparación de la comida con su tonto accidente. Había sido una distraída, mirando los movimientos de Alex de reojo... Claro, cómo no se iba a cortar un dedo.

Alex entró en la cocina con una especie de botiquín. Hizo que Sofía se sentara en una de las sillas de la cocina mientras él permanecía de pie frente a ella. Le quitó el paño de la mano y luego observó la herida con cautela. No era un corte muy grande, solo tendría que aplicar algo de desinfectante y poner un vendaje para evitar que la herida se volviera a abrir.

Sofía lo miraba, veía cómo en su entrecejo se formaba una pequeña arruga por la concentración con la que estaba realizando su trabajo.

—Y bien, ¿cuánto tiempo de vida me queda, doctor? —dijo ella con voz dramática.

Él sonrió elevando una de sus comisuras de la boca y a ella el corazón se aceleró en un latido. Tenerlo tan cerca otra vez le había hecho sonrojar. El tacto de sus manos contra su piel la hizo sentir mariposas en el estómago como si fuera una quinceañera otra vez. ¿Qué le estaba pasando? Alex fue poniendo desinfectante en la herida a lo que ella soltó un improperio por lo bajo.

—Bien, ahora te pondré un vendaje pequeño para que no se abra la herida y estarás bien.

—Gracias —dijo Sofía deseando que el contacto no terminara nunca.

—De nada.

—¿No te cansas de ser mi súper héroe?

—¿Qué? —preguntó él mirándola directo a los ojos y ella se estremeció al ver aquella mirada casi gris.

—Eso, que eres mi súper héroe. Primero me cuidas el día que me emborraché y a ahora estás aquí cuidando de mi corte.

—No es nada, Sofía. Solo estaba junto a ti en el momento preciso.

Él se comenzó a girar sobre sus talones para seguir preparando la comida, pero ella lo tomó por una mano y lo detuvo. Alex miró su mano y luego miró el rostro de Sofía que lucía bello como siempre, como a él le gustaba, como la mujer que él amaba.

¿Se estaría imaginando todo? Se preguntó. ¿Se estaría imaginando que Sofía lo estaba tomando por la mano y que ahora se acercaba mucho a él?

—¿Y siempre estarás a mi lado en el momento preciso? —Ahora ella estaba tan cerca de él que si quisiera podría besarla, pero tal vez estaba

leyendo mal las señales, se dijo para sí.

—Sofía...—Alex dio un paso hacia atrás, pero ella dio otro hacia adelante y siguieron a la misma distancia, muy cerca el uno del otro.

—Respóndeme, Alex. ¿Siempre estarás ahí cuando necesite un súper héroe? —Ella se paró sobre las puntas de sus pies y besó suavemente los labios de Alex.

No sabía muy bien qué estaba haciendo, solo que, dentro de ella, nacía un impulso que no podía contener. Un deseo que la dominaba de la cabeza a los pies. Un deseo por Alex que ni ella misma entendía, solo sabía que algo en su interior le gritaba muy fuerte que se dejara llevar.

—¿Y bien? —preguntó ella sobre los labios de Alex.

—¿Cuál era la pregunta? —dijo él embobado, embelesado, excitado con el roce de los labios de Sofía.

—Que si estarás ahí para mí, para salvarme.

—Siempre —dijo él susurrando sobre sus labios. Quería besarla, devorarle la boca, estaba que moría en ese instante por ella—. Y si me dejas, te cuidaré toda la vida.

Alex no aguantó más y besó a Sofía como siempre había deseado. Ya no era el chico adolescente que besaba torpemente a su amiga, ahora era un hombre experimentado que sabía cómo besar a una mujer.

Sofía sintió cómo cada centímetro de su piel se erizaba. Alex la besaba como nunca antes la habían besado en la vida. Era como si miles de fuegos artificiales estallaran a su alrededor y, cuando él comenzó a entrelazar su lengua con la de ella, fue llegar más allá del cielo.

—Sofía... —Alex se apartó de pronto de la boca de Sofía. Ella aún permanecía con los ojos cerrados y con la boca entreabierta como si estuviera pidiendo a gritos que la besara otra vez... ¿Estás segura de esto?

—Nunca he estado tan segura de algo en mi vida. —Ella lo miraba con los ojos adormilados, brillosos, cargados de deseo.

Él la volvió a besar, ahora con más intensidad, Sofía emitió un suave gemido mientras Alex le recorría la espalda con las manos. Él no aguantó más y, tomándola en andas, la llevó hasta su dormitorio.

Alex dejó a Sofía sobre sus pies y ella fue quien tomó la iniciativa y comenzó a quitarle la camiseta para luego pasar suavemente sus manos por el trabajado torso de Alex. Él se estremeció, cerró los ojos y pensó que, si lo que estaba pasando en esa habitación en ese momento era un sueño, pedía al cielo no despertar nunca más.

Sofía se acercó y depositó un beso en el centro de su pecho, ahí donde el corazón del hombre frente a ella, estaba a punto de explotar. Ella no era consciente de las miles de sensaciones que podía provocar en él con el solo roce de las yemas de sus dedos.

Alex tomó la cara de Sofía entre sus manos y se detuvo por un segundo a mirarla fijamente a los ojos, a esos ojos con vetas verdes con los que tantas veces había soñado cuando era un niño.

Sí, tantos sueños con ella cuando era un adolescente y de pronto a su mente vino aquella vez que él la había besado tan torpemente y el rechazo por parte de ella. Pero ahora todo era distinto, ellos eran distintos y ella no lo rechazaría si la volvía a besar. Y así lo hizo, la besó profundamente mientras ella recorría con ambas manos la ancha espalda de Alex.

Sofía estaba extasiada con cada beso, hace mucho que no se sentía de aquella forma tan especial y qué contradictorio que, aquel chico del que había recibido su primer beso en la adolescencia y al que había rechazado, ahora la estuviera elevando a la gloria solo con su boca.

Lentamente, entre besos y gemidos, Alex la fue dejando caer en la cama. Alex le quitó la camiseta y luego comenzó a repartir besos por su vientre. Él podía ver cómo la piel de ella se erizaba con el roce de sus labios contra su piel.

Sofía le acariciaba el cabello mientras su deseo por él aumentaba más y más con cada segundo y roce que pasaba de los labios de Alex.

Ahora él se daba a la tarea de quitarle los jeans a Sofía y, mientras lo hacía, seguía repartiendo húmedos besos en la piel de las piernas de la mujer que se retorció de placer bajo su cuerpo.

Por fin pudo quitar la prenda y se quedó ahí, entre las dos piernas de Sofía contemplando maravillado el cuerpo de ella que lucía un hermoso conjunto de lencería de encaje en tono gris.

Bajó sobre su cuerpo para besarla y ella enrolló sus piernas a su cintura. Él aún no se quitaba los jeans, pero aun así ella podía sentir cómo la dura erección de Alex se presionaba contra su centro de placer.

Ambos gemían y él moría por estar de una vez dentro de ella. Pero así como quería poseerla casi de forma animal, también quería ir muy despacio, disfrutarla, ya que tal vez esta ocasión nunca más se volviera a repetir con ella.

Alex estiró un brazo hasta alcanzar el cajón de la mesa de noche. Desde ahí sacó un preservativo. Besó fugazmente a Sofía en la boca y luego

se apartó de ella para quitarse la ropa que tanto le incomodaba.

Ahora Sofía observaba a Alex que estaba totalmente desnudo frente a ella. Se dio el gusto de mirarlo de arriba abajo sin sentir ni una pizca de vergüenza, solo disfrutando la vista que se le ofrecía.

Sonrió coqueta y se mordió el labio inferior de solo pensar en lo que se vendría pronto. Alex volvió a su lado y comenzó a besarle lentamente el cuello, deteniéndose en la vena que a ella le latía desbocada.

Luego, entre beso y beso, gemido y gemido, y con una habilidad digna de un experto, Alex le quitó el broche del brasier con una sola mano y a ojos cerrados.

Alex, usando sus dedos, jugó con uno de los pezones erectos y firmes de Sofía, mientras que con su lengua y boca estimulaba el otro haciendo que un fuerte gemido de placer saliera de su boca.

Él se tomó todo el tiempo del mundo jugando con los senos de Sofía. Disfrutando de aquél botón duro que, cada vez que succionaba, hacia gritar de placer a su acompañante en la cama.

Cuando ya tuvo suficiente, de momento, de esa parte de la anatomía de Sofía continuó bajando hasta llegar a su vientre besándolo de a lado a lado, lamiendo y de vez en cuando mordiendo la piel suavemente.

Alex estaba desesperado, solo había una prenda que lo apartaba de la gloria, así que, de un solo tirón sacó la pequeña tanga que llevaba Sofía quien dio un chillido cuando la prenda voló por los aires.

Ahora él besó el interior de los suaves muslos de ella que respiraba con agitación anticipando lo que venía. El roce de la barba de Alex sobre la suave piel del interior de los muslos de Sofía era un estímulo más para ella que empezó a arquear la espalda cuando él comenzó a acercarse más y más a su intimidad que ya estaba húmeda y preparada para él.

Con su lengua él comenzó a disfrutar de Sofía mientras que ella hundía sus manos en el pelo de él dando pequeños tirones que a Alex no le molestaban, más bien le encantaban y excitaban. Sofía estaba perdida en el deseo, sintiendo como si su cuerpo se fuera elevar en cualquier momento de la cama para llegar hasta el cielo y estallar en mil pedazos.

Y así lo hizo cuando Alex no descansó hasta que ella logró un orgasmo que la hizo casi convulsionarse. Sofía cerró los ojos y juraba que podía ver las estrellas del cielo a su alrededor, sí, porque ahí estaba, en el cielo, hasta ahí la había llevado Alex.

Él la miró ahora más excitado que antes. Sofía post orgasmo era más

hermosa si podía ser eso posible. Con sus mejillas sonrojadas, los ojos entrecerrados, la boca hinchada por los besos recibidos y su larga y oscura melena desperdigada sobre las blancas sábanas en la cama. Era como una musa que había salido desde alguna pintura renacentista y lo mejor es que ahora era toda suya.

Se enfundó con rapidez el preservativo y volvió a bajar sobre el cuerpo de ella que lo esperaba ansiosa, deseosa de poder tener ese miembro duro como roca dentro de ella.

Alex fue entrando lentamente en ella quien lo recibió con un sensual gemido. Él se quedó quieto por un instante, disfrutando del momento, alargando lo que más pudo aquel instante de esa primera unión entre ambos, hasta que se rindió al placer que estar dentro de Sofía le estaba provocando.

Él se fue moviendo lento, entrando y saliendo de ella con suavidad. Sofía estaba muriendo de placer, podía sentir que su piel se quemaba por el deseo que sentía, y cada vez que Alex entraba en ella, Sofía alzaba las caderas para encontrarlo y así lograr un mayor placer para ambos.

Alex trató de llevar un ritmo pausado, pero le fue imposible. Sofía se removía bajo él y eso hizo que se descontrolara y se dejara llevar por un instinto casi animal.

La tomó con un poco de rudeza sin dejar de besarle los senos y el cuello mientras le susurraba al oído frases cargadas de deseo.

Ella recibió cada embestida gustosa, ya podía sentir dentro de ella el nacimiento de un nuevo orgasmo.

Él estaba en la gloria, siempre había soñado con hacerle el amor a Sofía y nunca pensó que la vida le diera la oportunidad de tenerla en su cama luego de cómo lo rechazó en su juventud.

Ambos ya estaban cerca de tocar el cielo, lo podían sentir en su interior donde se estaba formando el orgasmo que pronto estallaría. Una embestida más rápida por parte de él, una embestida más fuerte, hizo que ambos llegaran a ese punto sin retorno donde el placer era máximo.

Alex cayó sobre el cuerpo de ella, casi sin fuerzas, con la respiración agitada, jadeando cerca del oído de Sofía. A ella le encantaba escuchar su respiración, cerró los ojos y con sus manos comenzó a acariciar el cabello de Alex lo que hizo que él se fuera relajando más y más.

Él salió de ella y se movió hacia un lado para no asfixiarla con su peso, no sin antes besar largamente a Sofía en su boca carnosa que lo invitaba a pecar nuevamente.

Ambos se quedaron en silencio. Ninguno de los dos quería romper el mágico momento lleno de caricias luego del clímax.

Ella se giró acostándose sobre su estómago mientras que él se mantenía de costado y con sus dedos comenzó a acariciar de arriba abajo la suave espalda de Sofía. Con esas caricias él se fue relajando más y más hasta que no pudo aguantar y cerró los ojos quedándose dormido.

Sofía no pudo dormir, aunque estaba exhausta luego de haber tenido dos de los mejores orgasmos de su vida. Se quedó mirando a Alex que dormía plácidamente a su lado. Observó con detenimiento sus facciones, los tatuajes que tenía en ambos brazos y su torso trabajado.

Su corazón ya se estaba normalizado en sus latidos y, muy al contrario de lo que hubiera pensado hace unos días atrás, no sintió remordimiento alguno ni arrepentimiento por lo sucedido con Alex. No, porque ella lo deseaba, y aunque había tratado de negarlo con todas sus fuerzas, no pudo seguir mintiéndose a sí misma... Alex le gustaba y se entregó a él sin nada más en qué pensar.

Quién se hubiera imaginado que, luego de tantos años separados, se volverían a encontrar y ahora estaban durmiendo juntos en la misma cama.

Ella siguió mirándolo por un poco rato más hasta que sus párpados se hicieron pesados y el sueño se adueñó de ella.

Diecinueve

Alex despertó de pronto no sabiendo qué hora era. Se quedó mirando el techo y suavemente susurró:

—Sofía. —Pensó que, todo lo que había vivido con ella, tal vez solo se trataba de un sueño.

Se mantenía quieto, mirando el techo como si este le fuera a dar alguna respuesta de lo sucedido. Se dijo que tal vez no había soñado, que de verdad había tenido sexo con Sofía, y que como él se había quedado dormido, ella lo había dejado solo en la cama y de seguro muy arrepentida por lo sucedido entre ellos.

No quería mirar hacia el lado. No quería comprobar que ella, una vez más, lo había rechazado. Se llenó de angustia y se cubrió los ojos con su ante brazo.

De pronto escuchó un leve suspiro a su lado. Giró la cabeza rápidamente y ahí la vio. Ella estaba a su lado, no se había ido como a él se le había pasado por la cabeza y en su interior se sintió inmensamente feliz.

Se acercó a ella y hundió su nariz en la espesa melena de Sofía para oler su aroma. De seguro ella debió de presentir su cercanía porque se removió en la cama y se apegó más a él hasta que quedaron piel con piel.

—¿Qué hora es? —preguntó ella mientras se refugiaba en el pecho de Alex.

—No sé. ¿Importa? —dijo él mientras le tocaba suavemente un hombro.

—Claro qué importa. —Ahora ella elevó un poco la cara y le besó el cuello lo que produjo en él un grato cosquilleo— Muero de hambre. ¿Tú no?

—Un poco. —Alex le dejó un beso húmedo en el hombro seguido de un suave mordisco y luego otro beso.

—¿Pedimos algo? ¿Sushi? ¿Comida china? —preguntó Sofía mientras lo abrazaba con fuerza.

—No.

—¿No? —dijo ella levantándose un poco lo que él aprovechó y, en un movimiento rápido, la puso sobre su cuerpo.

—Antes de que termináramos aquí estábamos preparando algo en la cocina, ¿recuerdas? —Ella asintió con la cabeza mientras le acariciaba la incipiente barba que cubría la cara de Alex— Bueno, creo que iré a la cocina y lo terminaré. ¿Qué te parece?

—Me parece genial.

—Bien, entonces iré a terminar y comemos.

—Espera —dijo ella cuando Alex trató de incorporarse y lo detuvo con una mano en el pecho.

—¿Pasa algo?

—Sí —respondió y luego se lanzó a la boca de Alex. Ni ella se reconocía. Ella no actuaba así en la intimidad, pero con él había surgido una necesidad que le era desconocida. Necesitaba besarlo, tocarlo y que él la tocara.

Alex se entregó con el alma al beso que ella pedía. No podía negarle nada a esa mujer, menos cuando lo estaba besando de aquella forma tan ardiente.

Sofía no quería moverse de esa cama aunque el estómago le rugía de hambre. Se sentía tan bien besando a Alex como nunca se había sentido. En ese instante no era la Sofía que se preocupaba por todo, la Sofía preocupada por el qué dirán. Estaba con Alex en la cama y se sentía tan cómoda como si ya hubiera estado antes con él.

—Sofía —dijo él mientras ella pasaba de besar su boca a recorrer su cuello—, creo que primero deberíamos comer algo... En serio.

Dijo él sonriendo mientras su estómago reclamaba ser alimentado. Sofía lo besó fugazmente y luego dejó que él se levantara de la cama. Él se puso los jeans y salió de la habitación dejando a Sofía en la cama.

Ella sonreía como una niña traviesa, no podía creer lo que había hecho, pero no se arrepentía de nada, estar con Alex había sido la mejor experiencia de su vida. Cerró los ojos y se mordió el labio inferior rememorando en su cabeza algunas escenas de lo que Alex había hecho con ella.

Se giró en la cama extrañando al hombre que había estado ahí hace solo unos segundos. Vio la camiseta de Alex tirada en el piso, se levantó de la cama y se vistió solo con esa prenda. Descalza llegó a la cocina que olía

increíble con el aroma que salía desde la cacerola que Alex tenía en el fuego.

Él la vio usando su camiseta y le pareció que era la mujer más sexy del planeta y no pudo evitar sentir deseos de poseerla otra vez.

—Esto huele muy bien —dijo ella acercándose hasta él junto a la mesada.

—Sí, y espero que sepa igual que como huele.

—De seguro que sí —dijo ella y comenzó a moverse por la cocina buscando todo para que ambos se sentaran a comer.

Alex la miraba de reojo. Ella se empinaba y la camiseta subía un poco, se agachaba y sus glúteos se marcaban a través de la bendita prenda que él, en ese instante, solo quería quitarle, pero debía esperar, quería que ella se alimentara y él también debía recuperar fuerzas.

Él sirvió los platos y dejó uno frente a Sofía que cerró los ojos al inspirar el exquisito aroma de la comida, y sin decir nada más, ambos comenzaron a comer.

—Esto está realmente bueno —dijo ella con la boca llena. Alex la miró y solo sonrió.

De pronto fueron interrumpidos por el sonido del teléfono móvil de Alex. Él se acercó hasta el mueble de entrada de la cocina y vio en la pantalla que era su amigo Erick quien lo llamaba.

—Dime —dijo volviendo a su asiento frente a Sofía.

—Hola, amigo. Te llamo para confirmar lo del viaje.

—Está bien —dijo Alex con un poco de desgano—. ¿A dónde esta vez?

—Francia... Tienes a seis amigos que quieren ir a *Brevent*. Sales mañana.

Alex tragó en seco el nudo que se había formado en su garganta. Apenas si había vuelto a recuperar a Sofía y ya tendría que partir fuera del país, a kilómetros de ella por lo menos por una semana.

—¿A qué hora tengo que juntarme con ellos? —La voz de Alex había cambiado, estaba serio y Sofía se había dado cuenta. Algo le estaban diciendo por teléfono que a él no le estaba gustando nada de nada.

—El vuelo sale a las diez de la mañana. Te esperaran temprano en la oficina y de ahí el transporte los llevará a todos hasta el aeropuerto.

—Bien, ahí estaré. Adiós.

Alex cortó la llamada y dejó el teléfono a un lado de su plato y siguió comiendo en completo en silencio.

—¿Todo bien? —preguntó Sofía quien notó que la llamada recibida le había cambiado notoriamente el humor a Alex.

—Sí, todo bien.

—Pues no lo parece.

—Es solo algo de trabajo, Sofía.

—¿Entonces pasó algo malo en tu trabajo? —preguntó ella preocupada.

—No, es solo que tengo que hacer un viaje por trabajo. Ya sabes que mi empresa es de deportes extremos y tenemos que viajar seguido.

—¿Y a dónde tienes que viajar?

—A Francia.

—Wow... Francia, maravilloso. Yo estaría feliz de viajar a Francia. ¿Y cuándo es tu viaje?

—Mañana —dijo él con la mirada baja mientras que ella lo miraba con los ojos muy abiertos en sorpresa.

Pero no podía decir nada. Solo había sido una noche entre ambos, aunque en ella había nacido algo en su interior que no podía descifrar muy bien qué era, no podía decir que a él le pasara lo mismo. Además, cada uno tenía una vida ya hecha y la de Alex era viajar por el mundo.

—Vaya... Y supongo que saldrás temprano.

—Sí, tengo que llevar a un grupo a Francia que quiere hacer *Winfly*. Estaré fuera más o menos por una semana.

Ella ni siquiera reparó en el extraño nombre que él había dicho. Solo pensó que no lo vería por unos cuantos días. Ya sentía nostalgia por la partida de Alex y se sintió muy estúpida por pensar de esa manera.

Ambos terminaron de comer y Sofía se ofreció a lavar los platos mientras Alex iba a su cuarto a preparar la mochila para el viaje que emprendería al día siguiente.

Cuando Sofía llegó a la puerta de la habitación de Alex vio que él metía cosas dentro de una gran mochila. Se quedó parada en la puerta sin decir nada, solo observaba a aquel hombre que estaba desnudo de la cintura para arriba mientras él no notaba su presencia.

De pronto Alex se giró y la vio parada ahí, con su camiseta y se dijo que, de seguro esos días en Francia, serían una real tortura pensando ella. Luego de verla desnuda y de estar dentro de ella iba a ser imposible que Sofía saliera un segundo de su mente.

—¿Necesitas ayuda? —ofreció ella dando un paso dentro de la habitación.

—No, ya tengo todo listo. Gracias.

Sofía se acercó hasta donde estaba él y lo miró fijamente a los ojos, él le sostuvo la mirada. Ella, sin poder contener más sus impulsos, se lanzó a su boca y comenzó a besarlo como si no hubiera mañana.

Él respondió gustoso aquella invitación que ella tan efusivamente le hacía. Fue así como nuevamente cayeron en la cama de Alex y él le volvió a hacer el amor, pero esta vez, con un poco más de desenfreno.

Ambos dormían abrazados, entrelazando sus piernas y cada cual soñando con el otro. Aquél plácido sueño fue interrumpido por la alarma del despertador de Alex. Él se movió lentamente tratando de no despertar a Sofía, pero ella ya estaba despierta.

—¿Qué hora es? —preguntó ella con los ojos adormilados.

—Las seis de la mañana. Sigue durmiendo, voy a ducharme. —Él le besó la cabeza y se levantó de la cama, mientras ella se acomodaba otra vez entre las sábanas.

—Alex —dijo ella antes de que él saliera del dormitorio.

—¿Si?

—No te vayas sin despedirte, ¿quieres? Despiértame si me quedo dormida.

—Claro —dijo él y se fue a la ducha.

Luego él volvió a vestirse y miraba cómo Sofía dormía tranquila en su cama. Le encantaría poder detener el tiempo, quedarse con ella ahí toda una semana sin salir de la cama.

Tomó su teléfono móvil y le sacó una fotografía. Aquella imagen sería su compañía mientras pasaba los días en la montaña.

Una vez que ya estuvo listo se acercó a la cama y le acarició una mejilla a Sofía y ella lentamente abrió los ojos.

—Me tengo que ir —dijo casi en un susurro—. Sigue durmiendo, aún es temprano para ti.

—Espero que todo salga bien en Francia —dijo ella incorporándose en la cama y quedando desnuda ante él.

Alex tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para no quitarse la ropa y entrar con ella en la cama otra vez.

Ella tomó el rostro de él entre sus manos y luego lo besó de tal forma que él la recordara en los días que estarían alejados.

La hora llegó y él se apartó de ella sin muchas ganas de hacerlo, pero trabajo era trabajo y debía partir.

—Adiós, Sofía.

—Adiós, Alex. Cuídate, ¿quieres?

Él asintió con la cabeza y salió de la habitación. Luego ella escuchó el sonido de la puerta al cerrarse.

Él se había ido solo hace unos segundos y ella ya lo extrañaba.

Veinte

Sofía entró en el piso de su trabajo y lo hacía con una enorme sonrisa en la cara. Saludó a quien se le cruzó por el camino hasta que llegó a su oficina. La secretaria le comunicó que tenía que ir a la sala de juntas ya que Joel había citado a reunión esa mañana.

Ella dejó su bolso y su abrigo en el perchero y salió rumbo a la sala de juntas. Ahí ya estaban la mayoría de los abogados y estaba Joel quien se quedó mirándola fijamente cuando la vio entrar.

Sofía lucía hermosa enfundada en un vestido rojo furioso. Ella dijo un “buenos días” en general y tomó asiento lo más alejada de él. Joel se fijó que algo nuevo había en ella, algo había cambiado. Su mirada estaba brillante y tenía un leve rubor que le besaba suavemente las mejillas.

No tenía nada que ver con la mujer furiosa que lo dejó hablando solo el día anterior. Ahora estaba radiante y destilando sensualidad por todos los poros de su piel.

Joel trató de concentrarse y no mirar a Sofía directamente para no distraerse de lo que decía en la reunión. Ella parecía estar en otro lugar, pensando en algo o en alguien, se dijo él y ese pensamiento lo llenó de rabia.

La reunión terminó y todos comenzaron a salir del lugar. Sofía estaba por dar un paso para acercarse a la puerta cuando, sin darse cuenta, Joel estaba junto a ella.

—Sofía, necesito que te quedes. Tenemos que hablar— dijo él con voz cortante y seria.

Ella lo miró y luego vio a su grupo de compañeros que ya habían abandonado el lugar. Solo quedaban ella y él.

—¿Es de trabajo? Solo hablaré contigo si es de trabajo, Joel.

—Bueno, la verdad, es... Sí, es de trabajo.

—No te creo —dijo ella alejándose un poco del lado de Joel—. Ya dije lo que tenía que decir. Si me vas a decir algo sobre trabajo, hablemos, pero si vas a seguir con el temita de que pase algo entre nosotros, no quiero oír ni una sola palabra más.

De seguro que ya todos están hablando de nosotros por lo ocurrido ayer, así es que no quiero dar más que hablar hoy, por favor.

—Sofía, solo quiero pedirte disculpas por mi comportamiento el día de ayer— dijo él para lograr que ella se quedara y lo escuchara—. Sé que mi comportamiento no ha sido el mejor, pero es que yo...

—Joel —dijo ella levantando una mano para que él no siguiera con su discurso—, no hablemos de lo que pasó ayer, solo quiero que no se vuelva a repetir esta conversación. Si me quieres aquí para trabajar no tendré problemas, pero no quiero que sigas con tus insinuaciones, ¿me entiendes?

—No, no te entiendo. No entiendo tu negativa a estar conmigo.

Sofía soltó un fuerte resoplido, no podía creer que, el hombre frente a ella, fuera uno de los mejores abogados de la ciudad y no entendiera algo tan simple como que ella no estaba interesada en él.

—Joel, no puedo hacer nada si tú no quieres entender que yo ya no quiero mantener contigo ninguna relación más que la estrictamente profesional. Eso ya pasó, olvídale.

Él tensó la mandíbula. Estaba visto que Sofía no daría su brazo a torcer. Estaba frustrado y deseando más que nunca a la mujer que estaba frente a él. Pero sabía que no debía presionarla... No lo haría de momento, esperaría la oportunidad perfecta para volver a tenerla y sabía que eso sería pronto ya que se acercaba la cena de aniversario de la firma.

—Bien —dijo aparentando una calma que no tenía—, no volveré a hablar de esto, solo quiero llevar la fiesta en paz.

—Y yo igual —dijo ella, y mirándolo fríamente, salió de la sala de juntas.

Joel soltó una maldición, pero luego se dijo mentalmente que debía tener calma. Estaba actuando muy impulsivamente, casi como un adolescente apasionado por primera vez. Respiró profundamente un par de veces y luego

volvió a su oficina para seguir con su trabajo, a ver si así lograba sacar a Sofía de su mente por un minuto.

Sofía se encontraba sentada tras su escritorio revisando un nuevo caso que le había sido asignado. Estaba enojada por el comportamiento de Joel, pero se dijo que nada lograría empañar lo bien que se sentía ese día.

Pensó en dónde estaría Alex. De seguro recién iría camino a su destino. Cerró los ojos por un segundo y pudo ver su mirada gris y así rememoró otra vez en su mente cómo él le había hecho el amor y sintió que el rubor le cubría el rostro.

De pronto algo pasó por su mente. Alex le había dicho que llevaría a unos clientes a hacer un deporte extremo con un nombre algo extraño. Trató de recordar el nombre de este. ¿Cómo es que se llamaba? Forzó a su mente hasta que logró recordar. *Wingfly*, eso era.

Sintió curiosidad por saber de qué se trataba aquel deporte, así es que entró en internet y tecleó las palabras en su computador.

No podía creer lo que sus ojos veían. ¿Es que acaso Alex estaba loco?

Los hombres que veía se lanzaban al vacío solo con un traje y casco. En las mangas del traje se abrían una especie de alas lo que los hacía parecer ardillas voladoras.

A Sofía la inundó el temor al seguir viendo videos del peligroso deporte extremo donde, los hombres temerarios, pasaban muy cerca de riscos planeando ayudados solo por un par de pequeñas alas de tela.

Tomó su celular y marcó el número de Alex. Quería oírlo, quería saber que estaba bien y tal vez convencerlo de que cancelara aquella travesía tan peligrosa.

La llamada pasó directo a buzón de voz. De seguro Alex estaba ya en el avión y no se podría comunicar con él. Un nudo se le formó en el estómago solo de pensar en él y en que algo le pudiera pasar y se sorprendió de tener aquel pensamiento tan angustiante hacia él.

Trató de ocupar su mente en el trabajo, pero le costó un mundo concentrarse cuando todo lo que pasaba por su cabeza era la imagen de Alex volando como una ardilla y estrellándose contra una montaña.

Así pasó todo su día hasta que llegó la hora de marcharse del trabajo.

Tomó su bolso y salió rápidamente de su oficina. Tomó su móvil y volvió a marcar el número de Alex esperando tener más suerte esta vez, pero no fue así, la llamada volvió a irse a buzón de voz.

Llegó a su departamento y lo primero que hizo fue entrar en el dormitorio de Alex y se sentó en la orilla de su cama. Miró sus cosas y luego soltó un gran suspiro para luego recostarse en la cama donde, solo unas horas antes, habían compartido una noche maravillosa.

—No pensé que estuvieras tan demente —dijo mirando al techo para luego cerrar los ojos y tratar de tranquilizarse. Solo esperaba recibir pronto noticias de Alex.

Mientras tanto en Francia, Alex había llegado hace solo una hora y ya se encontraba instalado en un hotel donde dormiría unas horas, para al día siguiente, emprender el viaje a *Brevent* donde llevaría a seis personas a practicar el *Wingfly*.

Se metió al baño y se dio una buena ducha para sacarse un poco el cansancio del viaje. Luego entró en la cama y revisó su teléfono para encontrarse con dos llamadas perdidas de Sofía.

¿Qué le habría pasado para que lo llamara? Pensó y quiso llamarla de inmediato, pero vio la hora y se contuvo de hacerlo. En Nueva York aún no amanecía y no quería despertarla. Ya la llamaría apenas pudiera.

Buscó en su teléfono la fotografía que le tomara en su cama. Sofía estaba durmiendo plácidamente abrazada a la almohada y sonrió al pensar en ella y en todo lo que había sucedido entre ellos.

Nunca pensó que el destino funcionara de forma tan extraña. Él, que siempre había soñado con ella en su juventud, que le robó un beso y ella lo rechazó hiriéndolo en lo más hondo de su corazón. Él, que ahora estaba en otra etapa de la vida, se la había vuelto a encontrar para solo darse cuenta que ella seguía siendo la dueña de su corazón.

Solo esperaba que, esta vez, todo resultara bien, porque dentro de él había nacido una nueva esperanza. La esperanza de compartir su vida con Sofía.

Veintiuno

Sofía se despertó y revisó su teléfono por si tenía alguna noticia de Alex, pero nada. Estaba desesperada, solo quería escuchar su voz y saber que estaba bien, y de paso, regañarlo un poco y tratar de convencerlo de que no se lanzara de aquella montaña en Francia.

Llegó a su trabajo, y aunque estaba intranquila, se desempeñó muy bien en todas sus labores. Pasado el medio día su móvil sonó de pronto haciéndola saltar en su silla. Ella lo tomó con prisa con la esperanza de que fuera Alex quien llamaba, pero vio en la pantalla que era el nombre de Lidia el que aparecía.

—Hola, amiga —saludó Sofía un poco desanimada.

—Wow. ¿Y a ti qué te pasó ahora?

—Nada, ¿por?

—Por esa voz. Se nota a leguas que algo te pasa.

—Son ideas tuyas, Lidia. Estoy muy bien —dijo Sofía tratando de cambiar su estado ánimo. No tenía ganas de contarle a su amiga lo que la estaba preocupando.

—Sí, claro, pero bueno, no te voy a seguir preguntando porque de seguro no me soltarás ni media palabra por teléfono. Te estoy llamando porque estaba pensando en invitarte a ti a Ana a cenar. Hace rato que no nos vemos. ¿Qué te parece?

—Me parece muy bien —dijo Sofía que extrañaba mucho a sus amigas.—¿Dónde iremos?

—Te mando un mensaje con la dirección. Nos vemos más tarde.
Adiós.

—Nos vemos, amiga. Adiós.

Sofía pensó que, una salida con sus amigas, sería perfecta para ocupar su mente en otra cosa que no fuera Alex. Quería divertirse y relajarse un poco.

Siguió trabajando cuando, sin darse cuenta, ya era hora de dejar el trabajo e ir a juntarse con sus amigas. Salió casi corriendo de su oficina, tan rápido lo hizo, que pasó por el lado de Joel y este solo la vio cuando ya estaba dentro del ascensor y se preguntó qué sería lo que ella tendría que hacer tan urgente para que saliera de ese modo desde su oficina.

¿Es que acaso se iría a juntar con alguien? ¿Con un hombre, quizás? Negó con la cabeza, seguro de que eso no podía ser.

Cuando Sofía llegó a la calle tomó un taxi y le dio al conductor la dirección que Lidia le enviara por mensaje. Marcó en su teléfono una vez más el número de Alex, pero no logró comunicarse con él.

Se dijo para sí que debía tranquilizarse, que sus amigas no podían verla de ese modo, porque no tenía la menor intención de contarles lo que había sucedido con Alex.

Llegó al restaurante y vio a sus amigas en una de las mesas que conversaban muy animadas. Caminó hasta donde ellas se encontraban y las saludó con un beso en la mejilla a cada una.

—¡Sofía, qué alegría verte! —la saludó Lidia mientras su amiga se sentaba a la mesa que habían elegido.

—Sí, Sofía, hace mucho que no te veía —dijo Ana.

—Ay, amigas, es que he estado tan ocupada, con mucho trabajo. —Se excusó Sofía mientras un mesero le traía una bebida igual a las que estaban bebiendo sus amigas.

—¿Solo con trabajo? —preguntó Lidia con una sonrisa pícara en los labios mientras que Sofía se ponía roja como un tomate.

—Sí, solo trabajo, ¿qué más podría ser? —Sofía dio un sorbo a su bebida mientras esquivaba la mirada de Lidia.

—Amiga, vamos, no te hagas la loca y cuéntanos qué tal va tu convivencia con Alex.

—Ay, sí, Sofi —pidió Ana entusiasmada—. Cuéntanos qué tal vas con él. ¿Ya lo has visto desnudo?

—¡Ana! —dijo Sofía volviéndose a sonrojar al recordar el cuerpo desnudo de su compañero de departamento —¿Qué pregunta es esa?

—Sofía, nos mata la curiosidad, anda cuenta ya, no seas mala con tus amigas —pidió Lidia.

En ese instante el móvil de Sofía comenzó a sonar. Ella lo sacó desde su bolso y vio que era Alex quien la llamaba. A toda prisa, y sin importar que sus dos amigas estuvieran ahí presentes, contestó la llamada y comenzó a decir:

—¡Alex, tú de verdad estás loco! ¡¿Cómo se te puede ocurrir ir hasta el otro lado del mundo a buscar la muerte?! —dijo casi de corrido y un poco alto.

—Sofía...Sofía, no te oigo bien —decía Alex al otro lado del teléfono que solo oía los reclamos de la mujer sin entender muy bien qué sucedía.

—¡Te he estado llamando, no me contestas. Alex, no vayas a esa montaña, por favor...!

—...Sofía no te oigo muy bien, tengo mala recepción aquí, te volveré a llamar apenas pueda...

—¡Alex, no! ¡Alex, escucha! —y eso fue lo último que ella dijo ya que Alex había cortado la llamada.

Sofía se quedó mirando el móvil esperando a que este volviera a sonar, pero no fue así.

—Por favor, suena. Por favor, vuelve a llamar. Por favor... —rogaba ella.

Levantó la vista y se encontró con sus dos amigas que la miraban con los ojos muy abiertos y de seguro querrían una explicación de aquella escena.

—Por todos los cielos, ¿qué fue eso, amiga? —preguntó Lidia asombrada de ver a su amiga actuando de aquella manera tan desesperada.

—¿Qué cosa? —preguntó Sofía, mientras le daba un nuevo sorbo a su bebida para tratar de volver a la calma.

El silencio se hizo en la mesa. Ana y Lidia miraban fijamente a Sofía

mientras esta mantenía sus ojos fijos en el mantel.

—¡Pero, claro! —exclamó Lidia con una amplia sonrisa en sus labios— Eres una gran mentirosa, amiga. Algo pasó entre tú y Alex. Vamos, cuéntanos ya.

—No... no hay nada que contar.

—No sigas mintiendo. ¿Y qué fue todo ese espectáculo que acabas de hacer con la llamada de Alex?

Sofía tragó en seco, no quería contarles a sus amigas lo sucedido con Alex. Aún no sabía bien cómo explicarlo, tampoco sabía hacia dónde iría a parar todo aquello, así que siguió sin hablar.

—Sofía —dijo Ana posando una de sus manos sobre una mano de su amiga— ¿Qué tiene de malo que pase algo entre ustedes? Tú eres soltera, él es soltero, ambos son guapos viviendo bajo el mismo techo, es natural que se atraigan y termine sucediendo algo entre ustedes.

Sofía miró a Lidia y luego a Ana y soltó un suspiro cansino, sabía que no saldría de ese restaurante si no les contaba todo a sus amigas.

—Ah, qué rabia con ustedes, no se les va ni una —dijo ella refunfuñando—. Bueno, sí, Alex y yo tuvimos algo. ¿Están contentas ahora?

—¡Sííí! —dijeron sus amigas a coro con sendas sonrisas en sus labios.

—Dinos, cómo, cuándo y dónde.

—Ni loca. Ya les dije que tuve algo con él y listo, eso es todo, lo demás se lo tendrán que imaginar.

—Ah, qué aguafiestas —se quejó Lidia formando con su boca un puchero—. Pero ahora dinos, por qué actuaste así cuando recibiste la llamada.

—Lo que pasa es que Alex es un loco. Está en Francia para lanzarse de una montaña solo con un traje que tiene unas pequeñas alas, no he podido hablar con él, solo quiero saber si está bien.

La voz de Sofía sonaba muy preocupada, casi al borde de la desesperación.

—Amiga, no te veía así de preocupada desde aquel accidente que Alex tuvo en bicicleta —comentó Lidia y Sofía sintió cómo se oprimía su

corazón en un puño.

—Ay, no digas eso, por favor —dijo Sofía mientras se apretaba levemente el tabique nasal con el de índice y pulgar. Ya estaba bastante preocupada como para que ese mal recuerdo volviera a su mente otra vez.

Hicieron una pausa mientras ordenaban algo de comer, pero Sofía apenas si probó bocado. Sus amigas trataron de subirle el ánimo, diciéndole que todo estaría muy bien y que pronto tendría buenas noticias de Alex. Por lo menos ya había escuchado su voz, aunque solo fuera por un par de segundos.

Cuando la comida terminó, Sofía volvió a su departamento un poco más animada, aunque la ansiedad por oír otra vez la voz de Alexander no cesaba dentro de ella. Se dio una ducha a ver si así sacaba un poco la tensión de su cuerpo, y luego de secar su cabello, se puso la camiseta de Alex que había guardado bajo su almohada.

Así se metió a la cama, esperando que Alex estuviera bien donde fuera que estuviera y que pronto regresara a su lado sano y salvo.

Los días pasaban demasiado lentos para el gusto de Sofía que no lograba estar tranquila.

En la oficina estaba casi siempre de mal humor, ya iba a terminar la semana y no se había logrado comunicar con Alex y pensó lo peor.

Ya no sabiendo qué más hacer llamó a la agencia de Alex, esperando que ahí tuvieran alguna noticia de él.

—Hola —la tranquila voz de Erick se escuchaba al otro lado del teléfono.

—Hola. ¿Habla Erick?

—Sí, soy Erick. ¿Y yo con quién tengo el placer? —dijo él coqueteando a la voz femenina.

—Soy Sofía, la compañera de departamento de Alex.

—Sofía, hola, ¿cómo estás? ¿Puedo ayudarte en algo?

—Sí... bueno... quiero saber si tienes alguna noticia de Alex. He tratado de hablar con él, pero no he podido.

—Alex está en la montaña, la comunicación es pésima.

—Me imagino, pero, ¿sabes si está bien? ¿Cuándo llega?

—Sí, está bien. Ya terminó lo que fue a hacer, así es que creo que debería estar por aquí el martes o miércoles.

—Gracias al cielo —susurró Sofía sintiéndose mucho más tranquila.

—¿Qué cosa? —preguntó Erick que no había entendido lo que ella había dicho.

—Que qué bueno que va a volver pronto. Bueno, no te quito más tiempo. Gracias por la información.

—De nada. Me encanta haber podido ayudarte.

—Adiós, Erick.

—Adiós —se despidió él y cortó la llamada.

Sofía ya estaba más relajada. Podía notar que un peso abandonaba su espalda. Él estaba bien, había dicho su socio y amigo, tenía que confiar en su palabra.

Ahora solo esperaba que él volviera pronto. Unas enormes ganas de verlo se apoderaron de ella y tuvo miedo. Miedo de lo que estaba comenzando a sentir por Alex. No debía ser así. Solo eran amigos y habían pasado una noche juntos, una noche que quizás él no quisiera volver a repetir.

Negó con la cabeza, ya no quería seguir teniendo pensamientos negativos. Se fue a su casa y se durmió pensando en él, y esperando que los días que quedaban para el regreso de Alex, pasaran rápido.

Ya era martes y Alex no había llegado. Ese día Sofía se sentía mal. Sentía como si una gripe la fuera a atacar, además estaba desanimada lo que no la ayudaba mucho. No quería ir al trabajo ese día, así es que llamó a la firma y dijo que estaba muy enferma y que no llegaría a trabajar.

La noticia de que Sofía estaba enferma llegó a los oídos de Joel. Él se preocupó mucho, quería llamarla para ver cómo estaba, pero pensó que de seguro ella no le contestaría la llamada.

Tampoco quería forzar las cosas con ella. Estaba esperanzado en que

todo volviera ser como antes. Que ella bajaría las defensas y volvería a confiar en él, y así la tendría otra vez junto a él, pero tenía que darle tiempo al tiempo, se dijo mentalmente. Con Sofía tendría que hacer un trabajo de paciencia digna de un monje budista si la quería de vuelta en su cama.

Sofía ya había terminado de desayunar y daba vueltas por el departamento. No sabía qué podía hacer para distraer su mente, las ansias estaban haciendo de las suyas con ella.

Se vistió rápido, solo se puso jeans camiseta, chaqueta y zapatillas deportivas. Tomó su bolso y salió del departamento. Tomó un taxi y le dio la dirección de la casa de su madre.

Quería verla. Quería que ella estuviera ahí, sin hacerle preguntas porque de seguro su madre ya sabía las respuestas de antemano. Solo quería beber un jugo y comer una galleta hecha por las manos de su madre, eso le ayudaría a calmar un poco su aflicción.

Llegó a su destino y tocó el timbre. Luego de un par de segundos la puerta se abrió ante ella y su madre la miró sorprendida de que ella estuviera ahí en medio de la semana. Miró los ojos de su hija y supo de inmediato que algo le sucedía.

—Hola, hija —dijo y abrió los brazos para recibir a Sofía que se fundió en un fuerte abrazo con ella.

—Hola, mamá. Disculpa que venga sin avisar, pero...

—Shhh. No importa que vengas sin avisar, esta es tu casa y puedes venir cuando quieras. ¿Me vas a contar lo que pasa?

—Si no te molesta no quiero hablarlo ahora. Solo quiero estar aquí, contigo y que me consientas un poco.

—Bien, entonces vamos a la cocina. ¿Qué te parece si tomamos un té mientras te hago algo de comer?

—Me parece perfecto —respondió Sofía y tomó el brazo de su madre para caminar juntas hasta la cocina.

Sofía se estaba bebiendo una taza de té cuando de pronto miró por la ventana que daba hacia el patio trasero de la casa. Ahí, al fondo del patio, estaba un árbol. Un enorme nogal que ella escalaba cuando era una chiquilla.

—Voy al patio —dijo a su madre mientras dejaba la taza de té en la

mesa para caminar a paso rápido hasta la puerta de salida.

Caminó hasta el árbol, ese árbol que había sido su refugio de niña. A esa copa se subía cuando quería escapar del mundo o para compartir juegos con Alex... Alex, otra vez él venía a su mente y su estómago se volvía un nudo.

Miró hacia arriba las ramas del gran Nogal y unas enormes ganas de subir a lo más alto le atacaron de pronto. Sin pensarlo más comenzó a subir por el tronco del árbol.

Llegó hasta lo más alto que pudo y que las ramas se lo permitieron y se quedó ahí pensando, disfrutando de la paz y serenidad que le brindaba ese espacio.

Respiró profundo y miró al horizonte. La vista era maravillosa, con razón ese había sido su lugar favorito en la niñez. ¿En qué momento había olvidado quién era para convertirse en aquella mujer adicta al trabajo y al orden y que solo soñaba con una gran boda?

Pensó en eso y de inmediato la imagen de Alex le volvió a cruzar por la cabeza. ¿Qué le estaba sucediendo? ¿Por qué Alex había logrado calar tan hondo dentro de ella?

Siguió en el árbol tratando de poner su mente en blanco, de no pensar en nada, solo en el aire tibio que golpeaba su cara. Así se quedó por varios minutos hasta que su madre la llamó a comer.

Se bajó del árbol más tranquila, caminó unos pasos y se giró para volver a mirar el árbol y una sonrisa cruzó su boca. Había sido bueno volver a estar ahí.

Entró en la cocina y su madre la notó más tranquila y eso la alegró. Quería saber qué le pasaba a Sofía, pero sabía que, si ella no le contaba por su propia voluntad, no le sacaría ni media palabra.

—¿Estás mejor? —preguntó madre a hija y Sofía movió la cabeza de forma afirmativa mientras metía un bocado de comida a su boca.

—Qué bueno, hija. Venías con una carita de pena, ¿puedo preguntar qué pasó? ¿Es algo del trabajo?

—No es nada del trabajo, madre. No te preocupes, solo estaba un poco triste, pero ya estoy mucho mejor.

Nada, su madre no lograría nada y la señora Cassano no quería presionarla. Solo esperaba que recurriera a ella cuando necesitara hablar de lo que la apoblemara.

Sofía pasó todo el día en su antigua casa. Ya a media tarde decidió que era hora de volver a su departamento. Pidió un taxi, y despidiéndose de su madre, volvió a la selva de cemento, solo esperaba que al volver hubiera noticias de Alex.

Veintidós

Sofía entró en su departamento y vio que la luz de la sala estaba encendida. Ella no la había dejado así al salir, no que lo recordara.

Una extraña sensación le recorrió el cuerpo de arriba abajo. Su corazón comenzó a latir más rápido, luego vio que una figura alta salía desde la habitación de Alex.

—Sofía —dijo Alex sonriendo mientras que ella lo miraba con los ojos muy abiertos.

Ella sintió que una gran felicidad la embargaba por completo. Nunca antes se había sentido de esa manera. Sus pies parecían mandarse solos y corrió hasta Alex en una rápida carrera para terminar colgándose de su cuello.

—¡Alex! —dijo mientras lo abrazaba con mucha fuerza— ¿Estás bien?

—Sí, muy bien —respondió él mientras hundía su nariz en el cabello de ella.

Sofía se separó del abrazo, lo miró a los ojos, de verdad que lo había extrañado mucho, casi al borde de la desesperación.

—¿Por qué no me llamaste? —preguntó ella mientras se separaba un poco del abrazo y le recriminaba su actitud hundiéndole un dedo en el pecho—. Estuve todos estos días aquí pensando lo peor. Tú sí que eres bien irresponsable con tu vida. ¿Cómo se te ocurre ir al otro lado del mundo a buscar la muerte? De verdad que no te entiendo.

A Alex le causó gracia la forma en que Sofía le estaba recriminando su ida a Francia, se sintió feliz de que ella se preocupara así por él, eso le encantaba.

—Sofía, calma...

—No me digas que me calme, eso es lo peor que le puedes decir a una mujer preocupada.

—¿Así que estabas preocupada por mí? —dijo él mientras la tomaba por la cintura y le dejaba un húmedo beso en el cuello.

—Sí, pero solo un poquito —respondió ella formando con la boca un coqueto puchero.

—¿Solo un poquito? Ah, qué mal —dijo él con una encantadora sonrisa ladina.

—Solo un poco, no te mereces más que eso. ¿Por qué no me llamaste?

—Sofía, traté, lo juro, pero la señal era pésima y una vez en la montaña me fue imposible. Pero ya estoy aquí —dijo él acercándose más a ella sonriéndole ampliamente.

—¿De qué te ríes? —preguntó ella con el ceño fruncido— ¿Es que acaso te parezco graciosa?

—Bueno, solo un poco. Lo que pasa es que nunca pensé que te fueras a preocupar tanto por mí.

Sofía se sonrojó de inmediato. Estaba desnudando sus sentimientos ante un hombre como nunca lo había hecho antes en su vida. Actuaba sin pensar, dejando que, todo lo que sentía en su interior, saliera por su boca.

—Alex, es que creo que tú no le tienes mucho aprecio a la vida, y me parece raro ya que eres médico y juraste salvar vidas.

Vi lo que es el *Wingfly* y casi me da un paro cardíaco. No sé cómo hay gente que pague por hacer eso y locos como tú que los llevan a partes altas a lanzarse solo con un trajecito.

—Sofía, ¿qué es lo más extremo que has hecho en tu vida? Y me refiero a estos últimos años, porque cuando éramos más chicos eras una temeraria.

Ella buscó en sus recuerdos alguna cosa extrema que hubiera hecho, algo tan extremo como lo que hacía Alex, y lo único que encontró fue la vez que se subió a la montaña rusa del parque de diversiones. ¿Eso contaba como deporte extremo?

—Bueno...creo que no he hecho algo tan extremo como lo que haces tú.

—¿Y no te gustaría hacerlo? —preguntó él mientras la tomaba por la

cintura para acercarla a su cuerpo—. Me encantaría que me acompañaras a hacer *bungee*.

Sofía abrió los ojos aterrorizada. Ni loca se lanzaría al vacío atada a un elástico.

—¿Qué?! Estás loco, yo paso.

—Pero irás conmigo —dijo él y luego le besó la comisura de los labios—. Te prometo que es muy seguro y creo que te gustará tanto que luego querrás hacerlo una y otra vez.

—Mejor dejémoslo en que yo me quedo en tierra firme, ¿está bien?

—Bueno, lo dejaremos así... de momento.

Alex la besó en los labios y ella se entregó de inmediato a aquella boca que había estado deseando desde el día en que él se fue de viaje. Todas las preocupaciones en ella se disiparon en ese instante y un enorme deseo la invadió por completo.

El beso se fue intensificando y Alex levantó un poco a Sofía y ella, aprovechó ese movimiento y dándose impulso, enrolló sus piernas a la cintura de Alex.

Así, él comenzó a caminar hasta su habitación y entró en ella para luego poner a Sofía sobre su cama. Se amaron con locura, con todo el deseo y las ganas que estaban contenidas desde hace más de una semana.

Se quedaron abrazados en la cama, ambos con la respiración agitada y el corazón palpitando a mil luego de haber llegado a la gloria. Sofía estaba encantada entre los brazos de Alex, le gustaba sentir su piel junto a la de ella, adoraba que él la besara de aquella manera que solo él podía hacerlo... Cada día le gustaba más este hombre y al pensar en eso sintió como si muchas mariposas revolotearan en su estómago.

Alex también estaba disfrutando aquella situación que se había dado de forma tan natural entre los dos y que esperaba no se acabara nunca. Él amaba a Sofía, aunque no se lo diría de momento, no quería que ella saliera corriendo espantada como hace años atrás. Se moría por gritárselo a la cara, por gritarle al mundo entero todo lo que tenía muy guardado dentro de sí. Ya llegaría el momento, se repetía mentalmente una y otra vez, antes tenía que estar seguro de que ella sintiera lo mismo por él.

Al día siguiente la alarma del despertador de Alex los sacó a ambos del plácido sueño en el que estaban. Él alargó el brazo para acallar el molesto ruido y ella se removió en la cama y se acurrucó en el pecho de Alex.

Ella no quería separarse, no quería dejar ese lugar donde se sentía fantástica, segura y querida. Pero tenía que volver a la realidad e ir a trabajar ese día.

—¿Quieres que te prepare un café? —ofreció él mientras le dejaba un beso en la cabeza.

—Te lo agradecería mucho. Necesito un buen café antes de ir al trabajo, pero no quiero levantarme —dijo ella mientras se cubría la cabeza con la sábana como una niña pequeña que no quiere ir al colegio.

—Yo no tengo problemas en que te quedes conmigo todo el día en la cama, pero no creo que en tu trabajo les guste mucho que faltes —dijo él mientras le quitaba la sábana de encima para luego besarle repetidamente la mejilla.

—Tienes razón —dijo ella rezongando—. Además, ayer no fui al trabajo, no puedo faltar otro día más.

—¿Y qué pasó ayer, por qué no fuiste al trabajo?

—Nada, solo que no me sentía muy bien —explicó ella escuetamente para no tener que darle la verdadera razón de su malestar—. Pero hoy me siento mucho mejor.

—Qué bien. Entonces en lo que tú te levantas yo te hago un café.

—Gracias —dijo ella para luego darle un dulce beso en la boca a modo de agradecimiento.

Alex se levantó, se vistió con un pantalón deportivo y una camiseta y fue hasta la cocina mientras que Sofía se fue al baño para ducharse.

Estaba feliz, su humor había cambiado notoriamente, si hasta se puso a tararear una canción mientras el agua de la ducha caía sobre su cabeza.

Luego de la ducha se fue a su cuarto y se vistió para trabajar. Se puso una blusa blanca de tela ligera combinada con una falda lápiz color negro y zapatos de altísimo tacón como le gustaba llevar a ella. Se terminó de arreglar

y luego salió de su habitación hasta la cocina.

Cuando Alex la vio, no pudo evitar desearla nuevamente. Aquella falda se apegaba tan bien a la curva de sus caderas, y en conjunto con los tacones de suela roja, la hacían un bombón sexy.

Tragó el nudo que se le había alojado en la garganta, porque ya se estaba imaginando a todos los hombres de la calle mirándola, deseándola y pensar en eso no le había gustado nada.

Se reprimió mentalmente por aquel pensamiento tan animal, pero la verdad era que era un hombre enamorado y no podía evitar sentir celos hasta del aire que osaba jugar con el cabello de Sofía.

Sofía tomó su café mientras hablaban, cuando terminó se despidió de él con un sensual beso húmedo, de esos donde él no se podía controlar y la besaba con mucha pasión, tanta, que ella quedaba con los labios hinchados.

Se despidieron y ella caminó para salir de la cocina. Alex apretó fuertemente sus manos contra la mesada de la cocina mientras veía el vaivén de las caderas de Sofía hasta que ella desapareció de su vista.

Soltó una maldición por lo bajo al imaginarse a Sofía caminando de esa manera por la calle. Aunque una voz en su cabeza le decía que no se preocupara, que ella era solo para él, que así la sentía cuando le hacía el amor... Suya.

Se terminó de beber su café y recordó cómo ella lo había regañado la noche anterior. Sonrió al recordarla enfurruñada y sobre todo su sonrisa era porque presentía que, en aquella relación no estaba remando solo contracorriente. Ahora veía cómo él le importaba a Sofía y eso hizo que su corazón latiera desbocado de la emoción.

Veintitrés

Cuando Sofía puso un pie dentro del piso donde se encontraba su trabajo, lo primero que se le informó fue que el señor Randall había convocado a una reunión de última hora.

Sofía entró en su oficina, dejó su bolso y, caminando con gracia sobre sus altísimos tacones, llegó hasta la sala de juntas donde ya se encontraban sus demás colegas y varios pasantes de la firma.

Joel la miró de arriba abajo y podía sentir que la sangre se le calentaba en las venas. Ella lucía muy sexy con la ajustada falda que llevaba puesta ese día, pero además de eso, había algo en ella que ya unos días que él no lograba descifrar. Algo había cambiado en ella, sus ojos lucían distintos, con un brillo encantador que lo seducía más si eso era posible.

Ella saludó a los demás colegas en la sala, miró a Joel que aún se mantenía mirándola pasmado y se sentó a la enorme mesa de vidrio de la sala de juntas.

—Buenos días —saludó Joel y luego se aclaró la garganta para seguir hablando—. Los cité hoy a esta reunión, que prometo será muy breve, solo es para recordar algunas cosas.

Sofía escuchó atentamente todo lo que Joel decía, pero cada vez que él la miraba a los ojos, ella le esquivaba la mirada.

—Espero que hoy, todos los que van a tribunales, ganen sus casos y los que estén con algo nuevo, ya saben que lo mejor es que se resuelva todo aquí antes de llegar a juicio. Confío en la capacidad de cada uno de ustedes, recuerden que son los mejores, así que no tengo duda de que lo lograrán.

Sin quererlo, Sofía soltó una risita burlona por lo bajo. Joel estaba ahí, hablando y tratando a sus empleados de capaces cuando a ella, hace tan solo unos días atrás, le había dicho que no era tan buena abogada. Todos giraron

su cabeza hacia ella y se la quedaron mirando extrañados.

—¿Algo que quieras decir, Sofía? —le preguntó Joel enarcando una de sus cejas.

—No, nada. Es solo que me acordé de algo muy gracioso, disculpa —dijo ella penetrándolo con la mirada que esta vez no esquivó.

—Lo siguiente a lo que me quiero referir es que pronto se acerca el aniversario de la firma. Ya saben que este año el bufete cumple cincuenta años desde que lo creara mi padre y lo celebraremos con una gran cena en un lugar muy especial.

Les ruego que confirmen su asistencia con la recepcionista que tiene la lista de los empleados. Además, si van a ir con acompañante, deben confirmarlo también. Espero que todos se registren hoy para tener esa información lo antes posible, y bueno... no los entretengo más, ahora pueden volver a su trabajo, eso es todo.

Todos se estaban levantando de sus puestos para abandonar la sala de juntas. Sofía estaba en eso cuando escuchó a Joel decir:

—Sofía, ¿puedo quitarte cinco minutos? —preguntó él y ella soltó un suspiro cansino.

—Claro —respondió ella y se quedó de pie cerca de la puerta.

Él se fue acercando hasta quedar a solo un par de pasos de ella. La miró de arriba abajo descaradamente a lo que ella respondió cruzándose de brazos y poniendo el peso de su cuerpo sobre una de sus caderas.

—Me dijeron que ayer no viniste al trabajo porque estabas enferma. ¿Te encuentras bien?

—Sí, hoy amanecí mucho mejor, gracias.

—Qué bien. Ayer quise llamarte, pero imaginé que no querías que te molestaran.

—Imaginaste bien —respondió ella con un poco de exasperación y molestia, moviendo rápidamente uno de sus pies ya que no sabía para dónde iba esa conversación, no tenía sentido y ella no tenía ganas de hablar con Joel—. Si solo querías preguntar eso, ahora me voy ya que tengo cosas que hacer.

Él no supo qué hacer, ni qué decir. Solo quería estar ahí, parado con ella. Bueno, esa no era la pura verdad, porque él quería tomarla y ponerla sobre la mesa para besarla con locura.

—Solo era eso, puedes volver a tu oficina —dijo y vio cómo Sofía salía de la sala de juntas contoneando las caderas lo que provocó en él una gran excitación.

—¡Qué caminar tiene esa mujer! —exclamó entre dientes y se la imaginó desnuda, lo que produjo que la entrepierna de sus pantalones se tensara al instante.

Se sentó en una silla y tomó un poco de agua fría a ver si así lograba tranquilizar sus instintos.

Mientras tanto Sofía estaba en su oficina, totalmente ignorante de lo que había causado en Joel. Pensaba en la fiesta de aniversario y en que le encantaría que Alex fuera su acompañante. Además, tenía que pensar en qué ponerse para esa ocasión. Quería ir deslumbrante colgada de su brazo y anotó en su agenda que tenía que ir a alguna boutique y encontrar el vestido perfecto.

Ella siguió con su trabajo, tuvo que enviar correos del día anterior y así se puso al día con todo su trabajo en su oficina. No salió a almorzar y pidió algo para comer ahí mismo.

Ya era la hora de irse a casa y ella tomó su bolso y dejó su escritorio. Antes de salir, se detuvo en la recepción para confirmar su asistencia al aniversario de la firma.

—¡Sofía! —dijo la mujer detrás del mesón de recepción— Supongo que vienes a confirmar tu asistencia a la fiesta aniversario. Solo me faltas tú y tres personas más, ya todos han pasado por aquí.

—Sí, justamente vengo a eso.

—Bien, entonces... Sofía Cassano... —dijo la mujer mientras la buscaba en la lista para ponerle un visto.

—Sí, pero quiero que coloques que voy con acompañante—. La recepcionista la miró con los ojos muy abiertos.

—Con... ¿con acompañante? —preguntó con mucha curiosidad— ¿Y se puede saber con quién vas a ir?

—No. Tú solo pon ahí que yo llevo acompañante para que me entreguen mis dos invitaciones.

—Sí, sí, no te preocupes, aquí lo anoto... Sofía más acompañante.

—Gracias. Adiós. —Se despidió Sofía con una sonrisa mientras que la recepcionista se preguntaba quién sería ese acompañante que había aparecido de la nada.

Ella había escuchado rumores de pasillo de que, entre Sofía y el jefe sucedía algo. Si hasta de viaje fuera de la ciudad él se la había llevado hace poco. Entonces, ¿quién acompañaría a Sofía a la fiesta?

En eso estaba pensando cuando Joel llegó hasta la recepción y le preguntó:

—¿Ya tenemos la lista o falta que confirme alguien?

—Está casi lista, señor. Solo quedan un par de personas por confirmar. —Ella extendió la lista a su jefe y este la leyó rápidamente buscando el nombre de Sofía.

Tragó en seco cuando vio que, junto a su nombre, aparecía la frase “más acompañante”. ¿Quién podría ser ese acompañante?

Él sabía que ella era una mujer que vivía sola y que no tenía novio. ¿Es que acaso no se había enterado de algo?

Una oleada de celos se extendió dentro de su cuerpo y ahora entendía el rechazo por parte de ella. Había otro hombre en la vida de Sofía y él tenía que saber quién era.

Alex entraba en el edificio y el conserje lo detuvo para entregarle algo que le había llegado a Sofía. Él lo recibió y luego se subió al ascensor. Una vez dentro del receptáculo miró lo que le había entregado el conserje y vio que era una revista de novias.

¿Es que acaso Sofía pensaba casarse y él no se había enterado? Se preguntó y se imaginó a Sofía con otro hombre llegando al altar y la idea que se formó en su cabeza no le gustó nada.

Entró en el departamento y dejó la revista en la mesa de la sala. Luego fue hasta la cocina a buscar una botella de agua y volvió a la sala para sentarse en el sofá.

Encendió la televisión y de reojo miró la revista de novias. Luego se dio cuenta de que, sobre la mesa, había un montón de revistas en las que nunca había reparado antes, estas estaban ordenadamente apiladas y formaban parte del decorado de la sala.

Se acercó a la mesa y comenzó a sacar una por una las revistas solo para darse cuenta de que también eran revistas de novias. Se preguntó si es que acaso Sofía, además de ser abogada, sería también organizadora de bodas.

Él nunca la había oído hablar de bodas, así que eso era imposible. Entonces, ¿a qué se debía tal obsesión con coleccionar revistas de novias? Miró una vez más las revistas solo para cerciorarse de que no había ni una sola revista de modas o de decoración, todas eran revistas de bodas.

Tomó una y comenzó a hojearla. Luego vio otra y otra. Se detuvo a mirar una que traía un reportaje sobre el día que vivía una novia, desde que se despertaba hasta que llegaba a la fiesta. Soltó una gran carcajada cuando leyó por todo lo que había pasado el pobre novio ese día.

La puerta del departamento se abrió y Sofía escuchó la risa de Alex. Ella sonrió también, la risa de ese hombre era muy contagiosa. Se acercó hasta el sofá donde él estaba y le preguntó:

—¿Qué es lo que te causa tanta gracia?

Él giro la cabeza rápidamente, la miró y solo sonrió. Ella rodeó el sofá y quedó frente a él. Ahí, junto a Alex, estaban sus revistas, sus tesoros, sus deseos, sus sueños más secretos

Se sonrojó de inmediato cuando vio que Alex estaba leyendo todo eso y se sintió descubierta.

—Solo estoy aquí leyendo algo —dijo mostrando una de las revistas— ¿Por qué tienes tantas revistas de novias? Digo, si es que se puede preguntar, claro.

Ella no dijo nada, solo se puso más roja de lo normal. Se acercó a él y le quitó bruscamente la revista que él tenía entre las manos.

—Eso a ti no te importa —dijo molesta y comenzó a juntar todas las revistas que estaban desordenadas sobre la mesa.

—¿Estás molesta? —preguntó él a lo que ella no respondió— Solo

miraba las revistas, no pensé que te enojarías tanto. Discúlpame, sentí curiosidad, eso es todo.

No sabía que pretendías dedicarte al negocio de las bodas —dijo él mientras que ella se quedó quieta por un segundo y lo miró furiosa.

—No son para eso...—espetó con un claro tono de enfado.

Ella logró juntar todas sus revistas y se giró sobre sus talones para caminar a paso rápido en dirección a su dormitorio. Él se levantó de prisa desde el sofá para ir tras ella.

—¿Entonces es que estás planeando tu boda? ¿Es eso? ¿Te vas a casar y no me has dicho nada?

Sofía entró en su habitación y Alex seguía detrás de ella. Ella se sentó en la cama aferrando las revistas a su pecho, como si alguien o algo le fuera a quitar su tesoro más preciado.

¿Qué podía responderle a Alex? ¿Qué pensaría él si ella le dijera que soñaba con tener una gran boda algún día?

—Dímelo, Sofía —exigió él parado frente a ella—. ¿Es que es eso? ¿Estás planeando tu boda?

—Sí... bueno no...—comenzó a balbucear—. La verdad es que... yo... no...yo quiero... Qué vergüenza. Qué vergüenza —susurraba entre labios.

—Sofía. —Él le habló suavemente y se agachó hasta quedar a la altura de su rostro— No tienes de qué avergonzarte. Soy tu amigo, ¿recuerdas?

Sofía levantó la mirada para encontrarse con los ojos cristalinos de Alex. Estaba actuando como una loca, se dijo. Eran solo un par de revistas y un gusto exagerado por las bodas, ¿Qué tenía eso de malo?

—Alex —comenzó a hablar ella con la voz entrecortada—, es una tontería, siento haber reaccionado como una loca...

—No creo que sea solo una tontería...

—Me da una vergüenza enorme hablar de esto. —Ella tomó una honda respiración para poder pronunciar la siguiente frase— Tú conociste a la Sofía traviesa, aquella niña que no le importaba nada y que se trepaba a los

árboles y te gastaba bromas de mal gusto.

Luego conviviste con la Sofía adolescente que era popular en la escuela y que tenía pajaritos en la cabeza. Pero no llegaste a conocer a la chica romántica, a la mujer que le encantan las bodas y que, desde hace algunos años, sueña con la suya.

Llámame loca o como quieras, pero sí, quiero tener una gran boda, con muchos invitados y un gran vestido digno de una reina.

Alex se la quedó mirando sin decir nada. Ella le sostuvo la mirada mientras que su cara se tornaba roja por la vergüenza que sentía de haberle contado sus más escondidos anhelos. Se sintió tonta, indefensa y vulnerable.

—Sofía —dijo Alex poniendo una mano en la rodilla de ella como para reconfortarla. Se dio cuenta que ese tema no era solo un pasatiempo—, lo siento, no debí husmear entre tus cosas y yo creo...

—...Dímelo —pidió ella.

—¿Qué cosa? —preguntó él confundido.

—Que soy una tonta romanticona. Que estoy ya bastante grandecita como para creer en los cuentos de hadas.

Él le quitó las revistas que ella aún mantenía muy aferradas a su pecho, las dejó sobre la cama y luego, tomándola de una mano, hizo que ella se levantara para tenerla frente a frente.

—Escúchame —le dijo mientras le levantaba suavemente el mentón con su mano—, no pienso que seas tonta ni nada de las cosas que dijiste.

—¿Ah, no? —preguntó ella mirándolo tímidamente. Pensó que, luego de que él supiera que ella soñaba con casarse, de seguro que se alejaría de ella horrorizado. Ningún hombre pensaba en el matrimonio con tanto deseo como lo hacía una mujer, para ellos era casi como volver a la esclavitud.

—No —prosiguió él—. Y como te dije, siento mucho haberme inmiscuido en tus cosas, juro que no volverá a suceder.

—Está bien, no sigamos con el tema, ¿quieres?

Él le acarició una de las mejillas, y luego, con su dedo pulgar fue delineando el carnoso labio inferior de Sofía. Ella soltó un suspiro mientras

que él tragó en seco y luego no pudo contenerse más y la besó.

—Bien —dijo él sobre la boca de Sofía—, no seguiremos con el tema. Ahora, yo te quiero hacer una invitación.

—Wow, una invitación. ¿Y a dónde? Supongo que no me invitaras a escalar el Tíbet o algo por el estilo.

—No —dijo él sonriendo ampliamente—. Un amigo inauguró hace unos meses su restaurante y quiero invitarte a cenar. ¿Qué dices?

—¡Sí! —dijo ella entusiasmada—. Me cambio de ropa y nos vamos.

Ella se iba a soltar de los brazos de Alex, pero él la acercó más a él para susurrarle al oído:

—No te quites la falda.

—¿Qué?

—Que no te quites la falda.

—¿Y se puede saber por qué no debo quitarme la falda? —preguntó ella con una sonrisa coqueta mientras que con un dedo le acariciaba lentamente la mandíbula a Alex.

—Sofía, he estado toda la mañana pensando en cómo los hombres en la calle y en tu trabajo te mirarían al pasar con esta falda que se apega tan bien a tus caderas, y así mismo, he estado todo el día pensando en que llegaras pronto para poder tener el privilegio de quitártela.

—Pero qué travieso eres. Por lo menos deja que me cambie la blusa, ¿puedo?

—Bueno, solo la blusa —dijo él y le besó la punta de la nariz— Te espero en la sala, cuando estés lista nos vamos.

Sofía movió la cabeza afirmativamente y fue rápido hasta su armario para buscar algo con que combinar la falda.

Él la llevaría a cenar, estaba feliz de poder salir con él y se sorprendió de pensar eso, pero era la verdad, cada día le gustaba más compartir su tiempo con él. Además, también estaba contenta de que él no la creyera una loca por coleccionar revistas de novias y soñar con el día de su boda.

Se cambió la blusa por un top negro con delicados pabilos, se retocó

el maquillaje y salió de su habitación en busca de Alex y sonrió al pensar que esa sería su primera cita y estaba muy emocionada por eso, pero más ansiosa estaba al recordar las palabras de Alex y sus ganas por quitarle la falda.

Veinticuatro

Alex y Sofía estaban en el ascensor y él apretó el botón del estacionamiento.

—¿Al estacionamiento? —preguntó ella confundida.

—Sí, vamos al estacionamiento —respondió él indicando el botón que había presionado.

—Pero... Alex, ni se te ocurra que me voy a subir a tu moto con esta falda. —Sofía hizo el amago de acercarse al tablero del ascensor, pero él fue más rápido y lo tapó con su cuerpo.

—¿Y quién dijo que vamos a ir en motocicleta?

Las puertas del ascensor se abrieron y Alex salió primero al estacionamiento, tomó la mano de Sofía y tiró de ella para comenzar a caminar hasta que ambos estuvieron parados frente a un *Maserati* bi plaza descapotable de un lustroso color rojo.

—¿Y este auto? —preguntó Sofía mirando fijamente el auto— No me digas que cambiaste tu *Harley* por esta maravilla.

—¡No! ¡Cómo se te puede ocurrir tal cosa! ¡No podría cometer ese sacrilegio! —exclamó él casi horrorizado de la sola idea de cambiar su bella motocicleta por un cuatro ruedas, por más caro y descapotable que este fuera.

—¿Y entonces?

—Este es el auto de Erick, se lo pedí prestado para llevarte a cenar hoy.

Ella sonrió y él le abrió la puerta del copiloto como todo un caballero. Luego, él rodeó el auto y se sentó en el asiento del chofer. Puso el motor en marcha y bajó la capota del auto.

Salieron del estacionamiento y se metieron en el tráfico de la ciudad. En cada luz roja en la que se detenían, la gente miraba el auto. Había hombres que miraban a Sofía y mujeres que miraban descaradamente a Alex y eso a ella no le estaba gustando nada.

Él iba vestido de jeans negro, camisa blanca y una chaqueta de cuero en color marrón oscuro, se veía muy relajado conduciendo el auto, lo que lo hacía totalmente sexy.

Ya estaban fuera del restaurante y Sofía abrió los ojos asombrada cuando vio que Alex la había llevado al restaurante *Le Bernardin*. Este lugar se había inaugurado hace poco y ya era uno de los mejores restaurantes de Nueva York, un cinco estrellas como dirían por ahí, pero además, su especialidad era los productos del mar.

Un hombre le abrió la puerta del auto a Sofía y le extendió la mano para ayudarla a bajar, mientras que Alex hacía lo propio y le entregaba el auto a un aparcador del lugar.

Alex llegó al lado de Sofía y la tomó de una mano para caminar con ella hasta la entrada del lugar.

—¡Alex, este lugar es maravilloso! —dijo ella sorprendida y él solo le guiñó un ojo.

Una mujer se acercó a ellos con una tablet en las manos les dio la bienvenida y les preguntó si los podía ayudar en algo.

—Sí —dijo Alex—. Tengo una reserva a nombre de Alexander James.

La mujer buscó en su tablet el nombre de Alex y luego les dijo:

—Señor James, reserva para dos. Síganme y los llevaré hasta su mesa.

Alex comenzó a caminar siguiendo a la mujer y llevando a Sofía de la mano que no podía de dejar de ver lo maravilloso que era el lugar. Se sentaron a la mesa que estaba ubicada frente a un gran cuadro de pared a pared en forma de una ola de mar.

—¿Te gustó el lugar, Sofía? —preguntó Alex para llamar la atención de ella que estaba abstraída con la belleza del lugar.

—¡Me encantó, Alex! Este lugar es hermoso, nunca había venido aquí y eso que no es muy lejos de casa.

—Me alegro mucho que te gustara ya que te quería impresionar. —Le dijo él sonriendo y elevando una de las comisuras de los labios.

—Ah, pero claro que me has impresionado... y mucho.

—Qué bien, espero que te guste la comida. Este restaurante tiene su especialidad en productos del mar. ¿Tienes alguna preferencia?

—La verdad no. Me gusta de todo y me encanta probar cosas nuevas, así que me dejaré sorprender y dejaré que pidas por mí.

El mesero se acercó para tomar la orden y Sofía escuchó hipnotizada cada palabra que salía de la boca de Alex. Era tan sensual verlo mover la boca pronunciando complicados nombres de vinos y platos de comida.

Les trajeron un delicioso vino blanco que ella saboreó en el paladar, para luego tener ante ellos el caviar *Beluga* que Alex había pedido como primera opción.

—Esto... —dijo ella cerrando los ojos para luego tragar el caviar— es lo mejor que he probado en mi vida.

Ambos siguieron probando las delicias del menú, cuando Sofía vio a un hombre alto, moreno y vestido con un impecable traje azul que caminaba en dirección a su mesa.

—¡Alex, amigo! —dijo el hombre y Alex giró la cabeza— ¿Cómo estás?— Alex se levantó de su silla para recibir el amistoso abrazo del hombre.

—Muy bien, Thom. ¿Y tú?

—Bien. Me dijeron que estabas por aquí y quise venir a saludarte.

Ahora el hombre hablaba con su amigo, pero miraba directamente a Sofía quien se sonrojó de inmediato ante la intensidad de aquella oscura mirada.

—Hola —dijo Thom acercándose a Sofía—. Ya que el maleducado de mi amigo no nos presenta lo hago yo. Soy Thomas Brand, amigo de Alex y dueño de este restaurante.

—Es un gusto —dijo Sofía estirando su mano la cual fue recibida por Thom quien la besó para luego pasar su pulgar haciendo una especie de caricia donde antes había posado sus labios.

Al ver aquella escena, Alex sintió como si un puño se hundiera en su estómago. Thom era su amigo desde hace unos años, era un adicto al deporte aventura y también era un adicto a las mujeres hermosas. Ahora él había puestos sus ojos en Sofía y eso estaba por matar de celos a Alex, quien se llamó mentalmente a la calma para no armar una escena en el elegante restaurante de su amigo.

—¿Los están atendiendo bien? —preguntó Thom a ambos, pero con los ojos fijos en Sofía.

—Sí, muy bien, gracias. Todo ha estado muy delicioso —respondió ella risueña.

—Me alegro.

—Sí, todo ha estado perfecto hasta el momento —intervino Alex para que su amigo quitara los ojos de encima de Sofía.

—Supe que estuviste en *Brevent*. —Ahora Thom cambiaba la mirada hacia Alex— Espero ir pronto por allá. Avísame cuando vuelvas a ir y nos ponemos de acuerdo.

—Sí, claro —dijo Alex con un claro tono de molestia en su voz.

—Pero bueno, los dejaré para que sigan disfrutando de su cena —dijo Thom y volvió a tomar la mano de Sofía para despedirse— Ha sido un placer, Sofía.

Amigo —ahora extendió la mano hacia Alex—, espero verte pronto. Que disfruten la noche.

—Gracias —dijo Alex y vio alejarse a Thom en dirección a la barra.

Sofía siguió disfrutando de la comida mientras que Alex se había quedado callado de pronto. Nunca lo habían atacado los celos como en esa noche.

—Alex, ¿pasa algo? —preguntó Sofía al advertir el cambio de humor en su compañero de mesa.

—¿Qué? —dijo él que no había escuchado la pregunta de Sofía por los pensamientos que daban vueltas en su cabeza.

—Que si te pasa algo. De pronto te has quedado muy callado.

—No pasa nada. Solo estaba pensando.

De pronto el mesero que los estaba atendiendo llegó hasta ellos con una cubeta en la que venía una botella de champaña.

—Disculpa —dijo Alex cuando vio que el hombre comenzó a servir el cristalino brebaje en un par de copas—, pero no hemos pedido champaña.

—Esto se lo envía el señor Brand. Espero que lo disfruten —dijo el hombre poniendo una copa frente a cada comensal y volviendo a dejar la botella de champaña *Cristal* dentro de la cubeta con hielo. Mientras tanto Thom, desde la barra del bar, elevaba una copa con licor a modo de brindis hacia su amigo.

—Lo que me faltaba —susurró Alex con rabia sabiendo que su amigo quería impresionar a Sofía enviando tan cara Champaña—. Me traes la cuenta, por favor.

Dijo Alex antes de que el mesero se alejara de ellos. El hombre dijo un “enseguida” asintió con la cabeza y se alejó en busca de la cuenta.

—¿Cómo que nos vamos? —preguntó Sofía confundida—. Aún no terminamos de comer.

—Podemos ir a comer a otro lado —replicó él de forma cortante.

—Pero si apenas hemos bebido la champaña que tan amablemente nos envió tu amigo.

—Tan amablemente —dijo Alex por lo bajo.

—¿Dijiste algo?

—Nada, solo que me quiero ir de aquí.

La cuenta llegó, Alex pagó y Sofía tomó de golpe lo que le quedaba de champaña en la copa. Él se acercó a ella, la tomó de la mano y salieron del restaurante apresuradamente.

—Hey, espera —se quejó ella—. No puedo seguirte el paso con estos tacones.

Alex no dijo nada, se mantuvo así, con ella tomada de la mano esperando a que le trajeran el auto. Ella no entendía nada, no sabía qué cosa lo había enojado tanto.

El auto llegó, ambos se subieron y Alex salió al tráfico de la ciudad y de vuelta a casa. Ella no quería preguntar nada ya que de seguro no obtendría

una buena respuesta por parte de él.

Alex estaba furioso, y no solamente por cómo Thomas había mirado a Sofía, sino que estaba furioso con él mismo por sentir esos celos casi enfermizos. Todo lo que duró el tramo hasta su destino se recriminó por sentirse de aquella manera, pero no podía evitarlo, todo era más fuerte que él. Ahora que ya había estado con Sofía en la intimidad, no podía dejar de sentirla más suya que nunca.

Llegaron hasta el estacionamiento y Sofía se bajó primero del auto y caminó con paso raudo hasta el ascensor, no tenía ganas de aguantar el mal humor de su acompañante. Alex la siguió y ambos entraron en el receptáculo que comenzó a subir hasta su piso.

—¿Me vas a decir qué es lo que te tiene tan enojado? —preguntó ella al final ya que no aguantaba más, quería saber qué le pasaba a Alex.

—No estoy enojado —respondió él mientras tiraba la cabeza hacia atrás apoyándola en la fría pared del ascensor, esperando que ese frío ojalá le congelara los desagradables pensamientos que lo estaban atacando.

—No mientas. Estás enojado y quiero saber qué pasó para que te pusieras así.

—De dónde sacas que estoy enojado.

—¿Qué de dónde lo saco? Es que te va a quedar un surco en el entrecejo de tan fruncido que lo tienes.

Él iba a replicar algo, pero la campanilla del ascensor les indicó que ya habían llegado a su destino. Sofía bajó del ascensor y llegó hasta la puerta para poner la llave en la cerradura.

Alex tomó una honda respiración, la puerta se abrió y juntos entraron en el departamento.

—Bueno, si no me vas a decir qué fue lo que pasó, será mejor que me vaya a dormir. Muchas gracias por la cena.

Dijo ella y giró sobre sus talones para dirigirse a su habitación, pero no alcanzó a dar ni dos pasos cuando, sin saber cómo, su espalda se encontraba pegada contra la pared.

—¿Quieres saber qué me pasa? —preguntó Alex que la tenía estampada contra la fría pared. Ella solo asintió con su cabeza, mientras

respiraba agitada y excitada a la vez — Bien, ahora te lo voy a decir.

Él la miró y, en vez de decir alguna cosa, atacó su boca para fundirse en un beso cargado de pasión y deseo.

Veinticinco

Él la siguió besando dejándose llevar por un instinto casi primitivo que nacía desde su interior y que no sabía que existía dentro de él hasta ese día. Ella no se quejó del beso, le encantaba aquella faceta tan apasionada de Alex y se dejó hacer por él.

Alex jugó con la lengua de Sofía mientras ella soltaba un gemido que se ahogaba en su garganta. Ella no podía salir de ahí ni quería hacerlo, él la tenía prisionera, pegando su cadera contra ella para mantenerla inmóvil mientras que sus manos comenzaron a incursionar dentro del top de Sofía.

—¿Quieres saber lo que me pasa? —preguntó él sobre sus labios mientras que sus manos recorrían la espalda de Sofía bajo la suave tela del top.

—Sí, quiero saberlo —respondió ella en un susurro.

Ahora él recorría con su boca el cuello de Sofía, pasando lentamente su lengua por la vena que latía rápidamente. Llegó hasta su oído y le dio un leve tirón al lóbulo de la oreja.

—Estoy así, porque me matan los malditos celos. Nunca pensé que me sentiría así en la vida. Creí que era una persona madura, sensata, pero al ver cómo es que Thom ponía los ojos en ti, me han entrado unas terribles ganas de partirle el cuello ahí mismo en medio de su fino restaurante.

—Así que es por celos —dijo ella sonriendo coqueta y encantada de lo que escuchaba de los labios de Alex.

—No te rías, no es nada gracioso. Es el peor sentimiento que puede tener alguien.

—Lo siento —dijo ella y se estiró para besarlo, y cuando ya estaba a unos milímetros de la boca de Alex, este retrocedió un poco dejándola

frustrada, como si la quisiera castigar al negarle su boca.

Él sonrió y se acercó a ella que abría la boca para recibir el beso, pero Alex volvió a retroceder dejándola con las ganas. Ella soltó un gruñido de rabia y entonces, él se volvió a acercarse a esos carnosos labios que tanto le gustaban y lentamente fue pasando su lengua perfilándolos.

Sofía sintió que era recorrida por completo por una deliciosa corriente eléctrica, luego él la besó, esta vez de manera mucho más sensual y demandante que antes mientras que su cuerpo aún seguía aprisionado contra la pared por las caderas de Alex.

Él seguía con sus manos bajo el top, acariciando delicadamente la piel con las yemas de sus dedos. A su paso se encontró con el boche del sostén y sin más lo desabrochó.

—Creo que esto nos estorba —dijo apartándose un poco de ella y subiendo el top hasta que logró sacarlo por los brazos de Sofía al igual que el brasier.

Y ahí estaba ella. Desnuda de cintura para arriba, solo vistiendo su ajustada falda y sus altísimos tacones. Él la miró, se quitó la chaqueta para tirarla al suelo y, antes de que ella dijera nada, la cargó sobre su hombro y comenzó a caminar a largas zancadas en dirección al sofá de la sala mientras que ella era atacada por la risa.

Alex dejó a Sofía sobre sus pies para luego sentarse en el sofá y así poder admirarla a su gusto. Ella se quedó parada sin decir palabra, con las manos en jarra y cargando el peso de su cuerpo en una de sus caderas.

Él comenzó a pasear sus ojos sobre ella, empezando por sus pies, subiendo por sus piernas hasta llegar a su torso desnudo donde se encontraban los erectos senos de Sofía y cuando los miró, se tuvo que acomodar en el sillón, hasta que llegó a su rostro. Ella lo miraba con una ceja levantada. Él sonriéndole le pidió:

—Gírate —dijo lento y con una voz claramente cargada por el deseo.

—¿Qué? —preguntó ella como si no hubiera entendido lo que él le pedía.

—Que te gires —volvió a pedir y ahora le hizo un gesto con el dedo índice para que ella se girara.

Ella se giró quedando de espaldas a él. Alex se acercó y la tomó por las caderas para acercarla más a su cuerpo. Pasó uno de sus dedos por cada vértebra de su columna lo que hizo que ella cerrara los ojos y abriera la boca jadeando de deseo.

—He pensado durante todo el bendito día hacer esto. —Él tomó con sus dedos el cierre de la falda y lo comenzó a bajar lentamente.

Tomó la cintura de la falda y comenzó a bajarla sin apuro. La prenda cayó al piso y ante él quedó la figura de Sofía vistiendo un coqueto tanguita de encaje en color negro.

Él se acercó y besó una de sus nalgas lo que hizo que la piel de todo su cuerpo se pusiera como piel de gallina. Ella estaba excitada, con su respiración agitada, cerrando los ojos e imaginándose lo que vendría luego.

Alex besó suavemente la otra nalga y hasta se dio el placer de morder la suave piel de aquella parte. Ella soltó un gemido y luego él quitó la pequeña tanga que era todo lo que ella llevaba por vestimenta.

La prenda fue a parar al piso también junto con la falda. Él la tomó por la cintura y lentamente la comenzó a girar para que ella quedara de frente a él.

Sofía lo veía con la mirada brillante, deseosa de poder tenerlo pronto dentro de ella. Ahora, cuando él la atrajo nuevamente hacia él, le besó el vientre de un lado a otro y ella se apoyó en los hombros de Alex.

Ella se movió y se sentó a horcajadas sobre él. Ahora tenía todo el mando de la situación y él estaba feliz de entregarse a ella como quisiera. Sofía comenzó a desabrochar los botones de la camisa mientras que él aprovechó la ocasión para jugar con los senos de ella y sus pezones que estaban duros para él.

Ya con la camisa fuera del camino, y entre besos húmedos y gemidos por parte de ambos, Sofía bajó su mano hasta el cinturón de Alex para quitar aquella prenda que la estaba separando del placer.

El cinturón le dio la pelea hasta que logró triunfar sobre él y ya estaba desabrochando el botón del pantalón, pero ahora Alex le ayudó y, levantándola un poco, se quitó la prenda con rapidez.

Sofía comenzó a bajar lentamente sobre él. Alex cerró los ojos y tiró

su cabeza hacia atrás soltando un gemido cuando estuvo dentro de ella. Ahora ella comenzó a cabalgarlo con maestría, los gemidos y las manos de Alex que, sujetaban firmemente sus caderas, le indicaban cómo moverse.

Alex estaba definitivamente en la gloria. Ella estaba sobre él y se veía tan hermosa con la boca entreabierta, jadeando y con su pelo suelto enmarcándole el rostro.

—Sofía —susurró él, susurro que fue acallado por la boca de Sofía que se dispuso a besarlo con locura.

Ya estaba tan cerca de un orgasmo que podía sentir cómo subía por su columna para volarle la cabeza.

Alex se aferró a ella con toda la fuerza que le quedaba, ella se movió una vez más y ambos cayeron en el placer que trae el orgasmo logrado. Ella se refugió en su cuello besándolo de arriba abajo mientras ambos respiraban agitados. Él quedó cerca de su oído y no lo pudo evitar, las palabras subían por su garganta sin que las pudiera controlar y le dijo:

—Sofía...te quiero —y sintió una especie de pinchazo en el corazón al decir aquella frase.

Ella no dijo nada, le había encantado escuchar aquellas palabras de la boca de Alex, pero pensó que, tal vez, todo era efecto del orgasmo. Se calló, no soltó ni una sola sílaba, solo le dejó un suave beso en el hombro para luego acurrucarse junto a su cuello.

Se quedaron así, abrazos por unos minutos, ambos totalmente en silencio, hasta que ella ofreció una ducha juntos, cosa que él aceptó de inmediato.

Se levantó con ella que le rodeó la cintura con sus piernas y así llegaron a la ducha. Él dio el agua y se metieron bajo el tibio chorro.

Él la dejó sobre sus pies y tomó la espuma de baño. Así estuvieron compartiendo una deliciosa ducha post sexo.

—Te quiero hacer una invitación —dijo Sofía mientras que Alex le pasaba espuma por la espalda.

—¡Vaya, una invitación! ¿Y a dónde sería?

—Dentro de unos días, el bufete para el cual trabajo tendrá su fiesta de aniversario y quiero que vengas conmigo... Quiero que seas mi pareja.

—Yo encantado te acompaño.

—¡Genial! —dijo ella entusiasmada y luego le dio un rápido beso en los labios.

La ducha terminó y ambos se fueron al cuarto de Sofía. Estaban acurrucados en la cama y ella se quedó dormida casi de inmediato, estaba muy cerca del pecho de Alex, escuchando los latidos de su corazón que para ella eran como una hermosa y tranquilizadora canción de cuna.

Él le acariciaba los largos mechones del brillante cabello. Le besó la cabeza y cerró los ojos y empezó a recordar todo lo vivido ese día con ella.

Lo primero que vino a su cabeza fueron los celos enfermizos que le atacaron. Nunca antes se había sentido de aquel modo, como si de un instinto animal de marcar su territorio se tratara. De gritarles a todos y a cada hombre del mundo que Sofía era solo para él.

Y luego pensó en el “te quiero” que había salido desde el fondo de su corazón. Ella no había dicho nada y eso lo hizo sentir un poco triste, le hizo recordar la primera vez que le dijo a Sofía que la quería y cómo ella lo había rechazado ante tal declaración.

¿Sería acaso que se volvería a repetir todo otra vez? ¿Sería que ella lo volvería a rechazar y no sentía más que deseo por él?

Se regañó mentalmente y se negó a pensar en cosas negativas. Tal vez no debía hacerse tantas expectativas con aquella relación sin nombre que ambos tenían. No tenía que pensar en nada que no fuera el presente que estaba viviendo con ella.

En su interior intuía que ella no le era tan indiferente, así lo podía sentir cuando la tenía entre sus brazos o cuando hacían el amor. Tal vez ella quería ir lento y él se había apresurado a decir un te quiero que llevaba guardado desde hace años para ella.

Debía tener paciencia, conquistarla y lograr que ella se enamorara perdidamente de él, eso era lo que debía hacer.

Hundió la nariz en la espesa melena de Sofía y luego soltó un suspiro cansino antes de tratar de que su mente se quedara en blanco para así poder dormir de una buena vez.

Veintiséis.

Alex ya estaba en su agencia y en su rostro se notaba lo feliz y pleno que se sentía tras haber pasado la noche con Sofía. Tanto así que, su amigo y socio Erick, se lo quedó mirando detenidamente como si el hombre que estaba ahí frente a él fuera un total y completo desconocido.

Alex, tras su escritorio y con la vista fija en su computador, no se había percatado de la presencia de su amigo. Él miraba concentrado la pantalla que tenía en frente, llevaba una sonrisa en la boca y en su mente estaba ella... Sofía.

Le había costado un mundo salir de la cama esa mañana. Se negaba a dejarla sola, ella seguía dormida cuando él tuvo que levantarse y solo se despidió con un beso rápido.

Aún tenía en su memoria el recuerdo del “te quiero” que imprudentemente había pronunciado sin poderlo detener. Ella no había dicho nada y no sabía si aquello era bueno o malo. Claro que, si lo compraba con su declaración de hace años atrás, esa noche había salido todo a su favor.

—Me encantaría saber qué premio es el que ganaste —escuchó decir a Erick quien lo sacaba de golpe de sus felices pensamientos.

—¿Qué premio? ¿De qué hablas? —preguntó confundido no sabiendo a qué se refería su amigo.

Erick se sentó en la silla que estaba frente al escritorio y sonrió al ver de aquella manera a su amigo. Hace tiempo que no veía a Alex sonreír solo y sin que nadie le contara un chiste.

—Es que al parecer no te has mirado la cara antes de salir a la calle.

—¿Mi cara? ¿Qué tiene mi cara? —Alex se tocó la cara en un acto reflejo.

—Ay amigo, es que tienes una sonrisa pegada en la cara que nunca antes te había visto. Dime, ¿qué ha sucedido para que estés así de feliz?

—Nada, te estás imaginando cosas, Erick...

—Sí, claro. Nunca te había visto con esa cara de estúpido que traes hoy, menos en el trabajo. Y sospecho que esa sonrisa tiene nombre de mujer, y para ser más específico, es el nombre de Sofía. ¿O me equivoco?

Alex se quedó en silencio, no replicó nada, no quería hablar de Sofía con su amigo, no quería que nadie se inmiscuyera en su felicidad.

—Vaya, sí que te pegó fuerte, amigo.

—Ya cállate, Erick —espetó Alex un poco molesto con su amigo—. Mejor veamos lo que te espera para la próxima semana.

—¿Perdón? ¿Qué me espera? Yo tengo bien claro lo que me espera. Tengo una salida para hacer salto en paracaídas y tú tienes escalada en el Gran cañón...

—Eso era hasta ayer, hoy hay cambio de planes.

—Pero...pero... ¿Por qué hiciste estos cambios? Siempre te ha gustado ir al Gran cañón.

—Sí, pero la próxima semana Sofía tiene la fiesta aniversario del bufete para el cual trabaja y me invitó a ir con ella, así es que necesito estar en la ciudad.

—Claro, Sofía, Sofía y Sofía. Debí imaginarme que era por ella. Y luego dices que no te trae como un tonto. ¿Me vas a contar qué pasa con ella?

—No —respondió Alex de forma seca y cortante.

—Pero qué aguafiestas te has vuelto, amigo.

—Erick —dijo Alex levantándose de su silla—, sé que te mueres por saber, pero no quiero contarte nada de mi relación con Sofía, ¿me entiendes, verdad?

—Sí, te entiendo perfectamente, y para que veas cuánto te entiendo, te dejaré de joder... Por lo menos por hoy.

Alex sonrió y tomó su chaqueta de cuero desde el perchero para colocársela.

—¿Y a dónde vas ahora?

—¡Uf! Pareces una esposa celosa, amigo. Me acordé de que no tengo traje para la fiesta de Sofía. La última vez que usé uno lo renté, pero creo que debería comprarme uno, así es que, si no te importa, saldré de compras.

—Mírate y ahora te preocupas por tu ropa... Ay, amigo, qué fuerte es el amor. Ve y compra algo lindo para que no desentones al lado de Sofía, ¿quieres?

—¡Idiota! —replicó Alex al pasar por el lado de su amigo y caminar hacia la salida mientras Erick lo despedía con una gran risotada.

Sofía entraba en la recepción del bufete de abogados. Había tenido una mañana movida en la corte, pero todo había salido a la perfección. Caminaba sonriente, y no solamente porque se sintiera bien con su excelente trabajo, sino que también porque sentía una especie de delicioso cosquilleo dentro de ella, un cosquilleo que sentía desde la noche anterior.

Alex le había dicho que la quería y dentro de ella su corazón se había acelerado de alegría. Ella no había dicho nada, y no sabía si eso había estado bien o mal, solo que no se quería apresurar a decir algo que estaba naciendo en su interior, pero no sabía muy bien qué era.

Entró en su oficina y dejó su bolso en el perchero para luego tomar asiento. Sacó las carpetas de los casos que había terminado en la corte y se puso a hacer el informe final.

Luego de un rato fue a la sala de café en busca de un jugo, entró y en el lugar se encontró con Joel que bebía un café.

—Hola —dijo ella pasando por su lado en busca de su jugo, él cerró los ojos al oler su perfume.

—Hola, Sofía. ¿Todo bien? —preguntó mirándola de arriba abajo con descaro.

—Sí, todo excelente. Me fue muy bien en la corte —dijo ella sonriendo ampliamente sintiéndose satisfecha por su logro.

—Qué bien. —Joel moría por preguntarle sobre su pareja para la fiesta. Quería saber quién era aquel hombre que podía tener a Sofía. Una oleada de celos lo inundó de repente y había cambiado de actitud, tanto, que hasta ella podía notarlo en su rostro.

—Joel, ¿estás bien?

—Sí, sí. ¿Por qué lo preguntas?

—No sé... Deja, debe ser idea mía —dijo ella que volvió a pasar por su lado para salir del lugar.

—Sofía...—dijo Joel antes de que ella cruzara la puerta de salida— ¿Es verdad lo que oí por ahí?

—¿Y qué fue eso que oíste por ahí, Joel?

—Que tienes pareja para la fiesta de aniversario —dijo él tragando en seco luego de pronunciar aquellas palabras.

—¡Vaya... pero qué rápido corren las noticias por aquí!

—Entonces es verdad —espetó él claramente con disgusto— ¿Y se puede saber quién es ese acompañante tuyo?

—Es verdad, Joel, y eso es todo lo que debes saber.

—Sofía...—dijo él tratando de contener la rabia que sentía correr por su cuerpo.

—No, Joel. Esto es parte de mi vida privada, no tengo porqué contarte nada por muy jefe mío que seas. —Sofía lo miraba desafiante, con esos ojos verdosos que a él tanto le gustaban— Y ahora, con tu permiso, vuelvo a mi trabajo.

Él no dijo nada. La vio salir y luego tuvo unas enormes ganas de lanzar contra la pared la taza de café que sostenía con la mano. Aún no creía lo que acaba de escuchar de la boca de Sofía.

Por su mente pasó que tal vez ella se había inventado todo y aquel acompañante no existía en realidad y solo era una actuación para castigarlo por lo del viaje y de paso sacarle celos. Porque eso sí había dado resultado, el estaba tremendamente celoso de un hombre que no conocía.

Cuando Sofía llegó a su departamento se encontró con Alex que estaba sentado a la mesada de la cocina trabajando en su computador. Se acercó a él y le dejó un suave beso en los labios.

Recibir esos besos de parte de ella se estaban haciendo ya una exquisita costumbre para él.

—¿Qué tal tu día? —preguntó él mientras le pasaba una mano por la cintura antes que ella se alejara de él.

—Muy bien. ¿Y el tuyo?

—Bien. Aquí estoy terminando de coordinar una salida.

Al escuchar eso a Sofía se le hizo un nudo en el estómago al pensar en el trabajo de Alex y hasta qué parte del mundo lo llevaría ahora.

—¿Y a dónde irás ahora? —preguntó ella con la mirada baja.

—A ninguna parte. Lo que tengo que hacer será mañana durante el día en la ciudad.

—¿En la ciudad? ¿Y se puede saber qué es lo vas a hacer?

—Sí. Llevaré a unas personas que quieren lanzarse en paracaídas.

Sofía contuvo la respiración. No podía creer que hubiera gente a la cual le encantara lanzarse al vacío desde un avión que volaba a varios metros de altura y solo con un paracaídas en su espalda. ¿Y si el paracaídas fallaba?

Ella cerró los ojos y no quería ni pensar en la posibilidad de que algo malo podía pasarle a Alex.

—Sofía, mírame —dijo él levantándole el mentón con la mano para que ella lo mirara, pero no lo logró. Ella mantuvo la mirada en el piso—Vamos, mírame y dime qué pasa.

Ella se quedó en silencio por unos segundos y luego, poco a poco, fue elevando sus ojos para encontrarse con la cristalina mirada de Alex.

—No sé cómo puedes hacer eso —dijo ella con un poco de angustia en la voz—. No sé cómo puedes estar tan tranquilo, como si lo que vas a hacer, fuera ir a dar una vuelta a la esquina.

Él la acercó más a su cuerpo, ella seguía de pie y la acomodó entre sus piernas.

—Sofía, no hay nada de qué preocuparse, todo lo que hago es muy profesional y bajo estrictas normas de seguridad.

—Sí, pero de igual manera puede pasar algo y no logro entender, ¿sabes? Pareces un hombre muy inteligente como para arriesgar tu vida.

—Pero ya te dije, todo saldrá bien, no es la primera vez que lo hago.

Ella lo abrazó por el cuello. Tenía mucho miedo de lo que pudiera pasar, pero sabía que no lograría hacer que él cambiara de opinión.

—¿Quieres venir conmigo? —preguntó él. Pensó que, si ella veía cómo era su trabajo, lograría hacer que desapareciera en ella un poco la preocupación.

—¡No! Ni loca me lanzaría de un avión.

Ella se separó de golpe y fue hasta el refrigerador en busca de una botella de agua. Bebió un largo sorbo tratando de que el nudo que se había formado en su garganta pasara rápido.

Alex cerró su computador y se levantó de su silla para caminar hasta donde ella estaba. Sofía tenía el ceño fruncido, claramente estaba enfadada y no sabía porqué estaba actuando de aquella manera.

—¿Por qué estás tan enfadada, Sofía? —preguntó Alex y de inmediato cerró los ojos. Se regañó mentalmente por haber hecho esa pregunta que a ninguna mujer le gustaba que le hicieran y ya de antemano sabía la respuesta.

—No estoy enfadada —dijo ella cortante apartándose de él.

—Entonces dime por qué actúas así.

Ella lo miró y quiso replicar algo como buena abogada que era, pero no encontró las palabras que describieran el caos que tenía en su mente y en su corazón.

—No te preocupes, no pasa nada. Será mejor que vaya a mi cuarto.

Necesito dormir.

Ella pasó por el lado de Alex, él dejó que así fuera, no quiso detenerla y que el enfado en ella aumentara. Lo mejor sería darle su espacio por el momento.

Él comió algo, y mientras lo hacía, se preguntó si Sofía no tendría hambre a esas horas de la noche. Preparó algo rápido para ella, lo puso en una bandeja y caminó hasta su habitación.

Sofía estaba acostada hace ya un rato, pero, aunque cerraba los ojos para quedarse dormida, no lo había logrado. Aún en su mente seguía pensando en el enfado que sentía al saber que, al día siguiente, Alex iría a lanzarse en paracaídas.

—¡Pero qué me importa a mí! —se regañaba en voz alta y se enojaba con ella misma porque se sentía de una manera extraña que nunca antes había sentido.

Se tapó la cabeza con la almohada tratando así de que aquellos pensamientos tan confusos se alejaran de ella por un momento. De pronto, escuchó tocar a su puerta... Él estaba ahí.

—Qué —dijo ella sin ofrecerle a que entrara a su habitación.

—Sofía, ¿estás bien?

—Sí, estoy bien.

—Puedo... ¿puedo pasar?

Sofía se quedó mirando la puerta pensando en si dejarlo entrar o no. Estaba de mal humor, estaba enojada con ella misma por sentir cosas por Alex, cosas que no entendía muy bien aún. Estaba preocupada por él, por su vida, y de pronto en su mente surgió la pregunta ingrata ¿Qué haría ella si algo le pasaba a Alex?

Su corazón comenzó a latir más rápido y un nudo comenzó a alojarse en su garganta. Qué extrañas y nuevas eran todas aquellas emociones para ella.

—Pasa —dijo de pronto sin poder impedir que las palabras salieran de su boca.

Él abrió la puerta y entró en la habitación con una bandeja entre sus manos. Ella se incorporó y se sentó para mirarlo.

—Te traje esto —dijo él indicando la bandeja con su mirada—. No cenaste y pensé que podías tener hambre.

—Gracias —dijo ella y recibió la bandeja. Estaba enojada, pero también estaba hambrienta.

Miró con curiosidad el contenido de la bandeja. Un vaso de jugo, un sándwich y un pocillo de macarrones con queso. Ella levantó la mirada hacia Alex y le sonrió como cuando era una niña. Los macarrones con queso le encantaban, hace mucho que ella no comía, así es que tomó el tenedor y comenzó a comer de inmediato.

Alex la notó un poco más relajada y se sentó en la orilla de la cama mirándola de frente.

—No sabía qué preparar para ti. Así que te traje los macarrones y un sándwich, espero que estén buenos —dijo él mientras que ella solo asentía con la cabeza ya que tenía la boca llena como para poder hablar.

—Alex —dijo ella cuando había terminado de tragar—, esto está buenísimo. Gracias.

—De nada —dijo él y alargó su mano hacia la boca de Sofía para limpiarle una de sus comisuras donde había quedado un resto de macarrón.

Ella siguió comiendo mientras que él solo la miraba encantado. Cuando ya vio el fondo del pocillo, Alex tomó la bandeja y se la quitó.

—Alex, creo que me porté muy mal contigo hace un rato.

—Tranquila, lo entiendo —dijo él con calma y tomando un largo mechón del pelo de Sofía entre sus dedos.

—No, es que no está bien —dijo ella tratando de buscar las palabras para poder explicar lo que pasaba en su interior—. Me puse mal cuando escuché que te lanzarías en paracaídas. Sé que es tu trabajo y que no me debo entrometer, pero...—dijo ella haciendo una larga pausa.

—Pero qué —dijo él instándola a que siguiera hablando cuando ella se quedó callada en medio de la frase.

—Mira... lo que pasa... bueno... lo que pasa...

—¿Qué es lo que pasa, Sofía? —preguntó y sonrió elevando una de las comisuras de su labio lo que a ella la puso aún más nerviosa.

—No sé —dijo por fin y bajó la vista a sus manos.

—¿Cómo es eso que no sabes?

—Eso, no sé qué me pasa contigo. Estoy confundida...

Alex tomó el rostro de Sofía entre sus manos para que ella no volviera a bajar la mirada. Sabía que aquella conversación le estaba costando un mundo a Sofía, ya que ella no era de las que se quedaban calladas, si algo le molestaba lo decía de frente y sin preámbulos.

—Está bien, Sofía. Si no quieres hablar de esto lo entiendo.

—Alex, estoy hecha un lío —dijo ella poniendo la manos sobre las de

él que aún se mantenían tomando su rostro—. Sé que eres un profesional en lo que haces, aunque a veces creo que eres un loco, pero cada vez que me dices que vas a alguna parte a lanzarte de cabeza, no puedo evitar sentir una angustia terrible dentro de mí.

Terminó de hablar y se lanzó a su cuello para fundirse en un abrazo muy apretado. Alex sentía que el corazón se le saldría por la boca y no porque ella lo estuviera apretujando con toda su fuerza, si no que, con aquellas palabras, lo había hecho el hombre más feliz del mundo... Ella se preocupaba por él.

—¿Y es eso lo que te tiene así? —preguntó él para que no quedara ninguna duda.

—Sí... —dijo ella sin separarse del abrazo—. Si algo te pasa... No quiero ni pensar que algo te suceda, ¿qué haría yo sin ti?

Dijo al fin y sintió que algo nuevo dentro de ella nacía. Podía sentir su corazón latiendo más a prisa.

Aunque ella no había dicho un te quiero como el que él había soltado hace un día atrás, se sentía feliz, porque sabía que ella estaba comenzando a tener sentimientos hacía él y no eran precisamente sentimientos de amistad.

Él no dijo nada más, ella tampoco. Alex se separó del abrazo y la besó como quería hacerlo desde que entró en su habitación. Tenía que besarla y lo hizo con locura.

Entre beso y beso ambos terminaron bajo las sábanas, donde compartieron la noche amándose para luego quedarse dormidos abrazados deseando que el amanecer nunca llegara.

Veintisiete

A la mañana siguiente, Sofía se encontraba en la cocina bebiendo una taza de café. Alex terminaba de arreglar su mochila para salir luego a su trabajo.

Él entró en la cocina y ella lo recibió con una gran sonrisa.

—¿Ya te vas? —preguntó ella mientras le extendía una taza con café.

—Salgo dentro de diez minutos.

—Bien —dijo ella tratando de controlar sus emociones.

Él pudo notar el nerviosismo de ella así es que comenzó a hablar de otras cosas, incluso sacó el tema de la fiesta y Sofía recordó que tenía que comprar un vestido, pero no estaba de ánimos para ir de tiendas.

Sin darse cuenta se pasó el tiempo y demasiado rápido para el gusto de ella. No quería despedirse, pero sabía que no podía ser tan dramática, que Alex solo se iría por unas horas y, al volver por la tarde, él estaría ya en el departamento.

Alex la tomó por la cintura y le dejó un beso en los labios.

—Adiós. Nos vemos más tarde ¿Está bien? —dijo él mirándola a los ojos para quitarle la preocupación.

—Está bien. Cuídate mucho, ¿quieres? —pidió Sofía con voz y mirada suplicante.

—Claro —dijo él y la volvió a besar para luego separarse de ella, tomar su mochila y salir del departamento.

Ella vio que la puerta se cerró y soltó un suspiro para luego ponerse una mano en el corazón.

—Todo saldrá bien, todo saldrá bien —repetía en un susurro como una especie de mantra.

Inspiró hondo para calmarse y se dijo que no podía seguir actuando de aquella manera. Ella no entendía ni a Alex ni a su trabajo, pero sabía que ese era un gran logro para él y que no lo dejaría así como así.

Caminó en dirección a su habitación, buscó su bolso para luego salir del departamento rumbo a su trabajo.

Cuando entró en su oficina tuvo la tentación de tomar su celular y llamar a Alex, pero no quería volverse una persona molesta para él. Se llamó mentalmente a la calma, tenía que ocupar su cabeza en otra cosa que no fuera pensar todo el día en Alex y su trabajo.

Comenzó revisando su agenda y vio que, para esa tarde, tenía que ir en busca de un vestido para la fiesta de aniversario. Eso le vendría muy bien, aunque no tuviera muchas ganas, pero tal vez podría distraer la mente entre las tiendas de ropa y así dejar un poco de lado la preocupación por Alex, y en vez de eso, buscar un vestido que lo deslumbrara.

Sofía se dedicó a continuar con su trabajo y lo hizo casi sin detenerse a tomar un descanso. Cuando vio el reloj, ya faltaba una hora para que terminara su jornada laboral, así que decidió que se iría antes.

Tomó sus cosas y salió de su oficina. Cuando llegó al pasillo se encontró con Joel.

—¿Te vas? —preguntó él acercándose más a ella.

—Sí. Ya terminé todo por hoy y necesito irme ahora, hay algo urgente que debo hacer.

—Algo urgente... —repitió él queriendo saber qué era eso tan urgente que ella debía hacer, pero no preguntó nada.

—Sí, algo urgente. Así que, si no te importa, me voy. Adiós.

—Adiós —se despidió Joel y la vio alejarse por el pasillo. Suspiró hondo sintiendo que una nueva oleada de celos lo invadía por completo.

De seguro eso urgente que ella tenía que hacer era ir a ver a ese hombre del que ella no quería hablar.

Sofía comenzó a caminar por las calles hasta que llegó al sector donde se encontraban las mejores tiendas de la ciudad. Necesitaba encontrar un bello vestido que resaltara su figura y que de paso impresionara a Alex.

Entró en una tienda y una dependienta se acercó a ella y le preguntó si la podía ayudar a lo que ella de inmediato dijo sí y pidió que le mostrara vestidos para fiesta.

Sofía no tenía muy claro de qué color vestirse ese día, le gustaban varios colores, siempre que no fuera el melocotón o el amarillo, claro.

La vendedora le mostró varios modelos que se fue probando con calma, pero ya al llegar al quinto vestido, pensó si no sería mejor dejar todo por ese día y volver pronto.

Nada le gustaba. A todo le encontraba un pero, estaba claro que su humor estaba comenzando a cambiar y no estaba siendo una buena compradora.

Estaba por decirle a la amable mujer que, tenía una paciencia de santa, que ya se diera por vencida con ella, cuando la mujer entró en el probador con vestido en tono azul índigo entre sus manos.

—Creo que este sí que será el ganador —dijo la mujer con mucho entusiasmo.

—Veamos qué tal —respondió Sofía y recibió el vestido para ponérselo.

Se puso el vestido y luego se miró al espejo y sonrió a su reflejo. El vestido era simplemente perfecto. Un modelo estilo sirena con escote corazón con un delicado trabajo de repujado en la tela en ese sector.

Era simple y hermoso y además, contrastaba con su piel y cabello. Ya no buscaría más, estaba segura que ese era el vestido indicado.

—Este es. ¡Me lo llevo! —dijo a la vendedora mientras se giraba y se miraba una y otra vez al espejo.

Compró el vestido y algunos accesorios. Solo se imaginaba la cara que podría Alex cuando la viera.

—Alex... —Susurró. ¿Abría llegado ya a casa?

Tomó su móvil y lo llamó, pero no obtuvo respuesta por parte de él. Solo esperaba que estuviera bien y en casa cuando ella llegara.

Caminó un par de cuadras más mirando vidrieras y entró en alguna tienda donde se tentó con lo que veía desde afuera. Caminó unos pasos más, ya estaba por devolverse a casa, cuando se encontró frente a frente con una tienda de novias.

Se paró frente a la vidriera mirando un hermoso vestido estilo princesa que estaba en la exhibición. De inmediato se imaginó en él, bailando un vals con un impecable novio y de pronto en su mente escuchó el nombre de Alex.

¿Habría pensado él alguna vez en casarse? Se preguntó y de inmediato supo que la respuesta era no. Con el estilo de vida aventurero que llevaba Alex, de seguro que una boda no estaba en sus planes más próximos.

No sabía por qué aquél pensamiento le provocó desazón. ¿En qué

locura estaba pensando? ¿Es que acaso creía que Alex querría una relación más seria con ella?

Él le había dicho que la quería, pero ella seguía pensando que aquellas palabras él las había pronunciado producto del placer que había sentido y nada más.

Sacudió su cabeza y decidió que lo mejor sería seguir caminando y dejar de soñar parada frente a una vidriera.

¿Qué estaba pasando con ella? Se preguntó un par de veces. ¿Es que acaso Alex había entrado en su corazón en tan poco tiempo?

No tuvo respuesta para aquellas interrogantes que surgían en su cabeza atormentándola mientras caminaba por las calles de Nueva York.

Se sintió extraña ya que nuevas sensaciones se estaban apoderando de ella y de su corazón. Sentimientos que nunca antes había tenido y de pronto sintió miedo, pero no supo a qué realmente se debía todo ese caos en su interior.

Detuvo un taxi, ya no quiso seguir caminando, solo deseaba volver a su departamento y verlo. Lo había extrañado todo el día, sintiendo pánico de que algo le pudiera pasar en su trabajo.

El taxi llegó hasta su edificio y ella caminó con rapidez hasta la entrada para luego pasar como un rayo de luz por la conserjería hasta el ascensor.

La campanilla del aparato le indicó que había llegado a su piso. Abrió la puerta de su departamento con prisa y una vez dentro dejó en el suelo las bolsas que traía en sus manos y fue hasta la cocina en busca de Alex.

Y ahí estaba él. Sentado a la mesada de la cocina, bebiendo una cerveza mientras miraba algo en su computador. Cuando oyó el sonido de los tacones de Sofía en el piso de baldosas, levantó la mirada desde la pantalla de su notebook y la vio.

—Hola...—fue lo que alcanzó a decir Alex, ya que Sofía, una vez que estuvo a su lado, cerró el computador, tomó su cara entre sus manos y lo comenzó a besar casi con desesperación.

Él se dejó hacer por ella. También había estado todo el día pensando en ella, en sus labios, en su cuerpo, solo había estado esperando llegar a casa y poder verla.

Sofía no podía dejar de besarlo. Él estaba ahí, sano y salvo y ella estaba muy feliz por eso.

—Hola —lo saludó ella cuando por fin se apartó de su boca.

—¿Estás bien? —preguntó él notando algo extraño en sus ojos.

—Sí —respondió ella con contundencia— Y ahora que veo que estás aquí, sano y salvo, estoy mucho mejor.

Él la abrazó fuertemente, ella pudo notar como el corazón de Alex latía con fuerza y rapidez, reflejo exacto de cómo latía el suyo.

—Te dije que no había de qué preocuparse —le dijo él mientras ella le acariciaba el rostro lentamente.

—Sí, lo dijiste, pero no podrás evitar que me preocupe cada vez que salgas de viaje y... Y lo mejor es no seguir hablando del tema, prefiero ocupar mi boca besándote.

—Y a mí me parece perfecto que así sea —dijo él y la volvió a besar hasta que los besos y caricias no fueron bastantes y la ropa les comenzó a estorbar.

Alex tomó a Sofía entre sus brazos y la llevó hasta su habitación donde le hizo el amor con locura.

Era pasada la media noche y Sofía no conseguía quedarse dormida. Alex junto a ella ya hace rato que estaba en el mundo de los sueños y de seguro estaba soñando algo muy agradable ya que, de vez en cuando, se movía y en su boca se formaba una leve sonrisa.

Ella sintió envidia de que él estuviera tan profundamente dormido mientras ella se mantenía en vela, pero es que en su cabeza tenía tantas dudas y pensamientos que no la dejaban en paz.

Alex se movió un poco y una de sus manos fue a posarse en uno de sus glúteos lo que hizo que Sofía se estremeciera. Él la fue acercando más y más a su cuerpo hasta que ya no quedo espacio entre ellos.

Ella lo besó suavemente y deseó estar así para siempre con él. No sabía si aquella historia entre ambos iría a algún lado. Todo había empezado de la nada y ella esperaba que no terminara de igual forma, porque ella lo amaba.

Sí, ahí en medio de la noche, abrazada a aquél hombre que le hacía sentir mil emociones, encontró la respuesta a todas sus dudas. Se dio cuenta que amaba al hombre que estaba con ella en la cama.

Un nudo se le comenzó a formar en la garganta. Nunca se había imaginado que, el adolescente al que ella rechazara hace años atrás, ahora podría llegar a ser el amor de su vida.

Veintiocho

Alex estaba frente al espejo tratando de terminar el nudo de la corbata, pero esta se había empeñado en darle una dura pelea. Esa noche era la fiesta del trabajo de Sofía y él se estaba terminando de vestir ya que pronto saldrían para el lugar donde se realizaría el evento.

—¡Maldita cosa! —dijo entre dientes y volvió a empezar desde cero, pero era como si el pedazo de tela no quisiera ser anudado.

Salió de su habitación frustrado y en busca de ayuda, esperaba que Sofía fuera su salvadora en aquella ocasión y anudara por fin la odiosa corbata.

—Sofía —la llamó a la puerta que ella mantenía cerrada— ¿Me puedes ayudar con la corbata, por favor?

—Ya salgo —dijo ella desde el otro lado de la puerta.

Ella estaba terminando de maquillarse. Estaba nerviosa, se miraba una y otra vez al espejo y no saldría hasta que luciera perfecta. Se miró por una última vez, estaba conforme por fin con su aspecto, tomó un pequeño bolso de color negro para luego salir de la habitación.

Se encontró con Alex que estaba de espaldas a ella vestido con un traje negro.

—Estoy lista —dijo ella y él giró para encontrarse con una bomba sexy enfundada en un ajustado vestido de color azul.

Él se quedó mudo. Solo podía mirarla fijo mientras que ella se acercaba hasta él. Alex apenas si respiraba, en ese instante se le había olvidado cómo hacerlo, solo podía estar ahí parado mirando cómo aquella diosa se paraba frente a él.

—Alex, ¿estás bien? —preguntó ella al ver la nula reacción por parte de él.

—Eh... Sí, sí —dijo mientras sacudía la cabeza para volver a la tierra—. Te ves... te... ves tan bella, Sofía.

Ella sonrió coqueta. Le dio gracia ver a Alex tartamudeando otra vez

como lo hacía cuando eran niños.

—Gracias —dijo ella y giró sobre sus pies para que él pudiera admirarla desde todos los ángulos posibles— ¿Te parece que estoy bien?

—Más que bien —respondió él y la tomó por la cintura para tenerla muy cerca y dejarle un húmedo beso en el cuello.

Ella cerró los ojos ante el contacto de los labios de Alex en su piel. Y tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para no entregarse a él en ese momento como estaba deseando. Estaba embriagada por el perfume de Alex, aquel perfume varonil que, cuando estaban juntos, se impregnaba en su piel luego de hacer el amor.

—¿Estás listo? —susurró ella en su oído.

—Aún no —dijo él y se separó de ella aunque no le apetecía en lo más mínimo hacerlo—. No puedo con esta maldita corbata ¿Me ayudas?

—Por supuesto —dijo ella tomando la corbata en sus manos y pasándola por el cuello de Alex.

Él aprovechó el momento y volvió a tomarla por la cintura. Pensó en que, si no estuvieran sobre la hora para salir al evento, le quitaría aquel lindo vestido y la haría suya contra la pared.

Imaginársela así hizo que un calor comenzara a nacer en su cuerpo, pero tendría que esperar a que llegaran de la dichosa fiesta, pensó.

—Listo —dijo ella al terminar el nudo y lo besó suavemente en la comisura de la boca.

Él no se movió ni un centímetro desde donde estaba y no quitó las manos de su agarre.

—¿Es necesario que salgamos? —preguntó él sabiendo de antemano la respuesta.

—Sí, Alex. Es necesario. Pero si no quieres ir, siempre puedo ir sola.

—Tú sí que eres mala —dijo él sobre sus rojos labios sin besarla.

—¿Yo? ¿Y yo por qué?

—Te vestes más sensual que de costumbre y no te puedo quitar el vestido como estoy deseando. Te pones pintura labios ultra mega rojo y no puedo besarte sin dejar marca y ahora me dices que, si no quiero ir, te puedes ir sola a la fiesta. Eso es mucha maldad para una sola noche, Sofía.

Ella sonrió con malicia sabiendo todo lo que provocaba en Alex. Le encantaba sentirse así de poderosa, y no era solo eso, porque ella sabía por lo que estaba pasando él ya que ella se sentía de la misma forma en aquel momento.

—Alex... —logró decir ella casi jadeando— Tenemos que irnos ya, pero te prometo que cuando volvamos seré muy buenita contigo.

Él sonrió como un niño esperando a que le entregaran su regalo en navidad. Tomó una honda respiración armándose de valor para soltar a Sofía y salir desde el departamento rumbo a la fiesta.

Nuevamente Alex le había pedido prestado el *Maserati* a su amigo Erick. Le abrió la puerta a Sofía y ella entró sintiendo que, con el vestido que llevaba puesto y dentro de ese auto, parecía toda una estrella de *Hollywood*.

Alex puso en marcha el auto y se dirigió hacia donde Sofía le había indicado.

Luego de unos minutos de conducir por la ciudad el *Maserati* rojo se detuvo en el *Lotte NewYork Palace*, lugar escogido por los Randall para la celebración de este año.

Alex le pasó las llaves del auto a un aparca coches y llegó hasta Sofía que era ayudada por otro hombre a salir del auto. Él le ofreció el brazo y ella lo aceptó con una amplia sonrisa y comenzaron a caminar hacia la entrada del lugar.

En la entrada del hermoso salón donde se realizaba la recepción estaba George Randall y su esposa junto con su hijo Joel dando la bienvenida a todos los invitados.

Joel estaba nervioso. Sofía no había llegado y él quería verla pronto y salir de la maldita duda que lo estaba matando por dentro. Quería ver quién era el misterioso hombre que la acompañaría esa noche.

Por su mente pasó la idea de que todo fuera una mentira. Que tal vez ella, con la clara idea de que él permaneciera lo más lejos posible, había sido capaz de traer a un actor que le sirviera como distracción.

Cuando Sofía entró en el salón del hotel, Joel contuvo la respiración. Se veía hermosa con aquel vestido en tono azul y su largo cabello oscuro que se movía con cada paso que daba.

Su corazón comenzó a palpar más rápido de lo normal, uno porque el deseo de tenerla se apoderó de inmediato de todo su ser y dos porque ella venía del brazo de un hombre. Lo segundo lo llenó de una rabia que solo quería descargar y ojalá en el rostro de ese hombre que acompañaba a una sonriente Sofía.

—Buenas noches, Sofía —Saludó George Randall, padre de Joel y fundador de la firma de abogados—. Siempre es un placer volverte a ver.

Dijo el hombre y ella le dio la mano para saludarlo. Él tomó la mano entre las suyas para luego besarle ambas mejillas.

—Lo mismo digo, señor Randall. —dijo ella y luego tomó la mano de Alex para presentarlo ¿Pero cómo lo debía hacer? ¿Mi amigo de la infancia? ¿Mi compañero de departamento? ¿Solo Alex? —Le presento a Alexander James...Mi novio.

Alex alcanzó a reaccionar a tiempo y le extendió la mano al señor Randall para saludarlo aunque estaba pasmado por lo que había acabado de escuchar. Joel también había quedado boquiabierto ante tal revelación por parte de Sofía.

Alex saludó luego a la señora Randall que había quedado encantada con él y ahora tocaba saludar a Joel.

El ceño de Joel estaba más que fruncido. Alex le extendió la mano y lo saludó, pero él lo que quería era derribarlo en medio del salón y matarlo a golpes, pero se contuvo y lo saludó serio mientras que a Sofía la fulminó con la mirada, ella solo sonreía feliz.

A Joel la cara de aquel hombre se le hacía conocida. Cuando la pareja se alejó de él forzó a su mente a recordar hasta que lo hizo. Ese hombre había estado una vez en el bufete en busca de Sofía. Joel no había reparado en él en aquella ocasión, pero ahora todo le calzaba de golpe.

La rabia en su interior era el sentimiento predominante dentro de él en ese momento. Veía a la pareja y sobre todo a Sofía que estaba risueña y feliz de la mano de su “novio” presentándose a todo el mundo en la fiesta, pero esto no se quedaría así como así, pensó en su mente. Tenía que hablar con ella y aclarar todo de una buena vez ya que se sentía, de alguna manera, traicionado por ella.

—Así que soy tu novio —dijo Alex cuando por fin estuvo solo con Sofía. Tomó una copa que un mesero le ofrecía y se la bebió casi de golpe.

—¿No te gusta ser mi novio, Alex? —contra preguntó ella sonriéndole seductora y acercándose más a él.

—No, si yo no me quejo de eso, pero no tenía idea de que habíamos avanzado tanto en nuestra relación.

Dijo él con un claro tono de humor en la voz. Sofía había soltado aquella palabra casi sin pensar en nada y la verdad era que no se arrepentía de nada de lo que había dicho. Le gustaba Alex, lo amaba, y aunque no sabía para dónde iba aquella relación, le encantaba la idea de que él fuera su novio.

Las mujeres del lugar miraban a Alex y más de alguna se acercó a la

pareja para conocerlo. Ellos se habían convertido en el comidillo de la noche... Sofía y su novio.

Joel los observaba desde una esquina del salón mientras apuraba una copa de licor para luego tomar otra. Veía cómo aquel hombre tenía posada la mano sobre la cintura de Sofía y como ella sonreía más feliz que nunca.

Con rabia se bebió su trago para pedir otro de inmediato. Quería que ella le diera explicaciones, que le dijera por qué ese hombre era su novio, por qué se empeñaba en rechazarlo a él una y otra vez.

Mientras tanto Alex, ajeno a los pensamientos asesinos que estaban siendo dirigidos a él, estaba fascinado con lo que estaba viviendo junto a Sofía.

Ella lo presentaba como su novio a cada persona que se les acercaba y solo deseaba que aquella burbuja de plena felicidad en la que se encontraba, no se reventara sin previo aviso.

—Tengo que ir al baño —le dijo Sofía— ¿Te importa si te dejo solo un momento?

—No —respondió él mientras tomaba una nueva copa de champaña.

—Bien. Vuelvo enseguida. No te pongas a coquetear con las chicas mientras no estoy —dijo ella coqueta y divertida, pero con claro tono de advertencia en la voz.

—Jamás se me ocurriría hacer eso. —dijo él y ella le besó la comisura de los labios y se alejó en busca del baño.

Enseguida Sofía se alejó, un par de mujeres se le acercaron a Alex y él comenzó a hablar animadamente con ellas.

—Mira qué bien guardado se lo tenía Sofía. Ella tenía novio y nadie sabía nada —dijo una de las chicas.

—¿Y desde cuándo se conocen? —preguntó la otra mujer tratando de sacar información a Alex.

—Bueno, se podría decir que nos conocemos de toda la vida.

—Vaya... Qué bien y qué sorpresa, porque en el bufete todos pensábamos que Sofía y...

—Cállate —dijo por lo bajo una de las chicas a la otra para que no hablara de más.

—¿Sofía y...? —preguntó Alex para que ella siguiera hablando.

—Nada, no le hagas caso. Es solo que todos estamos sorprendidos ya que Sofía nunca habló de un novio, eso es todo.

Alex sintió que algo le estaban ocultando aquellas dos mujeres. Las

chicas se excusaron y lo dejaron solo, él fue hasta la barra y pidió un vaso de licor, algo fuerte que no fuera champaña.

Se sentía observado, como si toda la gente a su alrededor hablara de él, pero se dijo que todo debía ser solo producto de su imaginación.

Sofía estaba buscando el baño de mujeres y en la búsqueda se perdió. Se giró para volver a buscar la puerta correcta cuando sintió que era fuertemente agarrada por el brazo y era llevada rápidamente por un pasillo hasta que llegó a una especie de jardín.

Joel había visto que ella se separaba de su novio y vio la ocasión perfecta para hablar con ella.

—¡Quieres soltarme! ¡Me estás lastimando, Joel! —se quejó ella mientras intentaba soltarse del fuerte agarre de la mano de Joel.

—Shhh. Sofía, no grites, solo quiero hablar contigo.

—¿Y tenías que traerme hasta aquí a la fuerza?

Él estaba fuera de sí. Con el rostro rojo de rabia y la respiración muy agitada que hacía que las aletas de su nariz se abrieran y cerraran de manera muy notoria.

—Así que tienes novio. ¿Y cuándo pensabas decírmelo? ¿De dónde sacaste a ese mamarracho? —dijo Joel mientras ella se removía tratando de soltarse y él la seguía tomando por los brazos con más fuerza.

—No tengo que explicarte nada, ni a ti ni a nadie. Es mi vida ¿Entiendes? ¡Mi vida!

A Alex, aún en la barra, le pareció que Sofía demoraba mucho en el baño. No quería parecer un novio controlador y obsesivo, pero tal vez algo le había sucedido y él no se enteraría de nada si seguía parado en el mismo lugar donde ella lo había dejado.

Comenzó a caminar en la dirección por donde la había visto desaparecer hace un rato. Miró para un lado y luego a otro sin saber por dónde buscarla.

Los salones eran grandes y había muchas puertas, pero ninguna que indicara que el baño se encontraba por ahí. De seguro un lugar tan lujoso como ese no tendría un letrero indicando dónde estaban los servicios higiénicos, pensó y se dio a la tarea de buscar puerta por puerta.

Pasó una a una, pero nada, hasta que vio que, de una de las tantas puertas, salían un par de chicas. Ese debía ser el baño de mujeres, se dijo

mentalmente.

Se acercó a la puerta que estaba entre abierta y tuvo ganas de entrar y gritar el nombre de Sofía para ver si ella estaba ahí, pero se detuvo al escuchar un par de cantarinas voces que hablaban y de pronto entre las palabras que decían surgió el nombre de Sofía. Así es que, aunque le pareció mal en un primer instante, acercó su oído para escuchar qué decían las mujeres ahí adentro.

—Sí, nunca pensé que Sofía llegaría con un acompañante. ¿Viste lo guapo que es el tipo? —Ese comentario hizo sonreír a Alex.

—Sí, está guapísimo y también digo que nunca pensé que Sofía viniera con alguien... Bueno, luego de lo que pasa entre ella y Joel...

—¿Qué pasa entre Sofía y Joel? —preguntó una de las chicas y la misma pregunta se hizo Alex en su cabeza.

—Ya sabes lo que pasa entre ellos. Que tienen algo... Dime que no sabías nada de eso, pero si hasta de viaje a Washington se la llevó. ¿A quién ha llevado Joel de viaje alguna vez?

—Bueno, a nadie...

—Claro, solo a Sofía, ¿y por qué?

—No lo sé, creo que estás hablando de algo que no es.

—Te puedo jurar que es así. Ellos tienen una relación hace tiempo, y qué diabla es Sofía, puso sus ojos justo en el jefe y por eso es que él le da tanto privilegios. Ahora el que me da pena es el cornudo del novio.

Alex sintió que un puño le daba un gran golpe en el estómago y lo dejaba sin aliento. Se alejó con rapidez de la puerta y caminó por un pasillo en busca de aire, ya que de pronto se hacía muy poco en sus pulmones.

Trató de calmarse, todo debía de tratarse de una gran mentira, de un mal entendido, se dijo para sí. Él le había preguntado a Sofía si ella y Joel tenían o habían tenido algo y ella le había contestado que no. ¿A quién debía creerle ahora?

Sofía seguía en el jardín con Joel quien la tenía firmemente sujeta por ambos brazos.

—Joel, suéltame. Si no quieres que grite, suéltame.

—No te voy a soltar. ¿Sabes todo lo que esperado para tenerte así?

—¡No me importa, quiero que me sueltes ya!

—Te dije que no —respondió Joel y haciendo uso de un poco más de fuerza la acercó más a su cuerpo y ahora la tenía muy pegada a él.

Él aprovechó la oportunidad y se lanzó a la boca de Sofía quien trataba de cerrar los labios para que él no metiera su lengua.

Sofía ya no podía luchar aunque se removía entre los brazos de Joel, él la tenía firmemente aprisionada contra su pecho y era casi imposible escapar.

Alex siguió por un pasillo hasta que vio una gran puerta que daba a un jardín. Eso era justo lo que necesitaba en ese momento, aire, salir de ese edificio que parecía que lo estaba sofocando.

Cuando puso un pie en el jardín se dio cuenta que no estaba solo. Ahí había una pareja que se estaba besando. Su primer reflejo fue dar un paso hacia atrás para no interrumpir el momento de la feliz pareja, pero al fijar más la vista, vio algo que lo dejó más que helado.

Primero quiso negarlo, eso no podía estar pasándole a él, pero luego supo que era verdad. La mujer que estaba con otro hombre era Sofía... Su Sofía.

No supo qué decir ni qué hacer ya que estaba completamente paralizado, como si se hubiera convertido en una estatua de sal. Solo fue capaz de pronunciar su nombre.

—Sofía —dijo con un nudo en la garganta.

Joel soltó a Sofía y ella miró de inmediato a Alex que estaba con sus ojos fijos en ella.

—¿Qué es esto, Sofía? —preguntó Alex que de a poco comenzó a salir de su estado de ostracismo y podía sentir cómo la rabia empezaba a bullir en sus venas.

—No, Alex, esto no es lo que tú crees. No...

—Ya, Sofía —la interrumpió Joel—. No sigas mintiéndole más a este pobre hombre y dile la verdad de una vez.

Alex miró a Sofía a los ojos, a esos ojos verdosos que ahora lucían suplicantes y temerosos.

Él pensaba que lo que estaba viviendo esa noche era una pesadilla y pedía con todas sus fuerzas poder despertar de una vez por todas.

Veintinueve

—Alex, esto no es lo que tú crees. Escúchame, por favor —pedía Sofía que veía la desilusión en el rostro de Alex.

—Entonces qué es esto. Por qué te estás besando con este hombre. ¡¿Qué está pasando, Sofía?!

—Lo que pasa aquí, amigo, es que Sofía y yo tenemos algo hace algún tiempo ya y ella te ha estado engañando...

—¡Cállate, Joel! —gritó Sofía casi al borde de la desesperación— Eso no es verdad, Alex, deja y te explico todo. Solo escúchame, por favor.

—No es verdad... ¿Cómo tampoco es verdad que cuando te fuiste de viaje a Washington lo hiciste con él?

Sofía se quedó callada. ¿Cómo era posible que él supiera eso? ¿Quién le había contado?

—Mira... ¿Alex es tu nombre? —dijo Joel acercándose más a Alex— Ya viste lo que pasa aquí, Sofía tiene una relación conmigo, ella es mía y...

Joel no tuvo oportunidad de terminar su frase ya que Alex, producto de toda la rabia que estaba conteniendo en su interior, le propinó un gran golpe en la cara que hizo caer a Joel al suelo.

—¡Maldito! —gritó Joel para incorporarse de inmediato y arremeter contra Alex— ¡Te voy a matar!

—¡No! —gritó Sofía mientras veía cómo los hombres se golpeaban en el suelo —Alex, no, para, por favor. Alex... —dijo cuando este estaba sobre Joel moliéndole el rostro a golpes.

De pronto llegó más gente al lugar. Algunos hombres se lanzaron sobre Alex para que dejara de golpear a Joel.

—Alex, por favor, hablemos —dijo Sofía tomándole una de la manos, pero él se apartó de inmediato de su lado y comenzó a caminar hacia la salida del salón del hotel.

Sofía lo siguió tratando de darle alcance, pero no podía caminar tan rápido como lo hacía él que daba largas zancadas.

Una vez en la calle, él pidió que le trajeran el auto y esperó un par de segundos. Sofía llegó a su lado agitada y lo volvió a tomar por un brazo y él se volvió a zafar de su agarre.

—No, Alex. No seas así y deja que te explique todo.

—No quiero que me expliques nada, ¿entiendes? No quiero que me hables ni digas nada. ¡No quiero escucharte!

—Pero es que esto es todo un mal entendido. Lo que viste no es verdad.

—Me mentiste. Cuando te pregunté por él me mentiste, ahora no quiero oír nada de lo que me tengas que decir, Sofía. Solo déjame en paz.

—Alex, no —dijo ella cuando vio que el *Maserati* rojo llegaba a Alex y este subió con mucha rapidez dejándola sola en la calle.

Sofía vio un taxi que estaba estacionado afuera del lugar de la recepción. Se subió a él y le dijo al chofer con urgencia en la voz:

—Siga a ese *Masserati* rojo. ¡Dese prisa, por favor!

—Señorita, no estamos en una película de policías. Además, ese auto va a exceso de velocidad y yo no puedo hacer eso.

—Disculpe, señor. ¿Puede ir lo más rápido que pueda? Es un asunto de vida o muerte.

Dijo Sofía sollozando y el conductor se apiadó de ella y fue lo más rápido que se lo permitían las leyes del tránsito.

Sofía pedía al cielo que Alex fuera hasta el departamento. Si era así, podría convencerlo de conversar y explicarle todo. Tenía que escucharla, tenía que hacer que él viera que todo lo que Joel había dicho no eran más que mentiras dichas por despecho.

Alex pisó con fuerza el acelerador. No le importó el límite de velocidad en la ciudad. Solo quería llegar pronto al departamento, buscar

algunas de sus cosas, su pasaporte y largarse de la ciudad para nunca más volver a ver a Sofía.

Sentía un ardor en el medio de su pecho, como si su corazón se estuviera incendiando producto de la rabia y el dolor. Se sentía mil veces peor que hace años atrás. Mil veces más herido, mil veces más tonto.

Llegó al edificio, estacionó el auto y bajó de él como un rayo. Subió en el ascensor y luego entró al departamento. Cerró la puerta tras él con un fuerte portazo que remeció cada pared del departamento.

Con rabia se quitó la corbata mientras iba caminando hasta que llegó a su dormitorio. Miró todo a su alrededor. Tenía tanta rabia dentro de sí, que le dieron ganas de romper todo lo que estaba en ese lugar. Debía salir pronto de ahí, tenía que irse de ese lugar que de pronto comenzaba a asfixiarlo.

Se comenzó a quitar el traje y se vistió con ropa adecuada para poder montar su motocicleta. Tomó su mochila desde el armario y trató de meter lo que más pudo en ella. Luego le pediría a Erick que volviera otro día al lugar por lo que quedaba de sus cosas.

Sofía llegó al edificio, y antes de bajarse del taxi, se quitó los zapatos para así poder correr más rápido hasta el ascensor. El conserje la miró, pero no alcanzó a saludarla de lo veloz que ella iba.

—¡Vamos, vamos, vamos! —decía mientras apretaba el botón de su piso y el ascensor comenzó a subir, pero ella estaba tan nerviosa, que le pareció que el aparato no se movía ni un solo centímetro.

La campanilla sonó, las puertas de acero se abrieron y ella corrió hasta la puerta de su departamento. Las llaves se le cayeron al intentar ponerlas en la cerradura.

—¡Maldición! —dijo con un grito cargado de desesperación.

Logró abrir la puerta y, al estar dentro del departamento, dejó caer al suelo todo lo que llevaba en sus manos, así que zapatos, llaves y bolso fueron a parar al piso.

—¡Alex! ¡Alex! —comenzó ella a llamarlo a gritos hasta que entró en la habitación de Alex y lo vio que estaba empacando sus cosas.

—Alex, no. No hagas esto por favor, hablemos —dijo ella con voz suplicante casi al borde de las lágrimas.

—Te dije que no quería hablar contigo, Sofía.

—Pero Alex, todo esto es un gran error...—Él dejó de hacer lo que estaba haciendo y se quedó mirándola fijo a los ojos.

—Tienes razón. ¡Todo esto es un gran error! ¡Tú y yo somos un gran error! ¡Nunca debí entrar en tu vida otra vez!

—No digas eso, Alex y escúchame. Lo que dijo Joel es mentira...

—¿Es mentira que tuviste algo con ese hombre? —preguntó mirándola con sus ojos celestes cargados de furia y decepción.

—Tuve algo con él, un error a decir verdad, pero fue hace un tiempo atrás. Eso es historia antigua, Alex...

—Por lo que vi hoy no es tan antigua.

—Él me llevó a la fuerza hasta ese jardín y me besó, yo no quería, solo trataba de soltarme de su agarre cuando tú llegaste.

—Sí, claro —dijo él casi escupiendo las palabras, incrédulo de lo que escuchaba.

Alex comenzó a moverse y metió algunas cosas más en su mochila para luego cerrarla.

—Alex, no te vayas, por favor. No puedes dejar que un simple mal entendido nos separe. No hagas esto, por favor.

—¿Sabías que toda la gente que trabaja contigo sabe que tienes algo con tu jefe?

—No me interesa lo que la gente piense o digan de mí, solo me importa lo que pienses tú.

—Yo ya no pienso nada, ¿sabes? ¡Solo quiero salir de este maldito lugar y no verte más!

Sofía sintió que aquellas palabras la herían más que cualquier otra cosa en el mundo. Quería llorar con ganas. Gritar para sacar la opresión que sentía en medio de su pecho.

—No digas eso —suplicó ella—. Quédate y hablemos, por favor.

—Hablar de qué —le espetó él de mala forma— ¿De que te has estado riendo de mí durante todo este tiempo? Pensé que habías cambiado,

Sofía. Pensé que ya no eras aquella adolescente popular y caprichosa de la escuela a quien le confesé mi amor años atrás, pero claramente me equivoqué, te sigues riendo de mí y me sigues lastimando.

—No, eso no es verdad. Alex... Si solo me escucharas sabrías todo lo que siento y...

—Es que no quiero, estoy enojado, frustrado, ¿entiendes? No quiero seguir con el tema, no quiero verte más.

Sofía tragó en seco el nudo que se estaba formando en su garganta y pensó que sería imposible hacerle entender a ese hombre que se quedara a conversar con ella esa noche.

Se miraron fijamente por unos segundos, ambos claramente con la tristeza en los ojos, pero Sofía tomó primero la palabra y decidió terminar aquella discusión en la que nada podía hacer si él no quería escucharla.

—Bien —comenzó a decir ella conteniendo las lágrimas que estaban a punto de salir por sus ojos—, supongo que este es el adiós.

—Creo que sí —dijo él y se giró para caminar hasta la puerta.

—Adiós, Alex —dijo ella mientras que él tomaba el pomo de la puerta, pero no fue capaz de girarlo.

—Le pediré a Erick que venga por el resto de mis cosas.

—Como tú quieras —dijo ella y se giró porque ya las lágrimas inundaban sus ojos. Luego comenzó a caminar con rapidez hasta su habitación, no quería verlo salir por la puerta.

Se tiró en su cama abrazando su almohada, ahogando el llanto en ella cuando escuchó que la puerta se cerraba... Él se había marchado.

Comenzó a llorar con ganas. Sentía como si una parte de su corazón hubiera sido desgarrada y se había ido con él.

Nunca antes se había sentido así. Claro, nunca antes se había enamorado de aquella manera, le dijo una voz en su interior.

Maldijo a Joel por ser el causante de todo y se maldijo a sí misma por haberse dejado seducir por su jefe. Cuando pensó en eso supo que debía dejar de trabajar para el bufete Randall, pero estaba segura de que ya había perdido su trabajo con el primer golpe de Alex a la cara de Joel.

Alex, al cerrar la puerta tras él, sintió que el mundo se le caía a los pies. Aún sentía la furia correr por sus venas. No lograba sacarse de la mente la imagen de Sofía y su jefe besándose.

Con su puño dio un golpe a la pared mientras esperaba el ascensor. Su respiración era agitada y algo dentro de él, una pequeña parte, le pedía que caminara de vuelta hasta el departamento y escuchara lo que ella tenía que decirle. Pero otra parte, la parte que tenía rabia y furia, le decía que se alejara y que saliera de ese edificio lo más rápido posible.

El ascensor llegó, él se subió y apretó el botón para que el aparato lo llevara hasta el estacionamiento.

Cuando el aparato llegó a destino, él bajó y comenzó a caminar raudo hasta que llegó a su motocicleta. Se montó en ella y, antes de ponerse el casco en la cabeza, respiró profundamente una última vez.

Sentía que estaba perdiendo algo muy grande en su vida, pero que nada podía hacer, su testarudez era más grande que todo en ese momento.

Se colocó el casco, encendió la motocicleta haciendo que el motor rugiera con fuerza en el estacionamiento antes de salir del lugar.

Alex cerró los ojos y la imagen de Sofía y Joel volvió a él con fuerza. Apretó los ojos fuertemente tratando así de que ese recuerdo desapareciera para siempre, pero sabía que no sería tan fácil.

Si le había costado olvidar el rechazo de la niñez, esta vez sería mucho peor.

Con fuerza apretó el acelerador de la *Harley Davidson* y salió del estacionamiento a toda velocidad, dejando atrás todo... Dejando atrás a Sofía para siempre.

Treinta

—Hay que ver que tú sí que eres bien tonto, amigo —le decía Erick a su amigo mientras que Alex bebía licor desde un vaso.

—¿Dime, qué habrías hecho tú en mi lugar, Erick?

—Bueno, también hubiera golpeado al idiota ese hasta dejarlo al borde de la muerte, pero me hubiera llevado a Sofía conmigo. No le dejo mi chica a nadie así como así, hermano.

Alex volvió a beber el fuerte licor de su vaso hasta que vio el fondo blanco. Se estiró un poco desde el sofá donde se encontraba sentado en la casa de su amigo y tomó la botella de whisky que se encontraba frente a él para volver a llenar el vaso.

—No voy a seguir hablando del tema, Erick. Solo necesito que me hagas un favor.

—¿Y qué harás ahora, Alex?

—Me voy del país. —respondió él con contundencia.

—¿¡Qué!?! —preguntó Erick sorprendido por lo que acababa de escuchar de boca de sus amigo— ¿Cómo es eso de que te vas del país? ¿Es que acaso no recuerdas que tenemos un negocio juntos?

Alex dio un nuevo sorbo a su trago y no dijo nada. Estaba con la mirada fija en la pared, como si ahí pudiera encontrar alguna respuesta a las miles de interrogantes que estaban en su mente en ese instante.

—Lo sé, pero entiende que, por ahora, necesito estar lejos de este lugar.

Puedo estar viajando entre Europa y África. Tú te ocupas de enviarme a los grupos y el destino y yo me muevo por el mundo.

—¿Y tú crees que lo mejor es escapar del problema, Alex? Yo creo que no. Lo mejor es enfrentarlo y...

—No pedí tu opinión. No la necesito —espetó Alex enojado.

—Está bien, está bien. No diré nada más.

—Gracias.

Ambos amigos se quedaron en un tenso silencio de aquellos que se podían cortar con un cuchillo. Erick miraba de reojo a Alex. Nunca antes, en el tiempo que lo conocía, lo había visto así. Parecía una bomba de tiempo que en cualquier momento podría estallar.

Sabía que Alex estaba actuando con demasiada impulsividad y solo esperaba que después no se arrepintiera de tan apresurada decisión.

—Bien, no puedo decir nada para convencerte de que cambies de opinión. ¿Cuándo partes?

—Creo que será bueno partir mañana. Iré primero a Europa. Organiza algo. Si alguien quiere ir a *Breavent* o algo así, luego a Sudáfrica a lo del *bungee*. Erick, si es necesario, podemos contratar a alguien más para que te ayude aquí.

—Puede ser. Veamos que tal la llevamos y luego hablamos de eso.

—Y también quiero pedirte otro favor —dijo Alex dejando su vaso sobre la mesa y echándose hacia atrás en el sofá—. Necesito que vayas por mis cosas al departamento de Sofía. También tienes que ir por tu auto.

—Tengo que decir que no me gusta mucho esa idea...

—Por favor, Erick.

—Está bien, está bien, iré. Solo que no iré muy pronto, dejaré que todo esto de ustedes dos decante un poco, ¿bien?

—Bien. Muchas gracias, amigo.

Erick no sabía qué hacer por su amigo. Lo veía tan deprimido, pero sabía que Alex no cambiaría de idea, menos con respecto a lo que se refería a Sofía, solo había que dejar pasar el tiempo y ver qué pasaba entre ambos, pensó.

Alex se bebió un último vaso de whisky, ya estaba medio mareado y

paró de beber ya que no quería emborracharse. Eso sería fácil, beber para dejar de sentir un poco el dolor que lo ahogaba, pero sabía que sería una causa perdida. Al día siguiente el alcohol se iría, pero el dolor seguiría atormentándolo y por un buen tiempo.

Se quedó dormido pensando en ella, en los días compartidos y en el sueño de estar con ella que se esfumó de un plumazo.

Al día siguiente Alex se embarcaba en un avión con destino a Europa y, mientras se sentaba y miraba por la ventanilla, pensaba en que tal vez no volvería a estar en Nueva York en un buen tiempo.

Pensó en Sofía y cerró los ojos al hacerlo. La pena al recordarla lo volvió a invadir. Estaba consciente de que le costaría mucho sacarla de su mente, de su piel y sobre todo de su corazón.

¿Qué estaría haciendo ella a esa hora? La pregunta surgió sin querer en su mente y se regañó por lo bajo tratándose de estúpido e imbécil. Tenía que olvidarse de ella, la distancia lo ayudaría o al menos eso pensaba él.

El avión ya ponía en marcha el motor y luego de un momento se comenzaba a elevar. Ya estaba en el aire, ya se estaba alejando de la ciudad, de lo que había vivido y sobre todo se estaba alejando de ella y estaba vez para siempre, se dijo y se juró mentalmente.

Sofía seguía en su cama y estaba con el ánimo por el suelo. Apenas si había podido dormir pensando en Alex y en todo lo sucedido. Ya no salían lágrimas desde sus ojos. Toda la noche se la había pasado llorando y pensó que de seguro sus ojos se habían secado por completo, pero la pena y el dolor aún seguían ahí, quemando su corazón y su alma.

Se había enamorado perdidamente de Alex. El destino había jugado con ella al traerlo de nuevo a su vida, al ponerlo frente a ella para hacer que lo amara con intensidad y ahora se lo arrebatava como si nada. Todo por culpa de un maldito mal entendido y por la cabeza dura de Alex que no quiso escuchar explicación alguna de su parte.

¿Qué haría ella ahora sin él? Nunca antes se había enamorado de aquella manera tan desesperada. Y ahora él ya no estaba ahí para decírselo.

Su teléfono móvil sonó un par de veces, pero al ver que no era Alex quien llamaba, ni siquiera se molestó en contestar.

Lidia fue de lo más insistente y siguió llamándola como si presintiera que algo había pasado con ella. Sofía le envió un mensaje diciéndole que estaba bien y que luego la llamaría. Su amiga se ofreció para ir a verla, pero Sofía le dijo que prefería estar sola de momento. No quería ver a nadie, no quería que nadie la viera así y se compadeciera de ella.

Ese día no comió nada, solo se quedó en su cama lamiéndose las heridas como un animal lastimado. Cerraba los ojos para ver si el sueño se apiadaba de ella, pero no lograba dormir, todo lo que hacía era pensar en él y en qué parte del mundo estaría en ese momento

¿Lo volvería a ver otra vez? Una voz en su interior le dijo que era muy poco probable que Alex se volviera a cruzar en su camino nuevamente y pensando en eso la angustia se volvió a apoderar de su ser.

¿Por qué había logrado enamorarse de alguien a quien no vería nunca más? Todo era tan injusto, se dijo para sí. Y pensando en eso y en Alex pasó una noche más en vela.

A la mañana siguiente Sofía se obligó a levantarse. Se miró en el espejo y se vio lo mal que estaba. Sus ojos hinchados, su nariz roja y su cabello lucía todo despeinado, era un verdadero esperpento andante.

Se metió en la ducha y dejó que el agua golpeará sobre su cabeza y se llevara todo lo malo de la noche anterior. Salió de la ducha casi con los pies a rastras, no quería hacer nada, su motivación y ganas de hacer algo por la vida no existían ese día.

Con la bata de baño puesta y una toalla en su cabeza a modo de turbante entró en la cocina y caminó hasta la máquina de café. Le fue imposible no recordar los primeros días compartidos con Alex y una lágrima solitaria rodó por su mejilla.

Lo extrañaba terriblemente y podía sentir cómo su corazón se hacía un puño, como si alguien invisible lo tomara con una mano y lo tratara de estrujar con fuerza para que este desapareciera. Nunca antes había tenido tantas emociones por un hombre y sabía que, tal vez, nunca más se sintiera así por alguien más.

Se tomó un café entre sollozos y recuerdos de lo vivido hasta el fatal día donde Joel había dado una estocada certera en contra de ella que la había llevado al final.

Al recordar a Joel, Sofía sintió un escalofrío, no de deseo ni de miedo, sino que de una enorme rabia que no cabía dentro de ella. Su cara estaba roja de furia y su respiración se volvió más agitada. Dejó de beber su café y caminó rápidamente hasta su habitación para comenzar a vestirse.

Con prisa se puso jeans, zapatos bajos, una camiseta y una chaqueta de cuero negra. Cepilló su cabello un par de veces, no le preocupaba lucir despeinada, ya no le importaba lo que opinara la gente de ella.

Tomó su bolso y salió de su departamento para luego subir en el ascensor y llegar al primer piso de su edificio.

Salió a la calle y caminaba con decisión entre la gente a la cual apenas si les veía la cara. No se dio cuenta de lo rápido que iba por las calles llevándose con ella a quien se le cruzara por delante, como si de una corrida de toros se tratara.

Cuando Sofía llegó al edificio donde se encontraba el bufete de abogados Randall y Randall, apretó fuertemente los puños antes de entrar.

La recepcionista la vio pasar como una ráfaga despeinada por el pasillo del bufete. Escuchó cómo todos sus colegas susurraban a su paso, pero ella ni se detuvo a mirarlos. Llegó hasta la puerta de Joel y, sin siquiera tocar, la abrió de par en par para entrar.

—¡Sofía! —dijo el hombre que se levantó de su silla como si tuviera un resorte al verla.

Joel lucía varios morados en la cara y el labio partido, todo a consecuencia de los golpes de Alex.

—Pensé que no te volvería a ver por aquí luego de lo sucedido con el salvaje de tu amigo. Tiene suerte de que no le entable una demanda por agresión —dijo él y se cruzó de brazos mirando directo a los hinchados ojos de Sofía.

—Y tienes razón —replicó ella con la voz cargada de rabia—. No volveré más por este lugar, solo vine a buscar algunas cosas que tengo en mi oficina...o mejor dicho ex oficina, ¿no?

—Sofía —Joel se acercó hasta ella y tomó un mechón de su húmedo cabello entre sus dedos—, sabes que yo quiero que estés aquí, pero lo que pasó en la fiesta...

—No necesito tus excusas, Joel. Además soy yo la que ya no quiere estar en este lugar, no quiero estar cerca de ti... Te odio, ¿entiendes?

—¿Qué pasó contigo, Sofía? ¿Qué pasó con la mujer que más de una vez estuvo en mi cama? —preguntó él muy cerca de su cara.

—Me enamoré, Joel —dijo ella con firmeza en sus palabras— Lo que pasó contigo fue un error, no hubo más que deseo...creo. Pero con Alex todo fue distinto. De él me enamoré y tú lo echaste todo a perder.

Ella lo miró con odio, en parte le hacía responsable por la pérdida de Alex. Él la tomó por un brazo y la acercó más a su pecho.

—¿Amor? —le preguntó él incrédulo ante lo que ella decía— No puedes haberte enamorado en tan poco tiempo.

—Pues sí. Me enamoré de Alex. Y ahora suéltame para que pueda irme de este lugar. —Sofía trató de zafarse del agarre de Joel, pero él estaba ejerciendo más presión de la necesaria en el brazo de ella.

Sofía, aunque tenía miedo, también tenía mucha rabia contenida en su interior.

—Pobre Sofía —dijo él en tono burlón muy cerca de su oído—. Te quedas sin amor y sin trabajo. ¿Quién te contratará ahora? Sin mí no eres nada... Eso la sabes.

Ella se removió un poco y con fuerza logró zafarse de las manos de Joel. Sus palabras hicieron que una furia que ella desconocía aflorara. Empuñó su mano y mirándolo a la cara, le dio un fuerte golpe en la nariz haciendo que Joel echara su cara hacia atrás.

—¿Qué hiciste, bruja? —se quejó Joel mientras que con unas de sus manos trataba de parar la hemorragia nasal provocada por el golpe.

—¡Eres un grandísimo hijo de puta! ¡Un idiota y, más idiota fui yo al creer en todo lo que me decías! Sé que soy una buena abogada, sé que lo soy. Ya me verás en la mejor firma de este país. Te juro por lo más sagrado que así será.

Él no dijo nada, solo seguía quejándose por el fuerte golpe y de la

hemorragia. Sofía se giró para salir de la oficina, abrió la puerta y vio que, toda la gente que ahí trabajaba, estaba agolpada en el pasillo escuchando la pelea entre ella y Joel.

Caminó rápido hasta la que hace poco fuera su oficina, sacó algunas cosas personales y luego miró por una última vez aquel espacio en el que había trabajado por años.

Salió por el pasillo hasta llegar a la recepción otra vez en medio de murmullos y miradas dirigidas hacia ella.

Una vez en la calle, Sofía inhaló profundamente, le faltaba el aire y de pronto sintió un fuerte dolor en su mano. La mano con la cual le había dado el golpe a Joel se estaba comenzando a hinchar y de seguro se había fracturado algo, pensó mentalmente y comenzó a caminar de vuelta a su departamento.

Ahora lo hacía sin prisa, sin rabia, solo con dolor. El dolor corporal de la mano que cada vez estaba más y más inflamada y el del corazón, porque sabía que, al llegar nuevamente a su departamento, Alex no estaría ahí.

Las palabras de Joel resonaron en su cabeza como el más doloroso de los golpes que hubiera podido recibir. Estaba sin trabajo y sin amor. ¿Qué sería de su vida ahora?

Entró en su departamento y se tiró en el sillón pensando en todo y en nada a la vez, con su vista fija en el ventanal que le mostraba la imagen de la gran manzana.

Su mano seguía doliendo, no sabía qué hacer ni a quién llamar primero. ¿A su madre? ¿A Lidia, tal vez? Quería llamar a Alex, pero sabía que él no le contestaría.

Tomó el teléfono y marcó un número. Al tercer tono alguien al otro lado le respondió con un hola y ella dijo luego:

—Hola, Lidia —dijo y comenzó a llorar—. Necesito que me ayudes, ¿puedes venir?

—Voy enseguida. —dijo su amiga con contundencia para, una media hora después, aparecer frente a la puerta del departamento de su amiga.

Lidia quedó impactada con todo lo que su amiga le contaba entre llantos. La contuvo como su mejor amiga y le dio algunos consejos que Sofía

solo escuchó sin decir nada.

Luego ella la llevó al hospital donde, después de unas horas, Sofía salía del lugar con su muñeca envuelta con un guante ortopédico y un cabestrillo.

Su muñeca rota tenía solución. Había medicación y terapia para el dolor, pero para su corazón no había nada.

Treinta y uno

—Espero que hoy comas algo. Anoche te fuiste a la cama casi sin cenar, hija —dijo la señora Cassano a Sofía mientras ponía frente a ella el desayuno.

—La verdad es que no tengo mucha hambre, mamá —respondió Sofía que había llegado hace dos días a casa de su madre llevada por Lidia directamente desde el hospital.

Seguía con su mano derecha en un guante ortopédico y en un incómodo cabestrillo y, con su mano izquierda, movía de un lado para otro con un tenedor la fruta picada que su madre había puesto en un plato.

Le había contado todo lo sucedido con Alex a su madre y ella le había pedido que se quedara unos días en su antigua casa hasta que su mano estuviera mucho mejor.

Pero la veía triste, nunca la había visto así de acongojada salvo por aquella vez en la que Alex tuvo el accidente en bicicleta. Sofía lloraba a escondidas en su habitación jurando que nadie sabía de su padecer, pero su madre siempre supo todo y no dijo nada.

Pero, esta vez, no podía quedarse callada. No podía dejar que su hija siguiera sufriendo por amor, así es que daría su opinión aunque Sofía no se la hubiera pedido.

—Hija, no quiero verte así de triste. ¿Por qué no vas y buscas a Alex y resuelves todo esto de una buena vez?

—Como si fuera tan fácil. No sé dónde está. Además, dudo que me quiera escuchar, se ha convertido en un hombre muy testarudo, ¿sabes? No, no lo buscaré.

—Pero, Sofía... —dijo su madre y pensó que ella era igual de

testaruda que Alex.

—¡No, mamá! No insistas —dijo ella frunciendo el entrecejo y poniendo la boca casi en un infantil puchero.

—Escucha, Sofía Cassano —dijo su madre levantándole el mentón con una mano para que Sofía la pudiera ver directo a los ojos y con ese gesto decirle que no admitiría interrupciones—. Hay tres cosas que puedes hacer para dejar de sufrir y salir de este estado en el que estás:

Uno: Ir y buscar a Alex donde quiera que sea que esté, decirle que lo amas y aclarar todo este embrollo.

Dos: Olvidarte de él para siempre. Buscarte otro trabajo, trabajar en otra ciudad y seguir con tu vida como si nada.

Tres: Encerrarte en tu habitación a lamerte las heridas como un animal, sumirte en una gran depresión y dejar que la vida pase por tu lado.

¿Cuál de las tres eliges?

Una lágrima comenzó a rodar por la mejilla de Sofía, la cual fue atrapada por el pulgar de su madre. Ella tenía razón, algo debía de hacer. Quería a Alex, lo quería con ella y ojalá por siempre, pero no sabía muy bien por dónde empezar para solucionar todo.

—Ay, mamá —dijo en su sollozo y se fundió en un abrazo con su progenitora.

—Ya, hija, no llores más. Verás que todo se solucionará.

Sofía se apartó del calor del abrazo de su madre para secar su nariz y sus lágrimas. Ahora tenía que pensar en cuál sería su siguiente paso, ese paso del que quizás dependiera su felicidad.

Tomó un poco de té y comió algo de frutas cuando escuchó el sonido de su teléfono móvil. Con la rapidez que le permitía su mano izquierda tomó el móvil y vio que era el conserje de su edificio quien la llamaba.

—Bueno —dijo ella sin muchas ganas de hablar con el hombre.

—Señorita Cassano; la llamo porque hay un hombre aquí que dice que necesita entrar en su departamento a sacar unas cosas del señor James —Sofía abrió los ojos y un escalofrío la recorrió por completo— No lo puedo dejar pasar ya que usted no se encuentra y no me dejó dicho nada.

—Claro, claro. ¿Y por casualidad sabe el nombre del señor?

—Erick. Dice que es amigo del señor James y que él lo envió a sacar algunas cosas desde el departamento. Pero verá... —el conserje no terminó la frase ya que Sofía lo interrumpió en medio de ella.

—Voy enseguida para allá. Dígale al señor que me espere ahí, no deje que se vaya.

—Muy bien.

Sofía cortó la llamada y se levantó de golpe de la silla. Su madre la vio correr hasta su habitación para verla luego con su bolso en la mano y tratando de ponerse una chaqueta con dificultad. Ella se acercó y la ayudó con la prenda.

—¿A dónde vas, hija? ¿Qué pasó con esa llamada?

—Voy a casa, mamá. Necesito arreglar algo. Deséame suerte. —Su madre así lo hizo. Hasta se ofreció acompañarla, pero Sofía se negó.

Sofía llamó un taxi y, luego de unos minutos, ya estaba dentro del vehículo que la llevaba de vuelta a su departamento.

Estaba nerviosa. Esperaba que Erick le diera toda la información que ella necesitaba sobre Alex.

Cuando entró en el edificio vio que Erick estaba sentado en el hall de espera. Él no había notado su presencia ya que estaba con la cabeza gacha mirando su teléfono móvil.

—Hola, Erick —lo saludó Sofía quedando frente a él que levantó la vista y lo primero que vio fue el cabestrillo.

—Sofía... ¿Estás bien? —preguntó preocupado y se levantó de manera rápida para quedar a su altura.

—Sí, estoy muy bien. Fue solo un pequeño accidente.

—Bien. —dijo él y un incómodo silencio se hizo entre ambos.

Ella tomó una honda respiración. Moría por preguntar por Alex, que Erick le dijera en qué parte del mundo se encontraría a esa hora, pero no sabía cómo empezar aquella conversación.

—Vienes por las cosas de Alex —afirmó ella a lo que él respondió

solo con un movimiento de cabeza afirmativo—. Bien, entonces vamos por ellas.

Sofía caminó en dirección del ascensor y Erick la siguió. Ya dentro del aparato Erick miraba el techo de acero mientras que ella se mordía nerviosa el labio inferior. La campanilla les indicó que ya habían llegado a destino y las puertas se abrieron siendo Sofía la que saliera primero del receptáculo.

Ella le pidió a él que abriera la puerta ya que no lo podía hacer con su mano. Él colocó la llave en la cerradura y ambos estaban dentro del departamento.

Erick estaba muy nervioso, como si quisiera hacer todo muy rápido y no hablar nada con Sofía. Se lo había prometido a su amigo, le había jurado a Alex que, cuando fuera a por sus cosas y si ella estaba presente, no diría nada sobre su paradero.

Él comenzó a balancearse sobre sus talones mientras mantenía las manos en los bolsillos, solo estaba esperando a que ella le diera permiso para entrar y sacar las pertenencias de su amigo.

Ella solo lo miraba, también estaba nerviosa, en su mente pensó que Erick podría llegar a ser su única posibilidad de dar con Alex, así es que tenía que hacer algo y pronto.

—Erick...—dijo ella con voz titubeante.

—No puedo decirte nada, Sofía. Se lo prometí a Alex. Así que de esta boca no saldrá ni media palabra. Ni lo intentes porque soy una tumba —dijo él y se cruzó de brazos, mostrando con aquella actitud que no diría nada sobre el paradero de su amigo.

—Pero es que yo solo quiero hablar con él, por favor —dijo ella con ojos llorosos y un tierno puchero se asomó a su carnosa boca.

Erick apretó los labios, no quería decir nada, era una promesa, pero ver a Sofía así, casi rogándole con la mirada, debilitó sus defensas. Se dijo que luego Alex se lo agradecería, sabía que él moría de amor por Sofía. Iba a romper su promesa y le importaba un cuerno.

—Está en Sudáfrica. Pasará ahí toda la próxima semana haciendo *bungee* y llevando a unos grupos a que se lancen desde el puente *Bloukrans*.

No quiere volver al país, menos a Nueva York para no toparse contigo, así es que estará vagando por el mundo. Eso es todo lo que puedo decirte.

Erick dijo todo eso de corrido y casi sin respirar cosa que a Sofía le causo gracia, pero trató de no reírse en su cara.

—Quiero que me hagas un favor enorme...

—Te dije todo lo que sé. No puedo hacer nada más por ti, Sofía.

—Sí puedes —dijo ella volviendo a usar su cara de niña suplicante.

—¿Sí... sí puedo? —preguntó él algo titubeante y mirándola a los ojos que le suplicaban ayuda— ¿Y cómo es que puedo ayudarte?

—Quiero ir a Sudáfrica. Quiero ir a lanzarme en *bungee*. ¿Puedes conseguirme un cupo en alguno de los grupos?

Él la miró con los ojos muy abiertos, asombrado por la petición que escuchaba de sus labios.

—No puedo hacer eso, Sofía. Imagínate qué va a decir Alex cuando vea tu nombre en la lista y...

—Pero él no lo sabrá porque tú no le dirás nada. Me pondrás en la lista con un nombre falso.

—¿Y crees que él querrá verte? Ni siquiera querrá escucharte.

—Bueno, yo me las arreglo con eso. Soy una cliente más de tu agencia, voy a pagar mi viaje y quiero lanzarme en *bungee*, él no puede objetar nada.

—Bueno, si lo pones de ese modo... Bien, te pondré en el próximo vuelo. Sales mañana para Sudáfrica.

Sofía caminó tres pasos y luego le dio un gran abrazo al hombre que estaba frente a ella. Él la recibió con cariño aunque por su mente pasaban imágenes de lo enfadado que estaría Alex cuando la viera en el puente *Bloukrans*.

Erick coordinó todo el viaje con Sofía y ella le pidió que no se llevara nada de las pertenencias de Alex y así lo hizo él.

Una vez Erick se fue ella se puso a armar una maleta con lo justo y necesario para su viaje. Iría a buscar a Alex hasta el otro lado del mundo.

Solo esperaba que él no la rechazara, estaba dispuesta a lanzarse de cabeza desde aquel puente solo para que él hablara con ella y volviera a su lado.

Se metió a la cama y comenzó a mirar el techo mientras tocaba su mano accidentada. Rogaba para que todo saliera bien. Pedía al cielo para que ese viaje diera buenos frutos.

Se durmió gracias al calmante que estaba tomando para el dolor de su mano.

Muy temprano en la mañana la alarma de su reloj la sacó del mundo de los sueños.

Se vistió lo más rápido que pudo y llamó un taxi que la llevaría hasta el aeropuerto.

Ya en el lugar la esperaba Erick quien le entregó todo lo necesario para llegar hasta Alex. Se despidió de ella con un “buena suerte” y la vio alejarse por una puerta para embarcarse.

Sentada en la butaca del avión repasó en su mente todo lo que le diría a Alex cuando lo tuviera frente a ella. Cada palabra estaba fríamente calculada.

Luego se reprendió por lo bajo tratándose de estúpida, en esta ocasión no podía actuar como una abogada frente a un jurado. Solo tenía que pararse frente a él y hablarle con el corazón en la mano y declararle todo el amor que sentía por él.

Solo esperaba que él aceptara escuchar todo lo que ella tenía para decir.

Treinta y dos

Sofía ya estaba en Sudáfrica luego de un largo vuelo hasta el otro lado del mundo. Había descansado unas horas en el hotel que Erick le había conseguido y ya se estaba preparando para salir hasta el famoso puente *Bloukrans* en busca de Alexander.

Estaba muy nerviosa, no sabía cuál sería la reacción de él al verla ahí y trataba de no imaginársela, tal vez la mandara de vuelta a Nueva York sin siquiera escucharla.

Se vistió de acorde a la aventura que emprendería ese día. Lo más cómoda posible. Se hizo una trenza en su cabello y se puso una gorra deportiva bajando la visera de esta para que le cubriera un poco los ojos.

Bajó hasta la entrada del hotel donde ya esperaba una van que la llevaría, junto a un grupo de unas diez personas más, hasta el puente.

En su cabeza comenzó a buscar las palabras que ella pensaba eran las correctas para cuando tuviera a Alex frente a ella, pero sabía que de nada le serviría ya que, cuando lo viera, se le olvidaría todo.

Cuando llegaron al lugar, el estómago se le revolvió por el vértigo que comenzó a sentir en parte por la altura, en parte por volver a ver a Alex.

Sofía se mezcló en el grupo de gente que estaba en el puente y comenzó a caminar hasta donde el guía les dijo que lo hicieran, ahí fue cuando lo vio.

Alex estaba parado a unos metros de ella. Estaba en una especie de plataforma ubicada en el puente desde donde se lanzaban los valientes que habían llegado hasta ahí.

A ella se le aceleró el corazón al verlo. Tenía la barba crecida de unos cuantos días, su cabello estaba despeinado y llevaba gafas de sol de estilo

aviador.

Tuvo que contener las ganas para no correr hacia él y colgarse a su cuello como si fuera un koala.

Alex estaba concentrado ayudando a uno de los turistas a ponerse un arnés de seguridad. Luego ayudó a que el turista llegara a la orilla de la plataforma mientras le decía palabras de aliento para que el hombre no se acobardara a último minuto.

Él contó hasta tres y el hombre saltó al vacío lanzando un fuerte grito de alegría. Sofía tragó en seco y, sin querer, se tocó su mano lesionada que hoy solo llevaba en un guante ortopédico. Pronto sería su turno y, ahora que estaba ahí, todo le parecía una gran y total locura.

Toda la gente estaba sonriendo por la adrenalina, todos menos ella que sonreía nerviosa.

El guía de su grupo pidió que se formaran por turnos, ella estaba de tercera, pero dejó pasar a un par de personas antes para tratar de calmarse y sacar valor desde donde no tenía.

Llegó su turno, ya no podía echarse para atrás, era ahora o nunca se dijo en voz baja mientras caminaba hasta la plataforma y hasta Alexander.

Alex vio a la mujer que se acercaba a él. Iba vestida con ropa deportiva y una gorra que no le dejaba verle bien el rostro.

—Si no quieres perder la gorra en el salto, te aconsejo que te la quites —dijo él y ella se quedó petrificada a solo unos pasos de la plataforma.

—Creo...creo que tienes razón —dijo ella y se quitó la gorra para dejar al descubierto su rostro.

—So...Sofía... ¿Qué haces aquí? —dijo él incrédulo de que fuera Sofía la mujer que en ese momento se encontraba frente a sus ojos. De seguro tanta añoranza por ella le estaba jugando una mala pasada a su mente y ahora la estaba viendo en otra mujer.

—Hola, Alex —saludó ella tratando de sonreír, pero solo pudo hacer una mueca con los labios— Vine a lanzarme en *bungee*.

—¿Que tú qué? —preguntó él acercándose más a ella.

—Lo que oíste, vine hasta aquí a lanzarme en *bungee*.

—Eso no puede ser —dijo él con contundencia y ella lo miró desafiante y enarcando una ceja.

—¿Y se puede saber por qué no puede ser?

—Bueno...porque...porque... porque no y punto —dijo él mientras se pasaba una de sus manos por la nuca en clara señal de exasperación.

—Esa no es una razón válida para mí. Además, pagué por esta aventura, así que me lanzo o me lanzo.

Sofía comenzó a quitarse la chaqueta de su conjunto deportivo y Alex miró el guante ortopédico que traía en su mano.

—¿Qué te pasó en la mano? —preguntó con la preocupación marcada en la voz mientras la tomaba por un brazo.

—Ah, esto... solo un pequeño accidente.

—Sofía... —dijo él con voz de reprimenda.

—Te digo que es nada, mejor sigamos con lo que vine a hacer.

Él se quitó las gafas, la miró de arriba abajo y negó con la cabeza. No era posible que ella pensara en lanzarse desde ese puente. Sofía odiaba lo extremo, eso le había dicho ella, no se la imaginaba colgando de cabeza a 216 metros de altura en aquel puente.

—Así que quieres lanzarte, ¿eh? —preguntó él para probar hasta dónde sería ella capaz de llegar.

—Sí —contestó ella un poco dudosa.

—Bien, entonces te vamos a preparar para que saltes.

Alex dijo eso pensando que ella se echaría para atrás en cualquier momento, pero eso no sucedió. Él comenzó a poner el arnés y la ató en los pies para que su caída fuera como la de un clavado a una piscina.

Sofía temblaba, en parte por miedo, en parte por tener tan cerca al hombre que amaba.

—Alex...—dijo ella mientras él le revisaba que toda la sujeción estuviera muy segura

—¿No quieres saltar? —preguntó mirándola directo a los ojos casi con desafío.

—No... —dijo ella tragando un nudo que se le había formado en la garganta— Quiero decir sí, sí quiero. Solo que, una vez que termine esto, quiero hablar contigo.

Él solo movió la cabeza afirmativamente. No podía creer que ella realmente se fuera a lanzar al vacío cuando, hace solo unas semanas atrás, temía montarse en su motocicleta.

Ella miraba cómo Alex estaba muy concentrado revisando y asegurando todo el equipo que ella llevaba puesto. Su corazón comenzó a latir más rápido de lo nerviosa que estaba y temía que podía tener una crisis de pánico en cualquier momento.

—¿Lista? —preguntó Alex poniéndose frente a ella y mirándola directo a esos ojos verdosos que ahora lucían asustados.

Él tuvo ganas de abrazarla, pero se contuvo, su orgullo pudo más que el amor que sentía por ella. Aún le dolía lo que él pensaba era una traición por parte de Sofía.

—Sss...Sí —dijo ella claramente dudosa, pero no se echaría atrás. Él quería ponerla a prueba y, si él pensaba que ella no sería capaz de lanzarse, se llevaría una grata sorpresa, pensó con un poco de rabia.

Alex la llevó hasta la plataforma de salto y le dijo que solo mirara al frente, pero fue como decirle a un niño que no hiciera algo, porque ella de inmediato miró hacia abajo, hacia el vacío y dio un paso hacia atrás.

—¡Espera! —dijo Alex, y pasándole una mano por la cintura, la atrajo a su cuerpo.

Ella temblaba como una hoja al viento, tanto de nervios como por sentir aquella mano, aquél roce que tanto extrañaba.

—Me lanzaré contigo —le dijo al oído y quitó su mano de la cintura para comenzar a ponerse el equipo.

Ella estaba muda mirando cómo él, con una rapidez impresionante, se ponía el arnés y ataba correas a sus pies. Luego se paró frente a ella y tiró de una de las correas del arnés y así la atrajo hasta su pecho. Él puso un gancho para que ambos arneses estuvieran unidos y así caminó con ella hasta la plataforma.

Alex pasó su mano por la cintura tomándola fuertemente para que ella

sintiera seguridad. Ella pasó sus manos alrededor de su cuello y buscó refugio en el cuello de Alex. Cerró los ojos esperando el momento de su caída al vacío.

—¿Estás lista? —ella solo asintió rápidamente con la cabeza—
Bueno, entonces a la cuenta de tres saltaremos. Solo déjate llevar.

—Bien —dijo ella sintiéndose un poco más segura en los brazos del hombre que amaba.

—Uno —comenzó a contar Alex—, dos— y no alcanzó a llegar al tres porque Alex se movió y saltó de la plataforma llevándosela a ella de cabeza.

Sofía soltó un fuerte grito cuando estuvo en el aire y luego dio otro grito cuando el elástico les dio un tirón y volvieron a subir para comenzar a rebotar en el aire.

Al fin ella abrió los ojos y vio cómo el paisaje subía y bajaba mientras ella y Alex seguían suspendidos del elástico. Una sonrisa nerviosa escapó de sus labios. Había vencido su miedo a las alturas extremas y ahora estaba colgando de cabeza en uno de los puentes más altos del mundo.

Él se separó un poco del fuerte agarre de ella y vio la cara sonriente de Sofía. Unos enormes deseos de besarla lo inundaron en ese momento, pero nuevamente se contuvo de hacerlo.

—¿A qué has venido, Sofía? —preguntó él mientras que el elástico ya comenzaba a detenerse.

—Ya te lo dije, vine a lanzarme en *bungee*.

—¿Y tú piensas que te voy a creer eso? Dime a qué has venido.

—Está bien. Vine a hablar contigo, necesito que hablemos y, ya que escapaste de Nueva York, me has obligado a venir hasta Sudáfrica.

—Sofía...

—No, escúchame, primero que todo quiero que sepas algo... Alex, yo... yo te amo.

Alex abrió los ojos desmesuradamente en asombro ante lo que escuchaba y luego pensó que, tal vez, la gran cantidad de sangre que le estaba llegando a la cabeza a Sofía, le estaba haciendo decir cosas que no eran.

—¿Qué? —preguntó él incrédulo. Aún estaba herido y no quería hacerse ilusiones con ella.

—¿Es que acaso estás sordo? He dicho que te amo... Te amo, Alex y es por eso que he venido hasta aquí a lanzarme de cabeza porque quiero que estés conmigo.

Él no dijo nada, ya que en ese momento, un hombre colgado de una cuerda, llegaba hasta ellos para subirlos de vuelta al puente. El hombre tomó la cuerda y la unió a la de él y así, luego de un minuto, ya estaban otra vez en la plataforma.

Alex quitó el gancho que lo mantenía unido a Sofía para luego sacarse el arnés y la cuerda que iba en los pies. Ella solo lo miraba, no sabía qué hacer, pero una vez que él ya estuvo sin ninguna sujeción, comenzó a quitarle todo el equipo a Sofía.

Una vez que ella se vio libre, él la tomó de la mano que tenía sin lesión y caminó con ella hacia un lugar apartado del puente donde nadie pudiera molestarlos.

—Tú sí que estás loca —dijo él mientras caminaba de un lado a otro delante de ella como si fuera un león enjaulado— ¿Por qué viniste hasta aquí? ¿Por qué, Sofía?

—Ya te lo dije, vine para hablar contigo, Alex. Solo quiero que hablemos, solo eso. Te he extrañado mucho y... ¿puedes dejar de andar de un lado para otro? Necesito que me mires a la cara.

—Esto no es una buena idea —susurró él entre dientes.

—¿Cómo que no es una buena idea? —dijo ella poniendo las manos en jarra y enfadada porque él estaba a la defensiva y tal vez no la quisiera escuchar—. Alex, sé que aún estás enfadado conmigo. Sé que debí decirte que entre Joel y yo había sucedido algo, pero créeme que fue hace mucho y fue algo sin importancia.

—Ese día no parecía algo sin importancia —dijo él secamente y la rabia comenzó a atacarlo cuando recordó a Joel y a Sofía besándose.

—Yo buscaba el baño y él me tomó de una mano y me llevó hasta ahí. Joel está loco, Alex. No acepta que yo no quiera nada con él y enloqueció más cuando me vio a tu lado. Ese día me besó a la fuerza y en eso

entraste tú.

Alex miraba a Sofía y escuchaba todo lo que ella decía mientras que, por dentro, se debatía entre el amor que sentía por ella y el dolor y la rabia que sentía cuando el recuerdo de aquella noche de la fiesta venía a su mente.

—Escucha, Alex. Vine hasta aquí a lanzarme de este puente solo por ti, para verte a ti. Te amo y quería que lo supieras. Quiero que vuelvas conmigo, no soporto estar lejos de ti ni un solo día más.

Nada, él no dijo nada. Solo estaba ahí, parado frente a ella, sin que ni media sílaba saliera de su boca.

Sofía no sabía qué más podía decirle. Le estaba hablando con el corazón en la mano y, al parecer, a él ya no le importaba.

Tragó el nudo que venía subiendo por su garganta, sabía que pronto las lágrimas harían de la suyas y no las podría contener. Decidió que ya no tenía nada más que decirle, había dicho te amo y no había obtenido ninguna respuesta por parte de Alex. Pensó que ya había perdido la batalla, tal vez ya era hora de hacer su retirada.

—Bien —dijo ella casi con un hilo de voz—, lo mejor será que me vaya. Lamento haber venido hasta aquí a molestarte.

Lo miró una última vez y él seguía parado donde mismo sin abrir la boca. Ella sintió que su corazón se partía en dos con aquella despedida.

Lo miró una última vez directo a los ojos y comenzó a girar sobre sus talones para salir del puente.

Alex vio a Sofía dar un paso y, sin pensar en nada, se movió muy rápido y llegó hasta ella para cortarle el camino.

—¿A dónde crees que vas? —le preguntó mientras que ella lo miraba desconcertada.

—Yo creí... creí... pensé que, como no decías nada, lo mejor era dejar todo hasta aquí.

Él se acercó un poco más a ella, mirando directo a sus ojos cosa que la hizo estremecer. Luego con su mano fue acariciando lentamente una de sus mejillas, ella cerró los ojos ante el contacto, entonces él aprovechó y pasó su otra mano por la cintura para atraerla a su cuerpo.

—No es eso, Sofía. Solo que me he quedado sin palabras cuando he te he escuchado decir que me amas.

—¿A sí? Pero si te lo he dicho antes en el salto.

—Sí, pero pensé que existía la posibilidad de que lo dijeras ya que te encontrabas de cabeza y de esa forma no se piensa muy bien, ¿sabes?

—Y si me hubieras dejado hablar en vez de marcharte, te lo hubiera dicho el día que te fuiste, pero te marchaste sin más.

—Lo sé, pero es que estaba tan celoso al verte con ese hombre, sentía tanta rabia que solo quería salir de ese departamento, pero estos días que he estado aquí, no ha pasado ni un solo minuto en que no piense en ti.

Ella sonrió y a la vez de sus ojos comenzaron a salir lágrimas de emoción. Él secó algunas con sus pulgares, pero eran demasiadas y no pudo contenerlas.

Él la abrazó y ella se hundió en su pecho para llorar con ganas. No le importó que un montón de gente en aquel puente los estuviera mirando, solo siguió llorando mientras él pasaba sus manos de arriba abajo por su espalda.

—Tranquila, Sofía. ¿Quieres que vayamos a otro lugar? Creo que hemos llamado la atención de demasiada gente.

—No me importa —dijo ella hipando—. No me interesa que la gente me vea llorar, solo me importas tú y quiero saber si vas a venir conmigo de vuelta a Nueva York.

Él se la quedó mirando y sintió que su corazón se le iba a salir del pecho. Él siempre la había querido. Primero con un cariño de niño, luego con el amor desesperado de adolescente y por último con el amor adulto que lo llevaba directo a un compromiso serio con ella. Claro que volvería con Sofía a Nueva York, iría hasta el fin del mundo si ella se lo pidiera.

—Claro que sí, amor. Volveremos juntos a Nueva York. Pero antes, ¿no te gustaría pasar unos días más aquí conmigo? Tengo varios lugares maravillosos que mostrarte.

Ella le sonrió al escuchar cómo él le decía amor y con su mano le fue acariciando suavemente el rostro. Él acunó su rostro en esa mano, en ese roce que había extrañado desde el día en que había salido del departamento.

—Me encantaría quedarme unos días —dijo ella con entusiasmo—

Pero antes quiero pedirte algo.

—¿Y eso sería...?

—Bésame —pidió Sofía acercándose más al rostro de Alex.

—Pensé que nunca lo pedirías. Muero por besarte —dijo él con una sonrisa traviesa y luego tomó el rostro de ella entre sus manos para besarla con todas las ganas que tenía acumuladas en su interior hace tantos días.

Se besaron con pasión y siguieron besándose aunque escucharon a toda la gente a su alrededor que aplaudía y vitoreaba el reencuentro.

Esa tarde ambos fueron hasta el hotel donde estaba alojando Alex y se amaron con locura, como ambos estaban deseando y entre las sábanas, con deseo y sobre todo con amor, se hicieron promesas de compartir un futuro juntos.

Epílogo

Un año después.

Sofía miraba por la ventana cómo el sol alumbraba y resplandecía en lo alto del cielo ese día. Ella sonreía feliz, el día era simplemente perfecto y estaba ansiosa por lo que ocurriría ese día con ella.

Estaba en un hotel en la Isla Mujeres, en la hermosa Riviera Maya Mexicana. Ese lugar es el que ella y Alex habían elegido para su boda. Sí, Alex y Sofía, se casarían ese día.

Luego de que él se lo pidiera, ella se dedicó a planearlo todo como siempre había querido. Pero, en vez de tener una gran y fastuosa boda, había decidido hacer algo un poco más íntimo en la playa.

El lugar lo propuso Alex que había pasado unas vacaciones en aquel lugar. Cuando Sofía vio las fotografías del lugar, se enamoró por completo y decidió que ese sería la locación perfecta para su boda.

Hace solo media hora que ella había despertado, aún era temprano, pero ella estaba nerviosa, ansiosa porque todo resultara perfecto.

Se volvió a tirar sobre la cama y se estiró con ganas, como una gata mimosa, haciendo sonar cada vertebra de su espalda. Se cubrió los ojos y luego soltó una risita nerviosa.

Sintió que tocaban a su puerta y ella pidió que, quien fuera que estuviera del otro lado, entrara.

—¿Cómo amaneció nuestra hermosa novia hoy? —saludó su madre seguida de Lidia y Ana. Una traía un carrito con el desayuno mientras que la otra traía una canasta con productos de relajación y flores que eran una cortesía de parte del hotel.

—Estoy ansiosa o nerviosa, ay, no sé —dijo Sofía sonriendo ampliamente.

—¿Estás ansiosa o quizás es que te estás arrepintiendo de casarte con Alex? —preguntó Lidia y se tiró en la cama al lado de su amiga.

—Eso nunca —dijo Sofía y luego le tiró un almohadón a su amiga—. Solo quiero verlo pronto.

—Yo lo acabo de ver, hija. Estaba con sus padres, se notaba feliz y relajado.

Qué envidia, pensó Sofía para sus adentros. Ella, desde la noche anterior, que era un montón de nervios andante. Solo que quería que la hora llegara ya.

Desayunó con sus amigas y su madre. Estar con ellas, la relajó un poco, solo hasta que Lidia le dijo que ya era hora de que se comenzara a vestir para la ceremonia.

Se metió en la ducha y luego se puso una cómoda y esponjosa bata blanca y se fue a sentar donde Lidia le indicaba para comenzar a arreglarla.

Su madre les sirvió unas copas de champaña para brindar por los últimos minutos de soltera de su hija y también para calmar los nervios que, ahora que ya faltaba poco, le estaban atacando a la señora Cassano.

Lidia sacó el vestido de novia desde el armario y ayudó a su amiga a colocárselo. Le arregló el cabello y luego la puso frente a un espejo para que pudiera verse.

—Te ves hermosa, Sofía —dijo Lidia mientras la abrazaba desde atrás y ambas sonrieron cuando escucharon el sollozo de la señora Cassano.

—Gracias por estar aquí, amiga. —dijo la novia con los ojos llorosos— A ti también, Ana. Gracias por estar aquí en este día.

Ana se acercó a ellas y las tres amigas se fundieron en un gran abrazo lleno de emoción que hizo que su madre soltara un sollozo más fuerte.

—Ay, mamá —dijo Sofía soltándose del abrazo de sus amigas para caminar hasta su madre y abrazarla— No llores que me vas a hacer llorar a mí.

—Es que no lo puedo evitar —dijo su madre en medio de un

hipido—. Te ves como un angelito. Te vas a casar, hija, y con Alex. Yo siempre supe que ustedes hacían una linda pareja...

—Pero no llores, ¿quieres? Que si no, vamos a llegar al altar sin maquillaje y con la nariz roja como un payaso.

—Tienes razón —la señora Cassano se pasó las manos por las mejillas para secarse las lágrimas que tenía en ellas—. Tenemos que lucir perfectas.

Madre e hija sonrieron y Lidia les acercó una caja con pañuelos y ellas se secaron los ojos y retocaron el maquillaje.

Ya era la hora dijo Lidia y Sofía sintió que un nudo se formaba en su estómago.

Quería ver a Alex que, desde el día anterior, no le había visto ni la punta de la nariz. Habían acordado pasar ese día separados y no verse hasta la boda.

Alex salió con Erick y sus amigos a un bar para celebrar sus últimas horas de soltero, mientras que Sofía y sus amigas, tuvieron una tarde en el spa del hotel.

La hora tan anhelada llegó y, Sofía junto a su séquito nupcial, salieron desde la habitación y comenzaron a caminar en dirección hasta el lugar donde se realizaría la ceremonia.

Lidia y Ana fueron las primeras en entrar. Sofía y su madre aguardaron por unos segundos.

—Llegó la hora, hija —dijo la señora Cassano mientras miraba a su hija y le arreglaba algunos mechones de cabello par luego acariciarle la mejilla— ¿Vamos?

—Sí, mamá, vamos —respondió Sofía y tomó la mano de su madre para hacer la gran entrada hacia el altar.

Cuando Sofía puso un pie en la alfombra Calipso que le llevaba al altar se quedó paralizada por un segundo. Aquella alfombra que, la llevaría hasta el hombre que amaba, parecía no tener fin, ya que parecía perderse en la infinidad del mar.

Sí, la gran boda que Sofía había planeado, era una ceremonia en medio de la playa.

Comenzó a caminar por la alfombra mientras un cuarteto de cuerdas anunciaba su llegada y los invitados se ponían de pie para admirarla. Ella lucía bellísima, con un delicado y etéreo vestido tipo solera en color marfil, confeccionado en un delicado encaje. Eso, sumado a la corona de flores que llevaba en su cabeza, la hacía lucir como una ninfa del bosque, bueno, en este caso, como una ninfa de la playa.

Alex la esperaba en el altar con una gran sonrisa, no podía quitarle los ojos de encima. Ella siempre lucía bella, pero este día, lucía más que hermosa.

Cuando ella llegó a su lado su madre le soltó la mano para dejarla sobre la mano de Alex, no sin antes advertirle de que la cuidara para luego besarle a cada uno una mejilla y alejarse del altar.

La ceremonia comenzó, el ministro se dispuso a dar la bienvenida y a hablar sobre la importancia del matrimonio. Sofía estaba mirando fijo al hombre y escuchando cada una de las palabras que salían de su boca.

Alex por su parte, no podía concentrarse en otra cosa que no fuera en Sofía. Cada dos segundos la miraba de reojo y veía cómo ella sonreía y, de vez en cuando, le daba un apretón a su mano como para llamarle la atención.

Llegó la hora de pronunciar los votos y Alex que, había estado estoico en el altar, los dijo con mucha emoción en la voz y soltó alguna que otra lágrima al terminar de pronunciarlos. Mientras que Sofía no pudo contener las lágrimas desde la primera palabra que salió de sus labios.

Luego él puso la alianza de bodas que había mandado a hacer especialmente para ambos. Era una argolla de platino tallada con unos intrincados diseños que las hacía únicas, así como su amor.

El ministro los declaró marido y mujer y le dijo a Alex que podía besar a la novia. Él tomó a su flamante esposa por el rostro y la besó suavemente en los labios.

Terminado el beso, ambos comenzaron a caminar por la alfombra Calipso en medio de aplausos, gritos de alegría y una colorida lluvia de pétalos de flores.

Llegaron a un salón de grandes ventanales con vista al mar donde se realizaría la recepción. Los novios ya se encontraban en medio del salón para el que sería su primer baile como marido y mujer.

Ambos bailaban sonrientes, diciéndose cosas al oído que, más de una vez, hicieron sonrojar a Sofía. Todo estaba perfecto, la fiesta era todo un éxito y Sofía estaba feliz de que así fuera.

Alex la tomó de una mano y comenzó a caminar con ella hasta que estuvieron fuera de todo ruido y celebración.

Llegaron hasta la playa y ambos se descalzaron para caminar por la orilla dejando que las olas mojaran sus pies. Sofía se levantó el ruedo del vestido para que este no se mojara, pero luego de unos minutos caminando por el paradisíaco paisaje, eso le dejó de importar, así es que lo soltó.

—¿Estás feliz? —le preguntó Alex de pronto mientras se detenía y la tomaba por la cintura.

—Muy feliz diría yo —respondió ella con una sonrisa que le llegó hasta los ojos.

—¿Fue como imaginabas? —Ella lo miró extrañada.

—¿Qué cosa?

—La boda. Sé que siempre quisiste una gran boda, con muchos invitados y una gran iglesia y pensé que así sería nuestra boda.

—Bueno, sí, siempre tuve el sueño de una gran boda y eso, pero, ¿sabes qué?

—¿Qué?

—Esto es mucho mejor. Este lugar es mil veces mejor que una gran iglesia, mira esta belleza —dijo ella sonriendo mientras indicaba el horizonte.

—Tienes, razón.

—Además, estamos acompañados de quienes nos quieren. Yo estoy con el hombre que amo, así que... Sí, esto es mil veces mejor que como imaginaba mi boda.

Alex besó a su esposa y ella aceptó gustosa aquellos labios que amaba.

Hace un tiempo atrás, ella era una mujer que había planificado hasta el último detalle de una gran y fastuosa boda, pero que, luego de conocer el amor, todo eso había dado un vuelco total.

—Bueno, ya que no tuvimos la gran y apoteósica boda que alguna vez pensaste, sí tendremos una gran luna de miel.

—¿Qué significa eso, Alex? —preguntó ella mientras lo miraba con los ojos muy abiertos.

—Bueno, Erick nos regaló una luna de miel de más de un mes.

—¡¿Qué?! ¿Qué significa eso? ¿Cómo? ¿Cómo que más de un mes?

—Tal y como lo oyes. Erick planeó una luna de miel para que recorramos varias partes del mundo. Así que iremos por Asia, África, Europa y no sé qué otra parte más...

—¡Wow, qué regalo! ¿Y por dónde empezaremos?

—Creo que por Europa. Podríamos ir a escalar...

—Eso lo veremos cuando estemos allá, cariño. —Él la miró con cara de pregunta —Sí, Alex, veremos si te quedan ganas de ir a escalar algo luego de que pasemos la primera noche en cada lugar.

—Bueno, querida, ya que lo pones así, podría llegar a pensar lo de ir y hacer alguna excursión por ahí. Tendrás que hacer mucho para convencerme —le dijo sonriendo con malicia.

Él la volvió a besar ahora con más profundidad y con más deseo por parte de ella. Alex ahora besaba el cuello de su esposa y podía sentir cómo de rápido latía la sangre en la vena que estaba bajo su boca.

—¿Crees que se darán cuenta si dejamos la fiesta y nos vamos a la habitación? —preguntó ella jadeante.

—Mmm... ¿Y eso importa? —dijo él ahora besando uno de los hombros de Sofía—. Solo dirán que los novios querían estar solos y, bueno, cariño, sabrán que nos hemos marchado para consumir nuestro matrimonio.

Ella sonrió y luego dio un grito cuando Alex la subió a su hombro como si fuera un hombre de las cavernas y comenzó a caminar así con ella hasta llegar a la habitación donde, esa noche, tendrían su celebración privada de esta gran boda.

Fin.

Agradecimientos

Comenzar por agradecer a Dios que me ha permitido terminar esta nueva historia.

Agradecer a Ale Peña que, como siempre, hace un magnífico trabajo en el arte de portada. Gracias Ale por toda tu ayuda, apoyo y amistad.

Gracias a todas mis lectoras que a esta altura ya son amigas. Gracias por estar y por leer.

A mi grupo de facebook *Lectoras de Carolina Paz*, por su apoyo constante.

Y muchas gracias a ti por llegar hasta esta página, por darle una oportunidad a Sofía y Alex y espero me sigas acompañando en lo que viene.

Muchas gracias,

Carolina Paz.

Otros libros de la autora.

- Rojo relativo.
- Mi rubia debilidad.
- Dulce Mila.
- Tú eres para mí.
- Tú, mi dulce travesura.
- Mi pequeño y gran amor.
- Alas para tu libertad. Desde Italia con amor.
- Historias de amor (Relatos)
- Un amor inevitable.